

CAPITULO VIII

Planes de campaña de Pérignon y del Comité de salud Pública. Establecimiento de los españoles en la línea del Fluvial. Combates de Sistella (16 Floreal 5 de mayo) y de Báscara (6 de mayo-17 Floreal)

El General Urrutia toma sus disposiciones oportunas como consecuencia del resultado del reconocimiento francés sobre Bascara y Bañolas



raíz del reconocimiento francés sobre Bañolas y a consecuencia de su resultado, el General Urrutia hizo ocupar militarmente y atrincherar el Coll de Orriols. Con el fin de asegurar el paso del río, mandó tender un puente sobre pilotes ante Bascara, pero se olvidó de fortificar aquel punto tan bien situado, y dispuesto, para defender dicho pasaje. La vanguardia fué reforzada y, de esta suerte, el Coll de Orriols, por la dominación que desde él se ejercía sobre ambas líneas del Fluviá y del Ter, y por disponer a su derecha de un amplio campo para el despliegue de un ejército considerable, se convirtió en el punto principal de nuestro frente defensivo.

No se encontraba el ejército español, al llegar el mes de marzo, en situación desfavorable, según hemos indicado ya anteriormente: «Un ejército que ocupaba esta posición del Coll de Orriols, que está cubierta a vanguardia por el Fluviá, por ella dominado y del que se halla separado por una estrecha llanura en disposición, no obstante, para que en ella operase la caballería, siendo apoyada en su flanco izquierdo por una cordillera de acceso difícil, y al derecho por el codo que forma el río mencionado, antes de desembocar en el mar; este ejército—expone Marcillac, testigo presencial de la lucha—se encontraba en una de esas posiciones considerada como una fortificación natural.»

El Ejército francés se dispone por su parte a iniciar una nueva ofensiva.—Plan de Pérignon: sus defectos

Todos los encuentros y operaciones llevadas a cabo por los franceses, no constituían para ellos un motivo de satisfacción «Ce début n'était pas digne de nous», así lo reconoce Fervel. No, ciertamente, el orgullo francés tenía que reconocer que «aquel comienzo no era digno de ellos. «Pérignon, no podía desconocer la situación en que se encontraba el ejército español y, en vista de ello, se decidió a modificar la disposición de sus tropas. Entre el Fluviá y Perpignan, para asegurar su retaguardia

desde el Mediterráneo hasta las montañas del Segre, hubo de dejar un contingente de 10.300 hombres (1); después, calculando que su ejército activo alcanzaba un total de 50.000 bayonetas, 4.000 caballos y seis baterías de artillería ligera, se dispuso con él a comenzar las operaciones.

De la Cerdaña debían partir 11.000 hombres; 6.000 para sitiar Seo de Urgel y 5.000 para penetrar en el valle del Ter. Estos últimos, marchando por Ribas y Camprodón, debían reunirse en las fuentes del Manol, con un destacamento de la misma fuerza procedente de la división de Augereau. Estos 11.000 hombres, después de conseguir el diseminar los grupos de insurgentes operantes en la vecindad de la frontera, habrían de apoderarse de Castellfullit y de Olot, para ganar Ripoll y descender a Vich en las márgenes del Ter, en el centro de una pequeña llanura cuya ocupación se imponía como preliminar indispensable para llevar a cabo el sitio de Gerona. A la otra extremidad de la línea francesa, la división Sauret, con 12.000 hombres, tomando el camino de La Bisbal, había de desplegarse desde el Ter inferior hasta San Feliú de Guixols y cortar, de este modo, las comunicaciones entre la costa y la plaza amenazada.

Para forzar el centro del ejército español y arrojar sus restos sobre el Ter, había de disponerse un ejército de 24.000 combatientes, de ellos 22.000 infantes y 2.000 jinetes, hallándose la otra mitad de la caballería republicana distribuida en una y otra ala. El ejército así formado dejando 4.000 hombres para guardar las crestas de la cuenca del Fluviá, debía marchar a envolver la plaza de Gerona, sitio que, en cierto modo, había comenzado desde que se sabía por el alto mando francés que sus flancos estaban bien asegurados por el pasado éxito alcanzado por el ejército de la República en ambos extremos durante el año anterior. Encerrado en Gerona, Urrutia tendría que rendir las armas o de j a r s e aplastar en espera de un día en que poder liberarse.

Conseguida la conquista de esta plaza, entraba en el propósito del alto mando francés dismantelar todas las plazas conquistadas, desde Seo de Urgel hasta Gerona, ambas inclusive; todo el ejército republicano se concentraría en los alrededores de Gerona, y dejando en ella 10.000 hombres, los 40.000 restantes marcharían por Hostallrich a la conquista de la gran capital del Principado.

Para la opinión francesa no era cosa muy difícil el conseguirlo, pues, a juicio suyo, cuanto más grande y opulenta fuese, menos dificultades habrían de encontrarse para lograr su rendición. La sola amenaza de un sitio, espantando a las almas tímidas y agitando el ánimo de los ricos, había de ser suficiente a apresurar la duración de un sitio, caso de tener que establecerse. Y según el criterio francés, que tanto engañó a Napoleón cuando invadió España, apoderado el ejército republicano de Barcelona y sometidas las montañas, Cataluña sería de ellos.

Tal era el plan concebido por Pérignon y la disposición en que ha-

(1) En Perpignan, 1.000; en Collioure, 1.500; en el Vallspire, 1.200; en Mont Luis 600; en la Cerdaña española, 3.000; en el Ampurdán, 3.000; en total, 10.300.

bían de quedar sus tropas. ¿Pero, respondía este plan a las realidades de la situación y del porvenir? Sea el juicio francés el que responda a esta pregunta.

Para realizar cuanto queda expuesto: «Era preciso reunir un ejército de 60.000 hombres de infantería y 4.000 caballos. Mas de Perpignán al Fluviá, y a lo largo de una línea que se extendía desde la Cerdaña a la embocadura del Aude, contábamos, tan sólo, con 40.000 infantes armados; faltaban, por lo tanto, 20.000 hombres. Sin inconveniente podían reclutarse entre Béziers y las Bocas del Ródano, extrayéndolos de las numerosas tropas que guardaban esta parte de nuestro litoral, unas 10.000 bayonetas; y, como quiera que habíamos dejado la mitad de la caballería y los dos tercios de la artillería de campaña en el ejército de los Pirineos orientales, todo quedaba reducido a reclamar 10.000 soldados de infantería, 2.000 caballos y 2 baterías de artillería ligera, más la pólvora y la mitad de los medios de transporte indispensables. En cuanto a lo demás, *habitado a vivir de lo imprevisto*, Pérignon contaba con el enemigo, y confiaba en los recursos proporcionados por la Providencia, que vela por la salvación de los ejércitos» (Fervel).

«De este modo, una invasión que nunca se había intentado sin el concurso de una escuadra, ni con menos de 80.000 hombres, queríamos emprenderla con 50.000 hombres y la mar en contra nuestra, cuando se había dejado pasar el tiempo apropiado para poder realizar grandes cosas con escasos medios. Pero otro plan de campaña, del que ya hemos apuntado algunas cosas, iba a paralizar la marcha del de Pérignon y a cambiarlo por completo. (Le renverser de fond en comble).»

Plan del Comité de Salud Pública

El General francés no había tenido en cuenta, o mejor dicho, ignoraba, que también el Comité de Salud Pública había concebido su plan de campaña. Porque, en efecto, apenas este Comité había recibido la noticia de la toma de Rosas, cuando impaciente en forzar a que nuestra Patria propusiese la paz, había dispuesto, para la totalidad de la frontera, un plan general de campaña que merece la estimación del historiador francés, y en el que los Pirineos Occidentales debían tan sólo tomar la ofensiva, limitándose los orientales a llevar a cabo ataques de frente, con el objetivo único de retener en el Fluviá a los defensores de Cataluña. De esta suerte Pérignon quedaba sacrificado; mas como no era General en Jefe en propiedad, sino interino, el Gobierno se aprovechó de esta ocasión para proceder a un nombramiento definitivo.

Consecuentemente, por decreto de la Convención del 13 Ventoso (3 de marzo), el General Schérer, entonces Comandante del ejército de Italia, fué encargado de llenar en Cataluña, en el cargo de Pérignon, el papel secundario que hubiera podido, según se temía, herir el amor propio del vencedor de Rosas. Pero este extraño proce-

der obedecía a otro motivo que guardaba relación con la naturaleza del trato establecido entre Augereau y Pérignon. Sea de ello lo que fuere, el buen sentido de éste lo concilió todo, y, aunque Schérer debió hacerse esperar durante tres meses por el General de puesto, se aplicó, lealmente, a aprovecharse de estos tres meses para dejar facilitada la ruta a su sucesor.

Los franceses, reducidos a la defensiva, son atacados por una pequeña fuerza de somatenes y milicias armadas de Cataluña, al mando del sacerdote Salgueda

Así el Comité no fué menos asaltado por esta lastimera correspondencia, por esas perpetuas demandas de socorro siempre mal acogidas, que le traían, desde hacía dos años, todos los correos llegados del Pirineo. Mas para conformarse con el nuevo plan de campaña fué preciso mantenerse en la defensiva y, a causa de ello, hasta el 16 floreal (6 de marzo) fecha en la que los franceses fueron atacados, no salió de sus acantonamientos más que una pequeña columna con la misión de dispersar a una banda de Somatenes, mandada por el sacerdote Salgueda, y que se había presentado en Llorona en las fuentes del Manol.

En esta pequeña acción de guerra púsose, una vez más, de manifiesto el empuje y el valeroso ánimo de los Somatenes y demás milicias armadas de Cataluña.

El General Urrutia, en carta del 23 de marzo, que figura en la Gaceta de Madrid de 31 del mismo, daba cuenta de esta acción en la siguiente forma: La mañana del 21 volvieron los enemigos a atacar, pero más vigorosamente que el día 10, el puesto de Llorona, mandado por el Presbítero Salgueda, y defendido por unos 200 hombres. Gradúa Salgueda que las fuerzas francesas serían de 4 a 5.000 hombres. Después de tres horas de fuego fingieron nuestros Miqueletes que se retiraban con precipitación, y se formaron, ocultamente, entre unas encinas; se adelantó inconsideradamente el enemigo, y, cuando estuvo a distancia proporcionada, y en terreno descubierto, le hicieron una descarga con tanta oportunidad que retrocedió en el mayor desorden hasta sierra Sirera, donde los oficiales franceses lograron, con mucho trabajo, detener y volver a reunir su gente; entretanto maniobraba mañosamente con la suya Salgueda, aparentando la llegada de refuerzos, con lo cual y la de haberse realizado la de cuatro Compañías, también de los tercios Catalanes, enviados desde Basagoda por el Comandante de aquel puesto don Joseph Zambrano, apresuraron los enemigos su total retirada, pero siguiéndoles los nuestros hasta un cuarto de legua de su campamento de Sistella. Nuestra pérdida no excede de un Miquelete prisionero y cuatro o cinco heridos, regulándose la de los enemigos, por lo que pudo observarse, y por la relación de unas mujeres que habían caído en sus manos y vieron la función, en más de cien muer-

tos y heridos. Se halló de segundo en esta acción el Capitán de Miqueletes don Francisco Illa; celebra Salgueda el valor y buena voluntad de cuantos concurrieron a ella, pero nombra con particularidad a don Joseph Carrito, hacendado de Llorona, y a los Sargentos Jayme Masdevall, Lorenzo Soles, Francisco Mirambell, Salvador Aoroguer e Ignacio Callis.»

Como vemos por el relato anterior, los Somatenes, mandados por el Sacerdote Salgueda, después de tres horas de fuego, se precipitaron inconsideradamente sobre los franceses y declara Marçillac que las consecuencias de este encarnizamiento hubiesen sido funestas para los bravos paisanos que constituían viva fuerza cívica, si las tropas de línea, enviadas para sostenerlos, no hubiesen forzado a los franceses a retirarse a su campo. Urrutia, aprovechándose de los momentos de reposo que pudieran dejarle el abandono o pasividad del enemigo, no descuidó restablecer el orden y la buena organización de su ejército, y el reanimar el espíritu militar de sus tropas, todavía abrumado por los recuerdos de la última campaña. Pero tan pronto como creyó ser dueño de las mismas, en los primeros días de abril, dispuso que éstas abandonasen sus acantonamientos a retaguardia del Coll de Orriols, para ocupar nuevas posiciones a lo largo de la línea del Fluviá. Las tropas quedaron dispuestas de la siguiente manera :

Modificaciones en la línea española

De 5 a 6.000 hombres de infantería y 1.200 caballos, a las órdenes del Marqués de la Romana, ocuparon el Coll de Orriols, y 500 Miqueletes con 3 piezas de artillería el pueblo de Bâscara. Al flanco derecho, y frente a la izquierda francesa, 3.000 bayonetas y 2.000 caballos al mando del General Iturrigaray, alrededor de la colina de Ventalló; a continuación en el ala opuesta, parte de las tropas de Bañolas, avanzando hasta Vilert, para guardar el puente de Esponella, fué destinada a la división de Vives, en tanto que la de Cuesta quedó emplazada detrás del Coll de Orriols, en San Esteban, presta a marchar al primer aviso. Como puede verse, la línea española contaba con 17.000 combatientes.

Un número aproximadamente igual de fuerzas fueron instaladas en segunda línea, en una excelente posición militar al norte del pueblo de Servia, en donde estaba establecido y hubo de seguir estándolo el cuartel general. Esta segunda línea cubría directamente a Gerona, y retenía las tropas que iban llegando del interior de España, hasta que constituyesen un núcleo suficiente para poder caer sobre el contrario.

**El criterio del General Urutia contrario
al de su infortunado predecesor en el
mando.—Su concepto sobre el papel de
la fortificación**

«Los fracasos que había acarreado a los suyos durante el curso de esta guerra el abuso de la fortificación de campaña, habían impresionado grandemente al General Urrutia, arguye el historiador Fervel. Según él—sigue diciendo—todo esto era debido a haberse considerado como invencibles detrás de los atrincheramientos en tanto tiempo y tan penosamente construídos, siendo las tropas españolas derrotadas por haberlo dejado todo a la fortaleza de estos atrincheramientos, por lo que, víctimas de su sorpresa, hubieron de abandonarse a todos los excesos del temor. El nuevo General en Jefe confiaba más en el valor del soldado, defendiendo su vida en rasa campaña, que abrigado por la trinchera, razón por la cual hubo de adoptar un sistema de defensa enteramente opuesto al de su antecesor. Por esta razón el sucesor del Conde de la Unión, pasó de un exceso a otro y, por ello, apenas hizo asentar algunas baterías en el Coll de Orriols, en un punto capital que era preciso defender a toda costa y proveer, por lo tanto, de todos los medios de resistencia imaginables. De igual manera, habiendo hecho construir un puente sobre pilotes en Bascara para facilitar el paso del Fluviá, contentóse con dominar punto tan importante con algunos puestos de vigilancia aventurados en la orilla izquierda, sin preocuparse de asegurar su situación con un reducto atrincherado, construído a la inmediación del pueblo, situado a retaguardia.»

Agrupación de Somatenes

Por otra parte, confiado nuestro General en Jefe en la audacia y patriotismo de los Somatenes, y con el propósito de sacar de ellos el mayor partido posible, ya que no encontró posibilidad de someterles a un régimen militar, logró a lo menos agruparlos o reunirlos en tres campamentos establecidos en las fuentes del Manol, y que recibieron los nombres de nuestra Señora del Monte, de Llorona y de Besagoda, junto a Bañolas y quedó establecido, igualmente, otro campamento en la orilla izquierda del Fluviá.

**Se establece un estado de reposo en la
lucha.—Causa del mismo**

Todos estos cambios de nuestro frente de combate o línea de batalla no causaron modificación alguna en la posición mantenida por el ala izquierda enemiga, que, desde Rimors, se extendía hasta las marismas de Vilamacolum; a continuación de todos estos sucesos, ambos

contendientes permanecieron en un estado de reposo que duró hasta los primeros días del mes de Floreal, o sea, hasta finales de abril.

Esta paralización se atribuía generalmente a las conferencias que se habían iniciado en Figueras, entre el antiguo ministro de Negocios francés en Madrid, Bourgoing, y el General español Roquesante, conducentes al concierto de una paz entre España y Francia. Pero por el momento no parece que estas conferencias dieran resultado alguno.

**Se inicia la actividad por parte de uno
y otro contendiente.—Pequeños golpes
de mano**

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que, a finales del citado mes de abril, hubieron de iniciarse una serie de demostraciones de escaramuzas, de golpes de mano de no gran importancia. Aparte de la acción del 21 de marzo, iniciada por los franceses partiendo del campo de Sistella sobre Llorona, y de la que hemos dado cuenta anteriormente, en el sector de la Seo de Urgel y de Camprodón, los Somatenes no contentándose con el papel defensivo en que se encontraban y enardecidos por sus anteriores éxitos, llegaron a punto de atacar los puestos franceses, e incluso de realizar incursiones en su parte de la Cerdaña. En esta guerra irregular, el 27 de marzo, sorprendieron los nuestros algunos puestos del lado de Nas, apoderándose de alguna cantidad de ganados. Con esta actitud belicosa, lograron aquellos valiente catalanes mantener a la división francesa que ocupaba la Cerdaña, en una activa inquietud, desvaneciendo sus proyectos de llevar a cabo ataques que, en una actitud más tranquila, hubieran creído realizar fácilmente. De la operación de que estamos tratando daba cuenta el General Urrutia a la Superioridad en carta del 2 de abril, con la que se remitían los partes dados por el Mariscal de Campo don Joaquín Oquendo, Comandante de la Seo de Urgel, y del Oficial que mandaba el puesto de Camprodón, noticiándole las sorpresas que habían ejecutado sobre los destacamentos enemigos de Nas y del Coral (Gaceta de Madrid de 14 de abril). Estos partes decían lo siguiente: «Sin embargo de haber aumentado los franceses el destacamento de Nas hasta 160 hombres, después de la sorpresa de la noche del 7 de este mes, se intentó en la de ayer, la segunda, con 220 hombres de las Compañías de Cervera, 60 de la de Urgel y 25 de las de Lérida, al mando de sus respectivos Comandantes don Luis Areny de Sola, don Juan Fexas, don Antonio Bernola, don Joseph Torrens, don Francisco Carreau y don Antonio Raymat. A medianoche llegaron a las inmediaciones del pueblo, y, desde luego, se dirigió cada uno con la partida que llevaba a su cargo a ejecutar la operación que le estaba encomendada; pero habiéndose acercado una demasiado al puesto enemigo que debía arrollar, fué sentida por el centinela y disparó su fusil. A pesar de este incidente que los descubría y de una descarga que sufrió de la guardia, no desanimó nuestra gente, antes bien se apresuraron en

acometer. Lo mismo hicieron las demás divisiones que ocupaban el sitio destinado: mas la principal que era la encargada de cortar la retirada a los enemigos teniendo que hacer mayor rodeo no llegó a tiempo oportuno de lograr el objeto que hubiera completado la acción. Con todo cogieron 16 soldados y un Sargento de la Legión de Alobroges, mataron 16, según permitió reconocer la oscuridad de la noche, y no se sabe los que fueron heridos. Han conducido 50 fusiles, una porción de sables y todas las mochilas del destacamento; en la refriega murió uno de la segunda Compañía de Cervera y otro de la de Urgel salió herido.»

«Es de mi obligación manifestar a V. E. la buena voluntad con que a porfía se han brindado los Comandantes y los individuos de sus compañías para tener parte en la empresa, que, por repetida con valor y éxito feliz, me parece son dignos de que V. E. los recomiende a la piedad de S. M.»

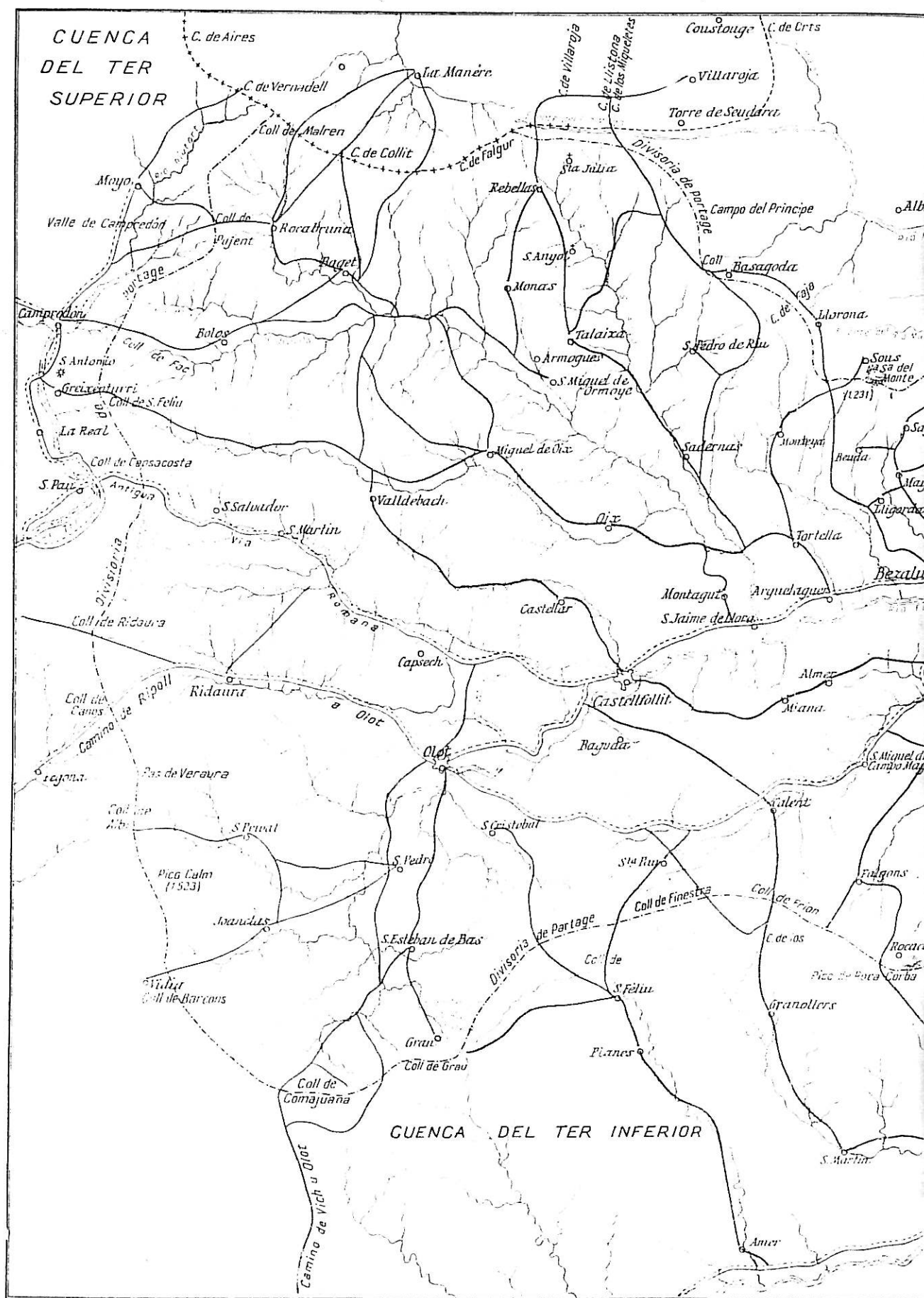
El parte del Jefe del puesto de Camprodón, decía lo siguiente: «El Canónigo Cuffi, Capitán del Tercio de Miqueletes, auxiliares de Camprodón y Olot, que con su compañía se halla destacado en Rocabruna, me acaba de dar el parte que a la letra sigue: «En la madrugada de ayer dispuse que mis partidas de guerrilla se apostasen en las inmediaciones del Coll de Vernadell, situado encima del campamento enemigo del Coral, con la idea de sorprender las descubiertas enemigas; y no habiendo podido verificarse, porque éstas descubrieron a las nuestras, se trabó un fuerte tiroteo que empenó la función, en tales términos que me vi precisado a salir de Rocabruna con el resto de mi compañía y 30 hombres de la cuarta del mismo Tercio a socorrer a mis partidas, ya que se hallaban demasiado internadas; pero, reuniéndome a ellas, seguí el ataque hasta sacar a los enemigos de sus parapetos, obligándolos a huir precipitadamente, y a dexas 7 fusiles y porción de mochilas. Seguidamente entramos en su pequeño destacamento del Coral, en el que se encontró y saqueó algún trigo, ropa y cobre, yendo seguidamente al Mas de la Costa, en el que quitamos, en presencia del enemigo, 150 cabezas de ganado entre lanar y cabruno, y con él su pastor, en este intermedio salieron los enemigos de Prats y de Manresa en número de unos 300 a reforzar todos sus puntos, en los que encontraron los refuerzos que V. había mandado de las Compañías 3.^a y 4.^a, al mando de los Capitanes don Joseph Aulis y don Agustín Germá, habiendo batídose éste con el enemigo perfectamente, logrando detenerlo para que no tomase el punto de Monfalgas, que era necesario para tener segura mi retirada; este Capitán es digno, pero particularmente lo es el Teniente don Pedro Cuffi, que es el que hizo la acción y el Subteniente don Francisco Serdania, y el Cabo Francisco Pujol y Joseph Pujol, habiéndose portado todos los Oficiales y demás Miqueletes con el valor y el orden deseable.»

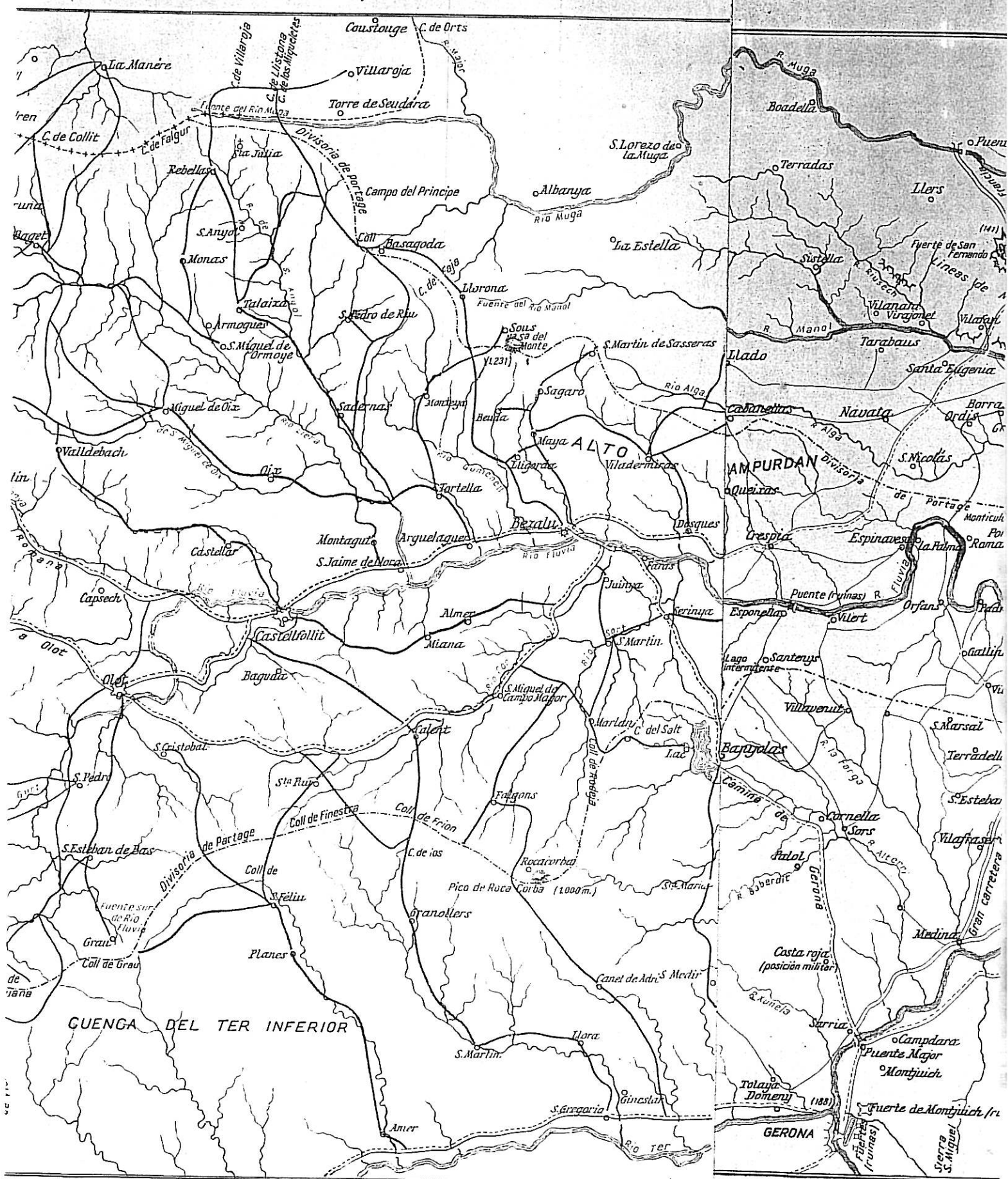
«De nuestra parte hemos tenido un Miquelete levemente herido, y

el
re-
a
ac-
de
la
si-
en
de

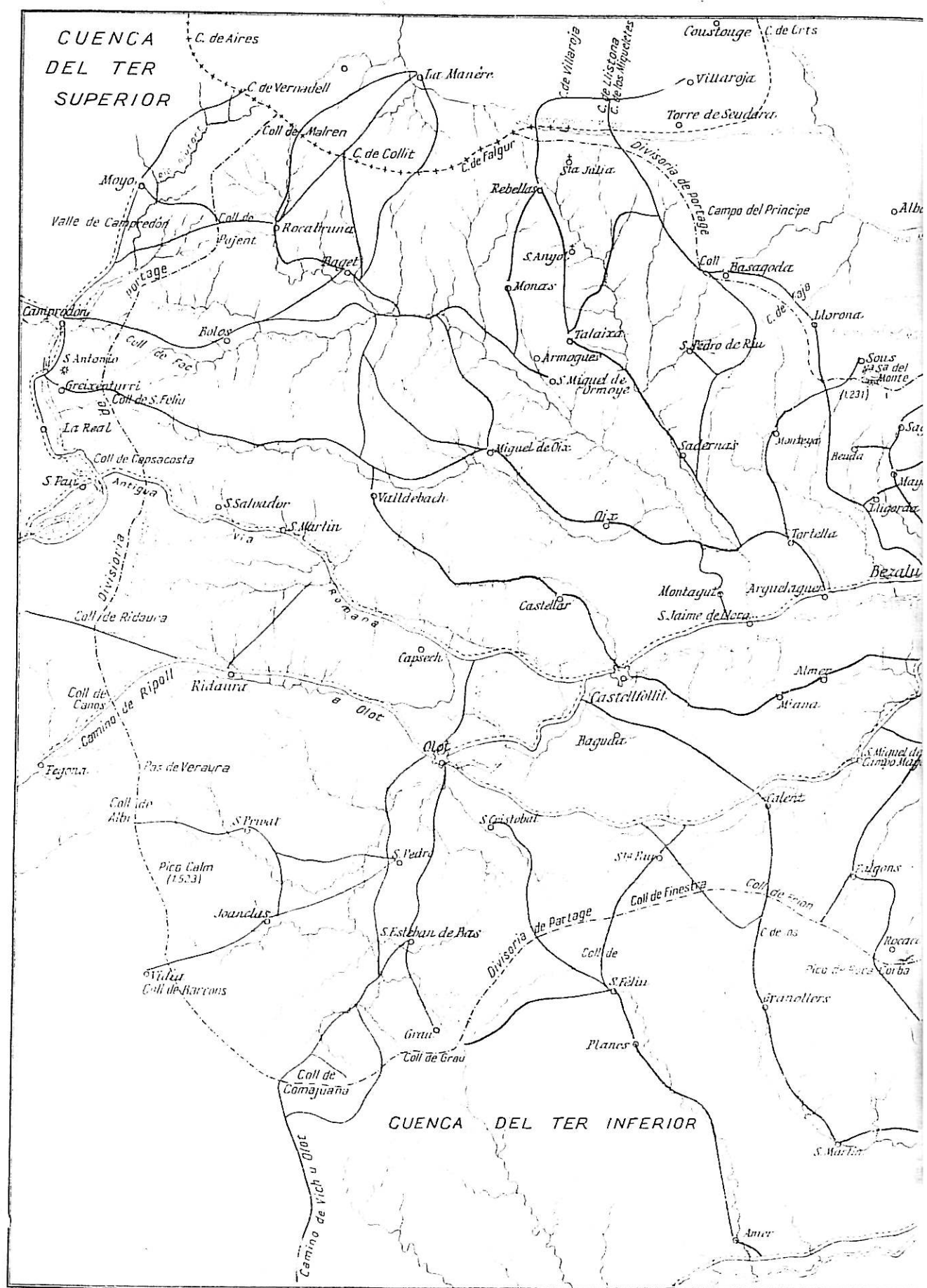
ue
m-
y
la

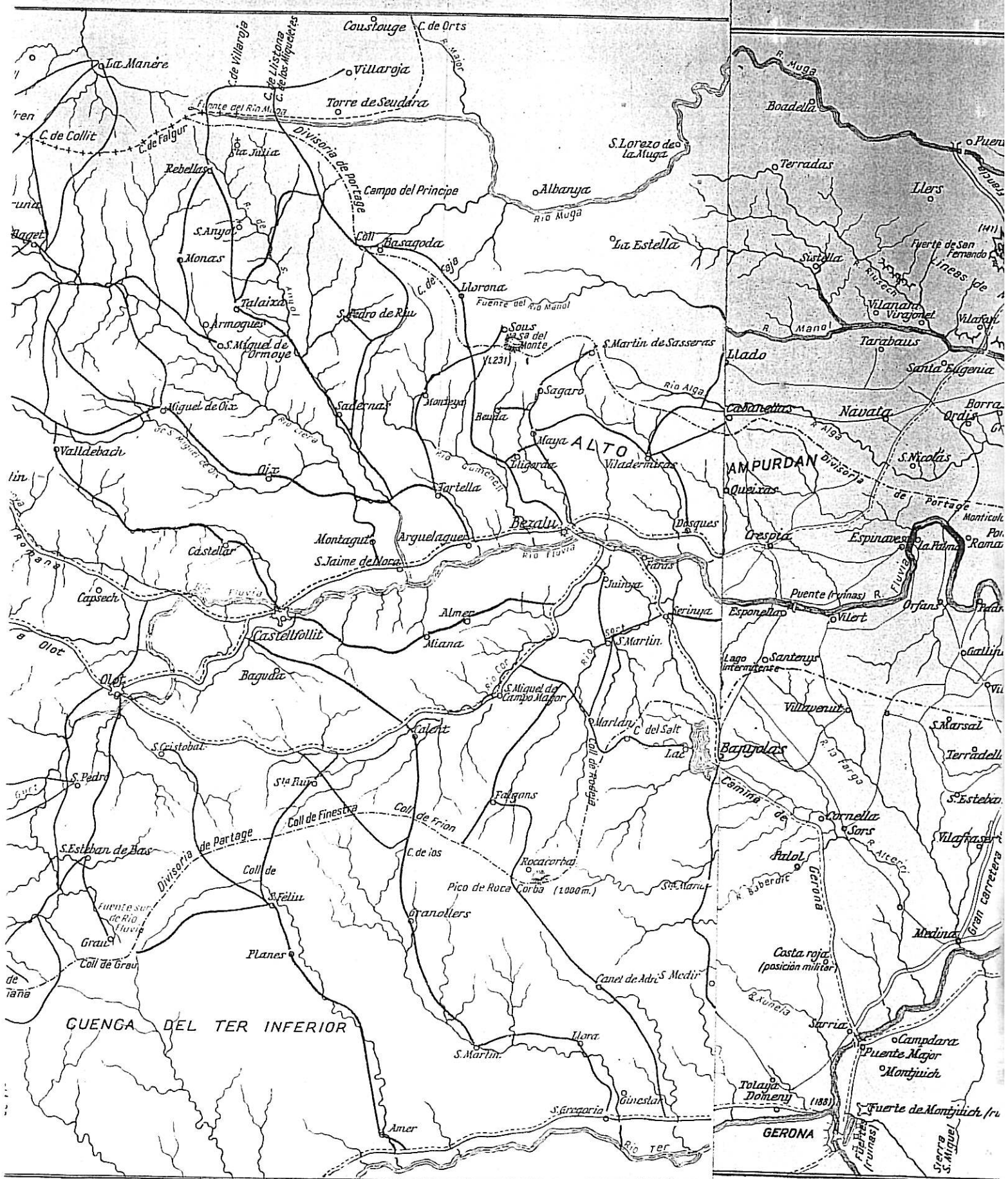
El
n-
a,
de
e-
e-
s;
as
es
ni
is
ne
li-
o-
ul,
ni-
e-
r,
ú-
n
to
a-
e
ni
e
n-
e
n
y



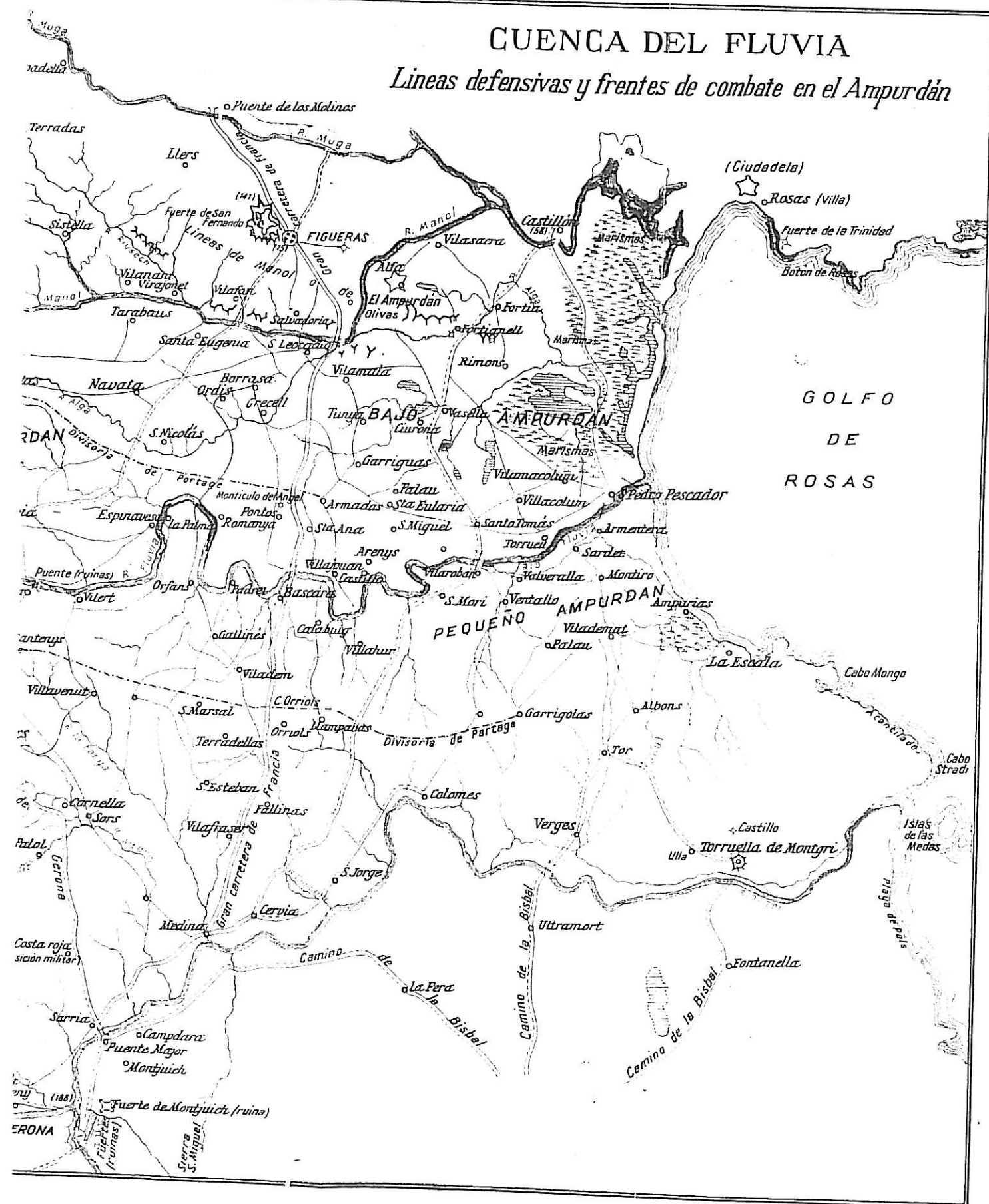


El
n-
a,
de
e-
e-
s;
as
es
ni
is
ne
i-
o-
l,
i-
e-
r,
í-
n
o
a-
e
ni
e
t-
e
n
y





Lineas defensivas y frentes de combate en el Ampurdán



los enemigos siete muertos y porción de heridos considerable, según lo han manifestado los varios rastros de sangre.»

Don Joseph Urrutia añadía : «A la victoria de la Compañía de Cuffi y para asegurarle su retirada, contribuyó la Compañía de Miqueletes que manda en Baget don Joseph Oliver, Cura Párroco de Castellfullit, que atacó a los enemigos que salieron de las casas de Manera, matándole siete e hiriéndole catorce, sin que su tropa haya tenido otra desgracia que la de tres hombres levemente heridos.»

**La lucha en la línea del Fluviá.—Intento
francés en el día 24 de abril**

En la línea del Fluviá los franceses sabiendo que los españoles se habían atrincherado en el puesto de Orriols e inquietos de las empresas que éstos pudieran hacer contra ellos desde esta posición, trataron de aproximarse al Fluviá, dando lugar, con ello, a diversas operaciones tampoco de gran importancia, pero suficientes a poner de manifiesto el estado de ánimo de uno y otro combatiente. Así, el 24 de abril, los franceses quisieron pasar este río enviando una columna del lado de Orfans, entre Báscara y Besalú, pero su intento resultó frustrado, pues la vanguardia de nuestras tropas obligó a retirarse al enemigo, no obstante haber éste tomado posición en la orilla derecha, sostenida por tropas dispuestas en batalla en la orilla opuesta. Con referencia a esta acción, el comunicado oficial que figura en la Gaceta del 15 de mayo, manifestaba que «en la mañana del citado día pasaron el Fluviá por la parte de Orfans como 600 u 800 hombres sostenidos de número considerable que quedaba en la orilla opuesta; se situaron inmediatamente en una pequeña altura y denotaban ya su movimiento hacia otras cuando acudieron las dos compañías de tiradores de voluntarios de la Corona, y no sólo los desalojaron sino que los obligaron a repasar el río en vergonzosa y precipitada huída, abandonando varios efectos que habían saqueado en las Masías de Peret y Gallines; enardecidos los bizarros tiradores querían perseguir al enemigo hasta sus puestos, y fué precisa toda la persuasión y firmeza de los oficiales para contenerlos, y estorbar que se entregasen a un impulso tan arriesgado. Dexaron los enemigos porción de muertos en el campo, y se observó que retiraban varios heridos, habiendo habido no más que uno levemente de nuestra parte. Se portaron con su acostumbrado valor y conocimiento el Primer Teniente don Josep Miranda, el Segundo don Juan de la Cruz y el Capitán don Rafael de Zúñiga, habiendo sido éste quien dirigió la acción con el acierto que el suceso acredita.»

Nueva intentona francesa fracasada

Al día siguiente una columna francesa se presentó ante Báscara, y, asentando la artillería en batería, el Comandante que la mandaba dió la orden de romper el fuego contra nuestras posiciones, como si tratara

de anunciar el proyecto de forzar a retirarse al puesto español que vigilaba este paso. Pero si éste era el propósito del enemigo los nuestros no cayeron en el lazo, pues, como afirma nuestra información oficial «se dudó por el pronto si aquel enemigo se dirigía no más que a divertir nuestra atención, ínterin otro cuerpo pasaba el río en el paraje por donde lo habían executado la vez anterior; y con el objeto de estorbarlo, o en caso de no ser éste el proyecto del enemigo, para ir a sorprenderle por su espalda y flanco, mientras permanecían delante de Báscara, marchó a Peret un Batallón de Voluntarios de la Corona mandado por el segundo Comandante del Cuerpo don Joachin Blake, vadeó el río y, sin internarse arriba de un cuarto de legua, o muy poco más, se acercó al camino real de Figueras encubriendo todo lo posible su marcha entre bosques bastante espesos; sin embargo como no pudo ocultarse del todo, y este rodeo no podía hacerse en menos de tres horas, no tuvo lugar la operación que se deseaba, pues al llegar los Voluntarios enfrente del lugar de Ponts, ya los enemigos habían retirado su artillería, y se habían replegado sobre dicho pueblo, sobre la ermita del mismo nombre y sobre otras alturas inmediatas; en aquellos límites hicieron alto, y después de haberse mantenido en observación algún rato, prosiguieron en total retirada, emprendiéndola los nuestros por el camino de Báscara cuando se había perdido de vista al enemigo. El otro Batallón de Voluntarios con su Coronel don Juan Ordóñez y su Sargento Mayor don Francisco Soler, estorbó el paso de los franceses por los vados de Báscara, contestando a su vivo fuego varias partidas, y manteniéndose emboscado el resto para acudir a donde más urgiese; para contrarrestar la artillería enemiga se colocaron dos piezas nuestras en las alturas de Calabuig; pero la retirada de lo contrarios no dió tiempo a que se disparasen sino muy pocos tiros; en ellos se logró mayor acierto, y de resultas de toda la acción, se notó que retiraban porción de muertos o heridos, habiéndolo sido de nuestra parte dos tiradores por balas de cañón.»

**Ataque francés de mayor consideración
contra el Coll de Orriols.—Fracasa igualmente**

No podían los franceses sufrir con resignación los fracasos anteriores y, por ello a la mañana siguiente, dispuestos a tomar la revancha, se presentaron, según dice nuestra información oficial, 3 ó 4.000 hombres enfrente de Báscara trayendo 3 cañones y un obús, y dexando cubiertas varias posiciones por su espalda, y cortado, con fuerzas considerables, empleando seguramente todos los de su ejército en esta operación, con la cual amenazaba principalmente el Coll de Orriols; desde luego, inclinaron gran parte de su gente hacia Calabuig y protegidos por el fuego de su artillería, empezaron a pasar el río, y subieron como unos 300 hombres al pueblo, donde sólo había 30 de la Corona destacados a las órdenes del

Capitán don Rafael Menacho; viéndose éste rodear por fuerzas tan decididamente superiores, se retiró a un bosque inmediato, hasta que socorrido por 33 tiradores al mando de don Rafael Miranda, determinaron ambos, juntamente con sus subalternos don Francisco Gargallo y don Joseph Bru, atacar de improviso al enemigo, sin dexasle parar en aquel puesto; executaron en efecto su bizarra determinación, a la cual cedieron los enemigos inmediatamente poniéndose en precipitada fuga, no obstante su gran superioridad, sus ventajas locales y el respetable apoyo que tenían a las márgenes del río. El vado de Báscara lo defendía con media compañía de Tiradores el Subteniente don Francisco Matis, y no lo desamparó hasta que consumidas las municiones no pudiendo continuar resistiendo, empezó entonces a retirarse, arrojándose impetuosamente sobre él los enemigos de infantería y húsares al tiempo de atravesar el llano; pero, dando media vuelta, hizo una descarga que los contuvo, socorriéndole al mismo tiempo el Segundo Teniente don Juan de la Cruz, que mandaba otra división de Tiradores, y avanzó a su primer Sargento Matías Malo Molina, con una partida, consiguiendo entre todos obligar al enemigo a repasar el río por aquel punto. Por el vado de Peret se presentó otra columna como de 1.500 hombres, intentando franquear aquel paso; pero la defendió valerosa y constantemente el Capitán don Rafael Zúñiga con sólo cuarenta Voluntarios de la Corona y 15 del primero de Barcelona, que acudieron en su socorro desde el lugar de Viladennul; de suerte que, rechazados por todas partes los enemigos, se retiraron a las diez de la mañana, sin que en este día ni en los anteriores hayan podido lograr ocupación las demás tropas de vanguardia, que a las órdenes del Mariscal de Campo don Ildefonso Arias de Saavedra, han marchado a sostener el Regimiento de Voluntarios de la Corona; y se vió que los enemigos retiraban muchos heridos. Uno de los primeros, llamado Felipe Romero, fué atravesado de una bala y recibió cinco heridas de bayoneta o sable, defendiéndose de porción de infantería y húsares que le envolvieron a él, y al que quedó prisionero en la retirada de Báscara; ambos se habían quedado detrás por asegurarse de que no se hubiese extraviado algún otro compañero, y no es éste el único rasgo de singular valor que demostraron los individuos del mismo nuevo Regimiento; es muy digna de elogio la retirada que por más de un cuarto de legua a la izquierda de Báscara hizo el Sargento Francisco Becerra, con sólo cinco soldados, hasta unirse con la tropa de dicho punto, cargado siempre por los enemigos en mucha fuerza; al Voluntario Angel López le mandaron sus Oficiales que no entrara en la acción por haber quedado descalzo, pero suplicó con tanto empeño que no le privasen de concurrir a ella, que se vieron precisados a permitirle que siguiese la campaña; al tirador Manuel Sánchez, le llevó una bala de cañón un dedo y le estropeó otros dos, y cuando le retiraban no sólo hacía instancias, sino esfuerzos materiales para que le dexasen volver. En general debo asegurar a V. E. que tanto los Oficiales como la tropa de este Cuerpo

están animados del más noble deseo de distinguirse, debiendo con particularidad el estímulo de esta loable militar ambición, al exemplo con que persuade su acreditado Coronel don Juan Ordóñez».

**Las acciones relatadas dan prueba de la
reacción del ejército español.—Continua-
ción de la lucha por pequeñas acciones
o golpes de mano**

Si los partes que daban cuenta de las hazañas de los Sacerdotes Salvageda y Cuffi ponían de manifiesto el valor y empuje de los Somatenes y Miqueletes, este que acabamos de transcribir daba buena prueba de la favorable reacción que se verificaba en la moral de nuestras tropas del ejército regular. Estas pequeñas acciones se continuaron hasta los primeros días del mes de mayo, y, así, el día 28 «sólo presentaron en los vados de Báscara pasajeramente algunas pequeñas partidas, sostenidas a distancia por varias divisiones que compondrían 500 ó 600 hombres y trasladaron su principal teatro a los puntos de la izquierda, donde les hacen frente nuestros Húsares, a quienes la experiencia les obliga que miren con respeto. En aquella mañana, después de hecha la descubierta, se adelantó hasta S. Pedro Pescador el Segundo Comandante de Húsares don Benito S. Juan, para proteger la operación de sacar un convoy de paja; apenas se había empezado cuando se avistaron partidas de enemigos que, sucesivamente, se fueron aumentando hasta dexarse ver en gran número de infantería y caballería. No por esto abandonó su empresa San Juan, enviando guerrillas que retardasen la marcha al enemigo mientras acababan de cargar y ponían a salvo los carros; verificado esto hizo también su retirada, volviendo a formar su batalla en la orilla derecha del Fluviá, donde se mantuvo sufriendo el fuego de la infantería enemiga, y resuelto a atacar el paso, hasta que, llegando al socorro, el Coronel don Manuel de Aguirre, marchó sobre el flanco izquierdo de los enemigos, al mismo tiempo que S. Juan. Retirados entonces los enemigos, continuaron la marcha los Húsares Españoles de la parte de allá del río, por S. Miguel de Fluviá y alturas de Garrigas, saliendo al camino de Báscara por si acaso lograban encontrar todavía en aquel terreno las tropas que lo habían ocupado por la mañana.»

«El día 29 repitió igual marcha el mismo Aguirre con la mayor parte del Cuerpo que manda, sin encontrar ni ver enemigos; y ayer, 2 de mayo, recorrieron también el frente de la línea francesa, para reconocerla, los Mariscales de Campo don Gregorio de la Cuesta y don Gonzalo O'Farrill, con un destacamento de 2.000 hombres de infantería, el Cuerpo de Húsares y cuatro piezas de artillería, sin que se notase otro movimiento que batir la generala en los campos enemigos, y formarse en ellos sus tropas. Aprovechan sí, el tiempo en que nuestras tropas estén distantes para executar su pereza y dexar indeleblemente trazado su sistema horrible de guerra en aquellos parajes mismos de que estén hoy en po-

sesión; tal es el incendio de los pajares y varias casas de S. Pedro Pescador, de Torruella, de Fluviá, Vila-Juan y Armadas, y, más que todo esto, la muerte de tres paisanos indefensos en Pontos, uno de ellos impedido y ciego.»

Disposiciones referentes a la situación de las tropas portuguesas

«Escenas del mismo género—expone Fervel—se reproducían en las montañas, y como en ellas nuestros pequeños puestos desparramados tenían que sostener todos los días luchas desiguales, Pérignon los reunió a todos bajo las órdenes del General Guillaume, incorporándoles dos Batallones de Cazadores y algunas compañías de Granaderos, elevando así su efectivo a 1.500 bayonetas; a continuación enviélos acampar en Sistella, en el alto valle del Manol». Durante este mes de abril, los soldados portugueses que combatían a nuestro lado, recibieron la noticia del feliz natalicio de un *príncipe robusto* (1), llamado un día a ceñir la corona de Portugal. «El domingo de Pascua, ordenó el General Forbes la celebración de una vistosa parada de toda su división en la explanada de los alrededores de Gerona llamada La Alameda. «A descargas de alegría, salvas y las notas festivas de las músicas contribuyeron, expresando el contento sincero de nuestros viejos camaradas, como es costumbre en casos tales.»

«Las continuas lluvias que habían caído durante dos días anegando los caminos, imposibilitaban la reunión de las tropas, y, consecuentemente, el General portugués determinó subiesen éstas a las alturas de los puntos que ocupaban sus acantonamientos, al mismo tiempo que la artillería se reuniese fuera de las puertas de Gerona, llamadas de Barcelona y que tales posiciones, que recíprocamente se avistaban, se hiciesen las competentes salvas y descargas, lo que puntualmente se ejecutó, correspondiendo a estos homenajes con los disparos de sus cañones las fortalezas españolas.»

«Foi admiravel o effeito que fazia eta correspondencia de fogos—escribía el Suplemento de la Gaceta de Lisboa de 9 de mayo de 1795—de sorte que as muralhas da praca, e as alturas visinhas da cidade estaban coronadas de gente, offerecendo tudo un espectáculo dos mais pomposos, para o que concorreu o achar-se a tropa no maior aceio que as circunstancias podiam permitir.»

Cordialidad hispano-portuguesa

Sin duda alguna la cordialidad más sincera reinaba en las relaciones de los españoles con los portugueses. «El mismo domingo—informa Claudio de Chavy—dió el General Forbes un espléndido banquete al que

(1) Claudio de Chavy, obra citada.

asistieron los Generales del ejército aliado y el Obispo de Gerona, siendo abriantada la conspicua reunión por las especialísimas gracias que de tal modo distinguen a las amables damas españolas allí representadas por las dignas esposas de los Generales O'Farrill, La Cuesta e Iturrigaray». (Transcribimos con gran satisfacción esta nota del historiador portugués, muestra de la galantería de una época ya muy lejana, no por el tiempo transcurrido sino por el modo de concebir las relaciones sociales.)

«A otro festín asistieron al día inmediato los oficiales superiores del ejército portugués, en el cuartel general de Forbes, teminando las demostraciones de regocijo al tercer día con otro magnífico banquete con que el General en Jefe del ejército español, don José Urrutia, obsequió a los Generales portugueses y españoles, a los Coroneles de nuestros Regimientos y a los Oficiales de Estado Mayor de la División auxiliar.»

«En todas estas reuniones las músicas entraban siempre como elemento de diversión para satisfacer los corazones, manifestándose la mutua inteligencia en apreciables e improvisados recitados en prosa y verso, con alusión al fausto motivo originario de tales festividades. Breves pasaron éstas, como breve tenía que pasar el suceso afortunado que las promovía. Todas estas atenciones fueron en seguida dedicadas a los cuidados de la guerra, que la alegría por un momento interrumpiera en parte.»

La actividad de Urrutia según el testimonio portugués

Mas como expone Claudio de Chavy, no descansaba el General Urrutia un solo instante, siempre solícito en prevenir y responder a las tentativas de los contrarios, o en disponer para el ejército cuanto de acertado y conveniente parecía serlo a su inteligencia perspicaz y previsor. A las tropas que progresivamente se aumentaban e instruían, iba dando los precisos impulsos de orden y disciplina, animando y premiando bondadoso los procedimientos a ellos merecedores, al paso que, inexorablemente, hacía castigar con todo rigor todas sus faltas.

«Mejoraban también sensiblemente los aprovisionamientos del ejército y todo se encaminaba finalmente en él según las circunstancias y el estado de adelantamiento del tiempo para corresponder a aquellas condiciones requeridas de conveniencia y buena organización.»

«Seguro el General Urrutia de la fortaleza de sus posiciones y obediendo a su pensamiento de cambiarlas oportunamente por otras más avanzadas, había prescindido de trincheras y reductos, colocando en puntos convenientes la artillería al descubierto, reforzando las posiciones con las bayonetas de los soldados que, según su expresión, eran los mejores parapetos. En varios puntos de la línea hizo establecer diferentes campamentos, a consecuencia de lo cual los portugueses tu-

vimos que abandonar nuestros acantonamientos para acampar en el día 24 de abril.»

La concordancia de estos datos facilitados por el historiador portugués con los que anteriormente hubieron de exponerse, ponen de manifiesto cómo todo iba encaminado a la realización de acciones más a fondo de las anteriormente realizadas durante los meses de marzo y abril. La línea del Manol iba a ser el campo de batalla de la primera acción llevada a cabo por las tropas españolas. Este afluente del Muga por la derecha, al que afluye un poco antes de Castellón y de sus marismas, desciende de las montañas agua arriba de Llorona y marcha rectamente en dirección oeste a este, recibiendo, a su vez, al norte de Navata, dos afluentes en gran parte de su curso casi paralelos entre sí. El primero se origina no lejos de San Lorenzo de la Muga, hallándose situado en su orilla izquierda el pueblo de Sistella, en la prolongación de la línea de Llers a Palau-Surroca. El segundo tiene sus fuentes al sur del citado San Lorenzo, y corriendo por el fondo de la garganta de Terradas, tan disputada, según vimos, en la campaña del año 1794, afluye al Manol junto a Vinyonnet. Desde este pueblo al de Sistella la distancia viene a ser de unos cinco kilómetros, y desde Sistella al Fluviá de unas dos leguas.

**Iniciación de la ofensiva por parte del
ejército español.—Reconocimiento espa-
ñol sobre Sistella**

La iniciación de la ofensiva hubo de corresponder a nuestro ejército y como dice el General en Jefe del Ejército de Cataluña, en carta del 12 de mayo, pasando a detallar las ocurrencias del citado día: «El objeto era un reconocimiento general de la posición del enemigo y de las fuerzas y medidas ofensivas y defensivas que nos opondrían.» La operación había de hacerse por tres puntos, en tanto que, fiando la izquierda al Mariscal de Campo don Juan Miguel de Vives, éste había de procurar, por otra parte, atacar el campo enemigo de Sistella *en cuanto pudiese ser sin entrar en demasiado empeño.*

Disposición de las fuerzas españolas

Dejemos a nuestra información oficial el dar cuenta de la disposición y distribución de las fuerzas que habían de tomar parte en el reconocimiento. «Del Cuerpo de tropas destinado a obrar contra este punto—informa Urrutia—formó Vives tres columnas; la primera, que debía atacar por la derecha saliendo desde Bañolas, iba baxo su inmediato mando compuesta de dos Batallones del Regimiento de Valencia, a las órdenes de su Coronel el Brigadier Conde de St. Genois, uno de Voluntarios de Castilla, a las de su Teniente Coronel don Antonio Sema, quince Compañías de Miqueletes del Tercio de Gerona, al mando de

su Comandante el Teniente Coronel don Juan Bassecourt, cuatro de Tiradores y un escuadrón del Regimiento de Caballería de Borbón, mandado por su Coronel el Brigadier don José Zubiría, llevando de vanguardia al Coronel don Antonio O'Kelly con el Teniente Coronel don Juan Bassecourt, el Sargento Mayor de Milicias don Francisco Copons, 500 Miqueletes de los Tercios de Gerona y Tortosa y la primera Compañía de Granaderos de Valencia. Otra columna salió de Besalú para atacar por el centro, mandada por el Coronel don Luis de Aragón y compuesta del Batallón 1.º de Voluntarios de Cataluña a las órdenes de su Comandante don Francisco Terradellas; el de Voluntarios de Valencia, a las de su Sargento Mayor el Teniente Coronel don Lino Vicente, cuatro Compañías de Miqueletes de los Tercios de Gerona, Besalú y Mataró, baxo la dirección del Coronel don Manuel Desvalls, y 130 Dragones de Sagunto, mandados por el Coronel don Ramón Villalba; mandaba la vanguardia don Lino Vicente y el Cuerpo de reserva don Joseph Borrellas, Sargento Mayor del Primero de Castilla. La tercera columna partió de Llorona para caer sobre la derecha de los enemigos, al cargo del Coronel don Francisco Blanco, constando de 800 Miqueletes de los Tercios primero de Cataluña, Besalú y Villafranca.»

«A la derecha de las tropas de operación y en distancia proporcionada, se estableció una reserva que mandaba el Mariscal de Campo Marqués de la Romana, teniendo por segundo al Brigadier don Ulises Albergoti, y constaba de los Batallones de Burgos, Extremadura, órdenes Militares, 2.º de Barcelona, el Regimiento portugués, 2.º de Oporto, seis compañías del Tercio de Barcelona, seis del de Tarragona, una escuadra del Regimiento de Caballería de Algarbe y 80 Dragones de Sagunto al mando de sus respectivos Jefes, y este Cuerpo estaba igualmente apoyado en su derecha a distancia oportuna para acudir a cualquiera accidente por el auxiliar de tropas portuguesas baxo la dirección de su Comandante general el Excmo. señor don Juan Forbes.»

Desarrolle de la acción

El desarrollo de la acción según el relato facilitado por el General Urrutia fué de la siguiente manera:

A la madrugada del 5 se verificó el ataque premeditado cargando nuestras tropas con el mayor denuedo sobre los enemigos acampados en Sistella, que serían en número de 2 a 3.000; de tal modo que a pesar del vivo fuego de fusil y artillería de montaña, y de lo escabroso del terreno, en breve rato los hicieron abandonar el campo, y lo saquearon, ocupándose inmediatamente en incendiarlo el Teniente de Artillería don Hilarión Goñi con fajinas embreadas que iban prevenidas, hasta que quedó reducido a cenizas. Enardecidas nuestras tropas ligeras particularmente los bizarros Miqueletes que conducía Blanco, no se contentaron con haber llenado tan brillantemente el objeto de la expedición, y per-

siguieron a los franceses hasta sus mismos reductos de Aviñonet, de que resultó que aunque aumentara el daño del enemigo, sufrieron también ellos mismos alguno a su regreso infructuosamente, pues éste los cargó luego que se rehizo y se reforzó con tropas que se le incorporaron de Llera y Sierra Blanca llegando a componer entonces hasta 5.000 o más hombres. Para proteger la retirada de los Miqueletes adelantó Vives el 2.º Batallón de Valencia de una compañía de granaderos a las órdenes del Teniente Coronel don Francisco de la Roque, cuya tropa consiguió el intento cargando oportunamente y sosteniendo un vivo fuego por el espacio de cuatro horas, retirándose después las columnas en el mayor orden. Algunos prisioneros y desertores ponderan la pérdida del enemigo haciéndola subir a la mitad de los que ocupaban el campo; por noticias positivas se sabe que han tenido 200 muertos a lo menos, y entre ellos o heridos gravemente tres Oficiales de principal carácter, y es constante que no pudo dexar de ser considerable el número a vista del arrojado ímpetu con que atacaron nuestros valerosos Miqueletes.

Nosotros tuvimos tres Oficiales y 28 soldados muertos, un Oficial, tres Sargentos, y cincuenta y dos soldados heridos, un Oficial, un Cabo y doce soldados contusos; ocho Oficiales, dos Sargentos, dos Cabos y ciento doce soldados extraviados, bien que se presentan diariamente muchos de éstos, y yo me persuado vuelva a aparecer el mayor número, pues aunque la inexperiencia de aquellas tropas ligeras estorbase su oportuna reunión al abrigo de las columnas el conocimiento práctico que tienen los más de la montaña, y su singular intrepidez debió dexar pocos en manos de los enemigos; en efecto, sabemos que son como unos cuarenta los que quedaron prisioneros.»

Seguía dando nuestro General en jefe designación de los nombres de los muertos, contusos y desaparecidos y manifestaba hacer Vives «los mayores elogios del valor y conducta de toda la tropa, particularmente de los Coroneles don Francisco Blanco y don Luis Aragón y a varios otros individuos cuya relación incluye y que dirigía a la Superioridad reconociendo en todos ellos el haber contraído señalado mérito.»

Pero si el anterior relato hacía referencia a la acción desarrollada por la columna de Vives al flanco izquierdo de nuestra línea y en esfuerzo dirigido sobre la derecha del frente francés, nuestra información daba cuenta, asimismo, de la acción desarrollada por el centro de nuestra línea, manifestando que el General Vives «mandó avanzar al Brigadier don Juan José San Juan con dos batallones del Regimiento de Voluntarios de la Corona a las órdenes de sus respectivos jefes don Juan Ordóñez, don Joachín Blake y don Francisco Soler, seis compañías de Granaderos de los Regimientos de reales guardias Wálonas, Reyna, Navarra, Mallorca y Ceuta, 300 caballos mandados por el Coronel don Tomás de Jáuregui, y dos pequeñas piezas de artillería dirigidas por el Teniente de este Cuerpo don Joachín Caamaño. Al romper el día vadeó el Fluviá todo el destacamento, y dividida la In-

fantería en dos cuerpos, compuesto el uno del primer batallón de la Corona y granaderos de Ceuta, y de la restante el otro, se encaminó a la ermita de Pontos y alturas de Armadas, dexando en medio del camino real, a cuya inmediación se formó el grueso de caballería con la artillería a corta distancia, sostenida por dos de las compañías de granaderos; tomadas estas disposiciones adelantó todavía algo más parte de las tropas y a muy breve rato se encontraron nuestras avanzadas y guerrillas con las de un destacamento de los enemigos de fuerza igual al nuestro, sobre muy poco más o menos; lo poblado y espeso de la arboleda en que unos y otros se hallaban dió ocasión a que no distinguiesen los centinelas el traje del segundo Teniente don Juan de la Cruz que iba delante, y le dieron el quién vive, al qual respondió en francés, haciendo tiempo con este engaño para que llegasen unos quantos de los nuestros, y rompiesen el primer fuego; en seguida se trabó el tiroteo con gran viveza y casi a quema ropa; le sostenía por la derecha el primer Teniente don Joseph Miranda y una partida de 32 hombres de la Corona, reforzado luego por media compañía de tiradores que mandaba el primer Teniente don Manuel Herrero, y por la izquierda otros 32 voluntarios mandados por Cruz, otra partida del propio cuerpo a las órdenes del Sargento Juan Colorado, media compañía de tiradores mandada por don Rafael Zúñiga, la de granaderos de Mallorca a las órdenes del Capitán don Pedro de Justicia, y la de reales Guardias Walonas por don Carlos Magno Raulin; el esfuerzo de todas estas tropas hizo retroceder precipitadamente al enemigo, contribuyendo mucho la oportunidad con que empezaron su fuego los Walones apostados en una pequeña eminencia, sobre el flanco derecho de los enemigos; volvieron éstos, no al ataque, estimulados y aun apaleados por sus Oficiales; pero otra vez cedieron vergonzosamente el puesto metiéndose en sus campos de atrincheramiento, y dexando regado de sangre el camino, con otras señales de lo mucho que sufrieron; nuestras partidas los persiguieron por más de un cuarto de legua con tal ardor que costó un infinito trabajo contenerlos».

No descuidaba el General Urrutia dar a conocer cómo admiraba al Brigadier S. Juan: «el denodado ímpetu con que estas tropas avanzadas se echaron sobre el enemigo, despreciando su fuego continuo de fusilería y metralla, y da los mayores elogios a todos los demás, que bien dirigidos por sus Oficiales y Jefes sostuvieron la acción particularizando a los Sargentos de Dragones de Pavía y Numancia don Antonio Pontejo y Manuel Silva, quienes, con una guerrilla de seis caballos cada uno, siguieron constantemente a don Joseph Miranda, auxiliando sus operaciones... Después de haber desaparecido el enemigo conservó nuestro destacamento su posición por casi dos horas hasta que asegurado yo de haberse concluido la función de Sistella, le mandé retirar, lo cual ejecutó con todo el buen orden y método de un ejercicio doctrinal. Durante todo este tiempo se mantuvo el res-

to de la vanguardia en las inmediaciones de Bascara, pronto a pasar el río quando fuese necesario».

«Por nuestra ala derecha dispuse se adelantasen el cuartel Maestre don Gonzalo O'Farril con todo el cuerpo de Húsares Españoles, las dos compañías de gastadores del General y 150 Miqueletes, lo qual se executó verificándose tan a sobra y con tanta inmediación los reconocimientos que, como lo demuestra el haber ocupado una de nuestras partidas el puesto mismo en que se hallaba situada una gran guardia suya que a la alarma se retiró, ni que se resolviesen a sacar de entre sus reductos cuerpo alguno a medirse con el nuestro o a lo menos a tantear nuestros designios.»

Así se expresaba en su carta oficial el ilustre General don Joseph Urrutia.

Juicio crítico sobre el reconocimiento español de que se hace referencia

Estableciendo la comparación del relato que acabamos de exponer con lo manifestado por los historiadores militares que dan cuenta de esta acción no es fácil darse una idea exacta de su desarrollo al primer golpe de vista, pues, en tanto que algunos lo hacen en forma vaga e imprecisa, otros, como pasa con Fervel, nos hablan de tres columnas españolas que inician el combate y de una cuarta que desembocando de las montañas de Llorona llevaba la misión de caer sobre la retaguardia de la posición francesa de Sistella. Un estudio detenido de todos estos relatos nos permite alcanzar una visión de conjunto que sin duda alguna responde a la realidad del hecho.

El orden de combate o de batalla de nuestro ejército fué efectivamente dispuesto en tres columnas. La de la izquierda al mando del General Vives, había de llevar a cabo la misión principal del reconocimiento. La columna de la derecha correspondía al General O'Farrill, y la central iba mandada por el Marqués de la Romana, figurando a su derecha como fuerza de apoyo la división portuguesa al mando del General Forbes. Afirma el historiador militar que acabamos de citar que estas tres columnas disponían de fuerza suficiente para constituir un conjunto de 16.000 combatientes.

Por su parte la columna al mando del General Vives hubo de desplegar en las tres columnas que señala nuestra información oficial, y no hemos de volver a dar cuenta de los distintos elementos que las componían. La tercera columna que partió de Llorona para caer sobre la derecha de los enemigos, era la mandada por el Coronel don Francisco Blanco, compuesta, según expusimos, de 800 Miqueletes de los tercios Primero de Cataluña, Besalú y Villafranca. No estaba, por lo tanto, en lo cierto Fervel al calificarla como una cuarta columna en la disposición general del ejército en acción.

Sin duda alguna el 5 de mayo nuestras tres columnas franquearon

el Fluviá por los puentes de San Pedro Pescador, de Báscara y de Esponella. La de O'Farril por el primero, por Esponella la de Vives y la de Báscara por la columna del Marqués de la Romana.

El resultado de la operación correspondió sin duda alguna al intento de nuestro General en Jefe, y si la primera de las columnas que hemos citado, una vez atravesado el río, hubo de detenerse frente a la izquierda francesa, la segunda, a las órdenes del General Marqués de la Romana, una vez atravesado Báscara y de haber avanzado por uno y otro flanco de la vía internacional, llegado a la cresta que corre de Pontos a Armadas a manera de telón que cierra el paso, desplegó a lo largo de la misma. Entablado el combate los guardias walonas que figuraban en esta segunda columna, recibieron orden de avanzar sobre el flanco derecho de los franceses, en tanto que el resto los atacaba de frente.

En cuanto a la columna a las órdenes del General Vives, atravesada la línea del Fluviá por el puente de Esponella, marchó, desde el primer momento, con toda decisión hacia Sistella, con orden de apoderarse de ella, y viendo el General Guillaume que sobre él y por su retaguardia iban a caer las tropas mandadas por el Coronel Blanco, tomó la prudente determinación de retirarse al camino de Vinyonnet. Advertido Augereau de cuanto ocurría apresuróse a enviar dos batallones de la reserva de Llers, con orden de trasladarse por Palau-Surroca contra la izquierda de los Miqueletes que envolvían la posición referida, en tanto que el General Bon, a la cabeza de dos batallones de cazadores, había de lanzarse del lado de Vinyonnet contra la derecha de Vives.

La llegada del citado refuerzo permitió al General Guillaume salvar su situación un tanto comprometida, manteniendo el orden y la disciplina de su tropa, observaba el avance de los nuestros, que, a causa de las cortaduras del terreno y de la extensión de su línea de batalla, habían tenido que diseminarse un tanto. Sobre todo era objeto de su especial atención una parte de la columna de Llorona que, en el entusiasmo de su avance, había cometido la imprudencia de penetrar aisladamente en una faja de terreno en medio de dos profundos barrancos y espiaba el momento de reaccionar contra ella dando la media vuelta y haciéndola frente cuando el eco de la viva fusilada emprendida a uno y otro lado vino a anunciarle que en efecto estaba socorrido. Entonces hace alto, retrocede y lanza su tropa contra el destacamento que le perseguía y que no puede recibir recursos de ningún lado. La información francesa notifica que la rapidez de este retroceso ofensivo es tal, que, un joven tambor que apenas puede mantenerse en sus filas de repente abordado por el General, se apodera de su caja y para animar a los suyos en persona bate él mismo el tambor, redoblando con el son de la carga. Esta misma información sigue declarando, que «nuestro destacamento fué rechazado en dirección de Esponella, a la mitad del camino de Llorona.»

De ser cierta la información de referencia no fué nada favorable para las tropas españolas encargadas de envolver Sistella por la izquierda el resultado de su esfuerzo. Ante el avance de los nuestros los dos batallones de reserva, el primero de la Montaña y el primero *des Vengeurs*, hubieron de ser lanzados para llevar a cabo su contención y conseguida ésta, los fugitivos fueron perseguidos hasta refugiarse en Terradas. Un pánico espantoso hubo de apoderarse de los paisanos que formaban parte de la columna: pero es significativo que, el propio testimonio francés venga a declarar cómo el Coronel don Francisco Blanco permaneció en su puesto, teniendo que reconocer asimismo que, aunque el General Bon rechazara a Vives hasta Navata, éste pudo retirarse a sus posiciones en la orilla opuesta del Fluviá, en un orden perfecto, gracias, tanto al auxilio prestado por el batallón de Valencia como por la oportuna intervención del Marqués de la Romana.

En un juicio crítico de la anterior operación hemos de reconocer que, si por parte de los franceses, corresponden al General Guillaume el honor de la jornada, por parte de nuestro ejército fué oportuna y bien llevada, la misión correspondiente a cada uno de nuestros Generales, así como la de los Coroneles don Francisco Blanco y don Luis Aragón, y en general a todos cuantos jefes, oficiales y tropa tomaron parte en el reconocimiento sobre Sistella a punto de que, como hemos visto, manifestaba el General Urrutia, no era posible recomendar a individuo alguno en particular, pues a porfía, trabajaron todos para distinguirse, oficiales y tropa, impacientándose aquellos que, por casualidad estaban menos empeñados en el calor de su posición por casi dos horas. Reconozcamos, por lo tanto, que una reacción favorable seguía manifestándose en el espíritu de nuestras tropas.

Sin duda alguna los franceses habían llevado la peor parte en la acción de guerra antes descrita, y lo prueba el hecho mismo de que, a la mañana siguiente, 6 de mayo, 17 floreal, el General Pérignon se decidiese a llevar a cabo por parte suya la ofensiva, tanto para quitar a los españoles el deseo de turbar nuestro reposo por segunda vez como para descubrir qué cambio sobrevenido en sus fuerzas o en sus posiciones habían podido trocarles tan repentinamente en combatientes tan audaces (Fervel). Tratábase, por lo tanto, más bien que de un ataque, de un reconocimiento ofensivo al igual del llevado a cabo el día anterior por el alto mando español.

Relato facilitado por el General Urrutia

El General Urrutia en la misma carta del 12 de mayo daba cuenta de esta acción en los siguientes términos; «al amanecer del día inmediato, según en oficio del mismo día, tuve el honor de participar a V. E., pusieron en movimiento el todo de su ejército los enemigos para atacar nuestra posición, verificándolo en los términos que expresa la relación

siguiente, deducida de los partes individuales que me han dado los Comandantes de los diferentes puestos :

«Por el centro acercáronse a las orillas del Fluviá 5.000 infantes y 600 caballos, con 2 obuses y 2 cañones, dejando otras fuerzas y más piezas emboscadas en su retaguardia, según se dejaba percibir por varias señales y se ha sabido posteriormente; formaron su batalla enfrente de Bâscara y empezaron a pasar el río por los vados inmediatos a derecha e izquierda, como la mitad de las tropas de infantería y caballería al abrigo de su artillería, establecida en la orilla opuesta, dirigiéndose una suma considerable a Calabuig, y el resto a Bâscara. Tenían orden las vanguardias avanzadas de ambos puestos de no detenerse en su defensa, sino, antes bien, retirarse con tiempo, procurando empeñar al enemigo a que intentase cuanto fuese posible para lograr la ocasión de un escarmiento más completo, pero la de Bâscara no sólo se detuvo haciendo fuego sobre los vados, más de lo que se había prevenido, sino que, aun al tiempo de retirarse, dejándose llevar de su ardor, se unió a la gran guardia de caballería para atacar a las cabezas de las columnas que iban desembocando en el llano, lo cual hizo perder el momento favorable de retirarse con seguridad, y ocasionó que quedasen cortados unos cuantos hombres.

Forzado el cuerpo de la vanguardia por su Comandante el Mariscal de Campo don Ildefonso Arias de Saavedra en las varias alturas del Coll de Orriols, con la caballería de la misma vanguardia delante, mandada por el Mariscal de Campo, Conde de Saint Hilaire, se rechazó fácilmente el primer acontecimiento. Runido luego en Bâscara el enemigo, reforzado y favorecido por el fuego de su artillería, se movía ya para un segundo ataque más vigoroso, cuando, bajó al llano, con una arrogancia digna de los mayores elogios, el Regimiento de Voluntarios de la Corona tomando una parte de él, dirigida, por su Sargento Mayor don Francisco Soler, posiciones atrevidas y firmes, sin prestar la menor atención a los continuos tiros de bala y granada, nuestras partidas sueltas hacían un fuego vivo y bien dirigido, contuvo los proyectos del enemigo que nunca se resolvió a echarse sobre aquella corta fuerza; habiendo retrocedido bien escarmentados por distintas veces, los pelotones de Húsares que intentaron atacar nuestras partidas de tiradores.

Entretanto el Coronel don Juan Ordóñez, con otra parte del mismo cuerpo que apenas compondría 150 hombres, pasó a Calabuig e hizo abandonar aquel punto a los enemigos, que apoyaban en él su flanco izquierdo y la ocupaban en número de 500 ó 600; cuyo desalojo parece ser les hizo decidir al enemigo a repasar el río. Apenas empezó a ejecutarlo cuando se arrojaron con ardor a las orillas las patrullas de voluntarios, e hicieron acelerar, o más bien, precipitar el paso a los enemigos, no obstante la protección que tenían en la parte opuesta.

«No es posible recomendar a individuo alguno en particular pues a porfía trabajaban todos para distinguirse, oficiales y tropa, impacientán-

dose aquellos que por casualidad estaban menos empeñados en el calor de la acción.»

«Apenas tuve aviso del ataque que aparentaban los enemigos, dispuse que el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, con su división, se dirigiese al Fluvíá inclinándose a la derecha y don Antonio Cornell, con la suya, se dirigiese por la izquierda, para caer sobre ambos flancos del enemigo, ínterin la vanguardia le cargaba por el frente, pero no dió tiempo su pronta retirada a que se verificase esta oposición.

«La misma mañana intentaron arrollar a nuestro cuerpo de Húsares y penetrar por la derecha de la parte de acá del Fluvíá a cuyo efecto vinieron con 3.000 ó 4.000 hombres de infantería, 4 piezas de artillería volante y un cuerpo de 500 a 600 caballos, por lo menos, además de muchas partidas sueltas de Húsares, cuyas fuerzas se avistaron a las seis y media dirigiéndose desde el lugar de Vilacolung de Abajo a S. Pedro Pescador.

Al primer aviso marchó don Benito S. Juan con el escuadrón de su mando al lugar de la Armentera, donde ya encontró a los Capitanes don Miguel de Resa, don Joseph San Juan y don Francisco Rivas, con sus partidas que se habían hecho firmes en aquel punto, sobre el cual desde la parte opuesta del río, tiraban a bala y granada los enemigos.

A este tiempo avisado también el Coronel don Manuel Aguirre, marchó con su escuadrón a Barberalla y envió orden a S. Juan de que con el suyo y el del mando de don Joaquín Romero pasase al Fluvíá enfrente de Armentera, lo cual ejecutó muy puntualmente, tomando su formación con la derecha apoyada en S. Pedro Pescador que, anticipadamente, habían ya ocupado las guerrillas.

Entretanto habían formado los enemigos, asegurando con el río la derecha de su infantería y poniendo la caballería a la izquierda; pero pareciéndoles poco segura esta posición, sin duda por el movimiento que observaron de Aguirre que, pasado el río y atravesando por Torroella de Fluvíá, amenazaba su retaguardia, marcharon por la misma a tomar otra entre el río y Vilacolung, sumamente ventajosa pues, además del abrigo de un bosque ofrece la proporción de unos prados circuidos de zanjas y paredones de tierra donde establecer la infantería y artillería libres de todo insulto de nuestra caballería. No se atrevió la suya a separarse de aquel puesto para atacar a S. Juan, cargó sí, por tres veces el escuadrón de Aguirre que, por razón de las partidas destacadas se hallaba reducida a escasos 120 caballos, y sin embargo de ser más de cuadruplicadas las fuerzas de los contrarios, del cercano apoyo de su infantería, y el fuego de cañón y de obús con que incomodaban a los nuestros fueron valerosamente rechazadas.

No podía ver S. Juan las operaciones de Aguirre por la forma interpuesta de los enemigos, pero observando el vivo fuego que éstas hacían hacia aquella parte retuvo un solo escuadrón para conservar su importante puesto y envió el otro mandado por don Joachin Romero a que se avistase con Aguirre, lo cual intrépidamente executó, pasando entre

el río y los enemigos a pesar del terrible fuego de fúsil y cañón que éstos le hicieron.

Ya a este tiempo se habían incorporado con Aguirre los batallones de Voluntarios de caballería y si los enemigos se hubiesen detenido muy poco tiempo más se hubieran visto cargados con un refuerzo de 1.200 caballos que envié a las órdenes del Mariscal de Campo don Joseph Iturrigaray, que los hubiera destruído enteramente, pero, después de 5 horas de maniobras tímidas y casi todas de pura defensiva, se retiraron a sus campos, executándolo también los nuestros, pero dexando partidas en Torroella y orillas del Fluvíá para conservar el dominio de un terreno que atendido a la separación que forma el río y a la proximidad de los puestos enemigos, se podría considerar como suyo.»

«Desde luego se reconoce lo arrojado pero militarmente sabio, de la conducta de estos excelentes xefes y ambos dan los elogios más completos al entendido zelo de los Oficiales e intrepidez y docilidad de la tropa, señalando Aguirre muy particularmente al primer Teniente de Infantería don Joseph Aguilar que con 150 Miqueletes pasó también el río saliendo desde Ventallén y aprovechando los bosques, hizo un continuo fuego sobre la infantería enemiga en su marcha conduciéndose tanto Aguilar como su tropa con el espíritu más denodado. Siendo Aguirre mismo el primer jefe que salió a recibir al enemigo al tiempo de trabarse la tercera refriega para dar ejemplo a su tropa, hubo de ser víctima de su valor a manos de algunos húsares enemigos, al no haber acudido con celeridad y muerto a uno el soldado Francisco Rodríguez a quien con este justo motivo encomiendo a la piedad del Rey; igualmente, recomiendo al trompeta Antonio Ruiz que constantemente se mantuvo a su lado durante toda la acción y celebra mucho a Simón García, Sebastián Mateo, Francisco Contreras, Joachín de la Cuadra y Antonio Ibarra por haber sido los que primeramente entraron en el choque.»

La lucha en el ala izquierda

«Hasta aquí daba cuenta el General Urrutia del ataque enemigo contra el centro y derecha de nuestro frente, más no se olvidaba de comunicar de la misma manera las vicisitudes de la lucha en el ala izquierda de nuestro ejército: «La misma mañana, continuaba exponiendo nuestro general, vinieron también sobre nuestra izquierda los enemigos en número de 3.000 que establecidos con cinco piezas de artillería en las alturas de Crespia, amagaban pasar el río por Esponella. Inmediatamente dispuso el Mariscal de Campo don Juan Miguel de Vives que las tropas ligeras ocuparan las alturas de este pueblo extendiendo la derecha a la de Velaire, y que la caballería se colocase a la izquierda, en el llano de Espolla, situando la infantería de reserva en disposición de acudir con prontitud a donde más conviniere.»

«Por espacio de cuatro horas sostuvieron y contestaron nuestras tropas ligeras al vivo fuego de los enemigos, no obstante la ventaja de te-

ner éstos su artillería : conceptuando Vives que los enemigos no se atreverían a pasar el río mandó que las tropas de Besalú a las órdenes del Coronel don Luis de Aragón saliesen a atacarle por su flanco derecho y se disponía el mismo a igual empresa por su frente a tiempo que el Coronel Marqués de Coupagny le avisó observaba en el enemigo un movimiento de retirada ; hizo entonces que se corriesen algunas tropas hacia la derecha para cargar también por el flanco izquierdo al enemigo y, en efecto, pasando los nuestros por los vados de Esponella y Vilert, al mismo tiempo que, Aragón por su parte puso a los puestos enemigos en precipitada fuga haciendo grandísima carnicería en sus húsares.»

Daba cuenta nuestro General en Jefe a continuación de cómo las tropas de Vilert, conducidas por el Mariscal de Campo Marqués de la Romana y el Regimiento de Borbón mandado por su Coronel don Joseph Zubiria, atacaron en el mayor denuedo, concurriendo asimismo los demás con valor que recomienda mucho el mismo general Vives, haciendo particular mención del Coronel Marqués de Coupagny, el Teniente Coronel don Narciso La Valeta y otros varios jefes y oficiales. Asimismo participaba nuestro general que en todos los tres puntos fué muy considerable la pérdida de los enemigos advirtiendo nuestro general que esto que en el mismo día pudo observarse lo confirmaban las noticias posteriores habiéndose encontrado después muchos cadáveres por las cercanías de los campos de batalla.

Consideraciones sobre el proceso de la operación realizada

La disposición del ejército francés seguía siendo la que indicamos anteriormente, y el esfuerzo principal había de iniciarse por la división del centro. Esta, en efecto, proporcionó el personal y elementos que habían de constituir la columna principal compuesta de las brigadas Point y Rouget con cerca de 4.000 combatientes, de ellos 3.600 infantes formando 10 batallones, 200 húsares conducidos por el jefe de brigada Baugon y 2 compañías de artillería a caballo. Esta columna mandada por el propio general Pérignon había de seguir la carretera internacional y, en efecto, a las cinco horas de la mañana llegaba a las orillas del Fluviá.

A juicio de Fervel nuestra orilla estaba más que defendida vigilada por un débil cordón de tropas ligeras y 200 caballos que ocupaban una pequeña llanura antes de Báscara. Por la derecha Augereau apoyaría el avance y ataque de la columna central y otro tanto había de hacer por la izquierda la división de Sauret. Desde luego Pérignon resolvió desde el primer momento forzar el paso del río ante Báscara rechazando los destacamentos españoles allí situados. Fué la brigada de Point la encargada de desplegarse a lo largo de la orilla izquierda, para defenderla en todo caso y la de poner en batería ante su frente algunos obuses destinados a quebrantar nuestra caballería. La brigada Ruse, compuesta de cazadores, había de formar 2 columnas con la misión de franquear la ori-

lla derecha por la izquierda de Bâscara de modo que evitara los fuegos de este puesto. Finalmente el Coronel Bougon cargaría sobre los escuadrones españoles tan pronto éstos comenzasen a vacilar bajo el fuego de la artillería del general Point antes indicado.

Es vidente que los franceses pudieron en un principio apoderarse de Bâscara y rechazar nuestros puestos de vigilancia y las tropas que guardaban este sector, pero éstas habían recibido órdenes de retirarse al abrigo del Coll de Orriols, proponiéndose con ello el General Urrutia de atraer al enemigo a un campo de batalla más favorable a la acción de nuestras tropas, dispuestas en forma tal que, la infantería, desplegaría a lo largo de las crestas, la artillería a media ladera y la caballería al pie de las alturas.

Pudo muy bien la brigada Ruse formarse en batalla no teniendo que hacer otra cosa que desplegarse al haberse apoderado la columna de la izquierda de Calabuig, quedando establecida entre estos dos puntos, y en actitud de espera, tan sólo el Coronel Bougon arrastrado por un exceso de ardor continuó en su persecución sobre nuestro ejército en falsa retirada.

Que este Coronel cayó en el lazo tendido por el General Urrutia, es cosa reconocida por el historiador francés. Adelantándose más de lo debido cayó de repente bajo el fuego de una batería de seis piezas y frente a nuestra caballería, que le hizo retroceder hasta Bâscara y aunque en socorro de esta fuerza así rechazada hubo de acudir Rougé, nada pudo conseguir ante la presencia de un grueso destacamento español, que desde el Coll de Orriols hubo de avanzar hasta Calabuig, y, sobre todo, a la actitud del Regimiento de Voluntarios de la Corona, que al oeste de Bâscara vino a ocupar una posición ventajosísima. Pérignon viendo sus dos alas comprometidas no tuvo más remedio, en efecto, que ordenar a su lugarteniente repasase el Fluviá y se retirase a su campamento.

El ataque contra nuestra izquierda, construída por la División de Vives, fracasó de igual manera. Augereau contentóse en un principio con enviar al General Bairant con 2.000 infantes, 200 caballos y una compañía de artillería, con la misión de ocupar las alturas de Trestia, en actitud de amenaza sobre el puente de Esponella. Vives, en efecto, ante la presencia de esta columna francesa, desplegó sus tropas a lo largo de la cresta, al sur del puente, lanzando su caballería a la otra orilla; es decir, a la izquierda. Al tener noticia Beirand del movimiento retrógrado de Pérignon, de que antes hemos dado cuenta, creyó oportuno retirarse hasta Espinavesa. Puede ser cierto que perseguido por nuestra caballería, ésta tuviese por un momento que refrenar la persecución que iba desarrollando contra la retirada enemiga ante el fuego a metralla de sus piezas, establecidas en posición disimulada tras la maleza, en tanto que el resto de la fuerza hacía alto en su marcha.

Mas esta momentánea detención del ejército francés duró muy poco, De un lado el Marqués de la Romana, que desde el campo de Vilert, a favor de un bosque y de una inflexión del Fluviá, vino a atravesar, este

río apoderándose de la aldea de Espinavesa, para marchar después con intención de cortar la retirada de la columna de Beirand. De otro las tropas españolas apostadas en Besalú, descendiendo a lo largo del Fluviá sobre la retaguardia del enemigo, obligaron a éste a retirarse decididamente. Esta actitud venía impuesta por las circunstancias, Beirand se encontraba completamente rodeado y a lo más que podía aspirar era a verse libre de aquel cerco peligroso, lo cual parece ser que pudo conseguir. En cuanto al ataque francés contra la derecha española, cuyas tropas ocupaban la orilla derecha del bajo Fluviá, desde Calabuig a San Pedro Pescador, a la inmediación de la costa, éste no tuvo resultado diferente de los anteriores. Fué en vano que la Brigada Banel, con 2.000 hombres de infantería y 260 caballos, atravesase el Fluviá en S. Pedro Pescador, apoderándose de Armenteras, pueblo asentado al sur del puente tendido junto al que anteriormente se cita. Bien pronto la caballería española, con un total de cerca de 1.000 caballos, según la información francesa, hubo de atravesar el río por el sitio que acabamos de indicar y corriéndose por la orilla izquierda vino a caer sobre la retaguardia francesa. Banel creyó prudente retirarse a esta orilla y tomar posición en un terreno accidentado entre el río y el pueblo de Villacolum. La llegada del Regimiento de la Reina, en apoyo de la caballería hizo inútil toda tentativa de contención del avance español, y por fin la Brigada Banel vióse precisada a ceder el terreno después de una obstinada resistencia de cinco horas. El citado Regimiento hubo de cubrirse de gloria y su brillante Coronel, uno de los defensores de Rosas, pereció en la contienda.

Consecuencias acarreadas por el reconocimiento español

El reconocimiento ofensivo francés sobre nuestras posiciones en la orilla del Fluviá, no había permitido alcanzar al ejército de la República ventaja alguna por su parte. Pero de todos modos es interesante conocer el comentario de Fervel sobre el resultado de los dos combates anteriores.

«Nuestra principal intención—dice el parte general de esta jornada, era la de conocer perfectamente cuál era la posición que ocupaba el enemigo y la que estaba sólidamente asegurada. Una vez más hubo de adquirirse la convicción de que, a pesar del crecimiento de su efectivo, no obstante su posición concentrada y los esfuerzos de su Jefe para corregir un sistema de táctica inactiva por un sistema actuante, los españoles no se habían hecho más emprendedores, ni incluso se encontraban más tranquilos. Podíamos constatar, en efecto, como el General Urrutia, provocado por las fracciones esparcidas de nuestras tres divisiones, pero paralizado sin duda por el recuerdo de los fracasos de su predecesor, no había sabido servirse de la masa central que tenía en su mano en el Coll de Orriols, para aplastar nuestra izquierda después de haberla aco-

rralado contra el mar. Pero esto era, todo cuanto nosotros poseíamos para asegurarnos sólidamente; y si el Fluvíá no estaba defendido con todo el vigor y la inteligencia que hubiese desplegado un General más hábil y tropas mejor recuperadas de sus recientes derrotas, es preciso convenir en que, esta línea que nos contenía desde hacía cuatro meses, estaba todavía más débilmente atacada. En una palabra, si a pesar del incontestable progreso se hubieran podido reconocer los vencidos de la última campaña, en ningún caso sucedía esto mismo con los vencedores. Por añadidura, en uno y otro bando, el ardor iba extinguiéndose; se presumía que la paz era inminente y lo que preocupaba, ante todo, a los dos ejércitos rivales, era el de observar en la iniciativa de los ataques una especie de turno caballeresco y como los españoles nos habían prevenido el 5 de mayo y nosotros les habíamos contestado al día siguiente, los dos partidos entraron en una inacción que duró veinte días y de la que les hizo salir el azar de la explosión accidental de un polvorín.»



CAPITULO IX

Combate de Pontos. Scherer es nombrado general
en jefe. Triste situación del ejército francés

La explosión fortuita de un polvorín motivó el desarrollo de un combate.—Duelo entre la artillería francesa del fuerte de la Trinidad y la de nuestros barcos

DESPUÉS de los combates de la Sistella y de Báscara la explosión de un almacén de pólvora en la ciudadela de Rosas, dió lugar a que advertido de ello el Almirante Gravina y conocedor éste de que a consecuencia de dicha explosión se había producido una inmensa brecha en la cara y flanco izquierdo del baluarte de S. Andrés que mira a la población, trató de aprovecharse del hecho para entrar con su escuadra en la habia y si no apoderarse de la plaza, hacerlo de algunos de los buques franceses que en ella estaban surtos. Durante largo rato se mantuvo el combate entre la artillería de nuestros barcos y las baterías francesas de tierra, lanzándose desde ellas, y principalmente desde el fuerte de la Trinidad, gran cantidad de balas rojas, que por fortuna, no hicieron en nuestros navíos el efecto que los franceses deseaban.

Las dos fragatas la *Boudeuse* y la *Courageuse* (es decir, la Mohina y la Valerosa) eran las que estaban ancladas en el puerto, y nuestra escuadra se componía de dos navíos, tres fragatas y dieciocho chalupas o bombardas que se apresuraron a invadir la rada, siendo su presencia advertida por el vigía del Botón de Rosas a las seis de la tarde del 25 de mayo (6 preiral).

Pérignon se dispone a tomar la iniciativa ante la proximidad de un ataque del ejército español.—Disposiciones que dicta a Augereau y Sauret

Ante este episodio, Pérignon hubo de pensar que una empresa de esta clase de la marina española, podía muy bien ser el preludio de algún ataque combinado entre ambos ejércitos de mar y tierra, y, para anticiparse a empresa semejante, se dispuso a impedir a nuestro General en Jefe el gozar de las ventajas que pudiera proporcionarle la iniciativa en la realización del mismo. El combate de Sistella le había manifestado la positiva fuerza que representaba en sí la posición de Pontos; y el combate siguiente vino a sugerirle la idea de hacer de él, un campo seme-

jante al nuestro del Coll de Orriols, pudiendo atraer a aquél nuestras fuerzas como el General Urrutia había podido conseguirlo respecto de los franceses atrayéndose a éste.

Pérignon se dispuso a poner cuanto antes en movimiento, las tres fuertes divisiones de que disponía y, en consecuencia, ordenó a Augereau ocupase Pontos, en tanto que la División Central provocaba al enemigo frente a Bâscara, y la División Sauret amenazaba, independientemente a la altura de Vilamacolum, los pasos del bajo Fluviá, a fin de paralizar las tropas que formaban en esta parte la derecha de nuestro ejército. A las cuatro de la mañana, el cañón francés de Rosas dió la señal del comienzo de la acción, y una batería de posición, que los franceses habían asentado no lejos de la vía internacional, sobre una eminencia llamada de Santa Ana, rompió el fuego contra Calabuig y Bâscara. Al momento nuestro alto mando dispuso que, en primer lugar, bastantes piezas de grueso calibre fueran a situarse un poco antes de Bâscara, a las proximidades del vado de Arenys, y rompieran, a su vez, el fuego contra la artillería francesa y, más tarde, que avanzase igualmente toda la vanguardia a las órdenes del General Arias. Como era de disponer, dos batallones acompañaron a la artillería de referencia.

El General en Jefe del ejército francés, imitando en un todo las disposiciones del nuestro, en el combate de Bâscara, tan pronto como vió el avance de nuestras tropas, aparentando temer ser envuelto, dió orden de retirada de los suyos a las alturas de Armada, a continuación de las de Pontos, de suerte que la línea francesa de batalla quedó bien pronto extendida sobre el terreno al que trataba llevar nuestras fuerzas. Mas como reconoce el propio Fervel: la partida fué aceptada, con mayor resolución de lo que se suponía (*mais la partié fut acceptés plus franchement que l'on ne comptait*).

Las tropas españolas traspasan el Fluviá.—Maniobra eficaz

El ejército español, en efecto, se dispuso a actuar con la mayor prontitud y energía, y mientras la vanguardia y la caballería, y aún parte de las fuerzas de su ala derecha, procedentes del Coll de Orriols, avanzaban hasta Armadas, las dos Divisiones de Vives y La Romana, lo hacían hacia Pontos. Simultáneamente, tres escuadrones de Húsares y cinco compañías de artillería ligera, atravesaban el Fluviá por el vado de Vilaroba y más abajo de Armenteras. El paso del Fluviá por nuestras tropas había sido tan hábil y oportuno, que no tardó mucho tiempo después en verse el centro francés realmente envuelto y forzado a retirarse de Pontos. Gracias a esta maniobra los españoles habían conseguido cortar en dos grupos al ejército enemigo, que asaltado por fuerzas superiores, y ante una numerosa caballería, que por primera vez llevaba consigo artillería a caballo, no tuvo más remedio que desplegar esfuerzos inauditos echando mano de todas sus reservas para no ser realmente deshecho.

**Augereau, ante el fracaso de su defensa
de la posición de Pontos, ordena la re-
tirada de los suyos**

Es interesante advertir que la División Sauret, que era la más empeñada en la acción, fué la primera en iniciar el retroceso, y, ante este fracaso general de la ofensiva francesa, al llegar el mediodía, sin recibir orden expresa para ello, el General Augereau, que había sostenido exclusivamente en Pontos el asalto de nuestros soldados, dispuso la retirada, que hubo de llevar a efecto con orden y relativa seguridad. Nuestra información oficial daba una ligera cuenta del hecho en la Gaceta de Madrid, del viernes 5 de junio, manifestando que : «en la tarde del 25 de mayo, fondearon dos navíos y tres fragatas de la marina de S. M., y, baxo su fuego, dieciséis lanchas de fuerza, y al amanecer del día siguiente comenzaron a batir las embarcaciones enemigas de guerra y transporte ancladas en dicha bahía.»

Versión oficial española de su acción

«Persuadidos tal vez los enemigos de que esta operación venía combinada con algún ataque por tierra y porque ya de antemano tenían resuelto un movimiento ofensivo, vinieron a buscarlo aquella misma noche con todas sus fuerzas. Destinaron a ello 8.000 hombres sobre nuestra derecha y los restantes los dirigieron sobre el centro.» No daba cuenta esta información de los detalles del desarrollo de la lucha, manifestando el General Urrutia, que luego que recibiese los partes individuales de lo acaecido lo expondría a la superioridad *más por menor* para noticia y satisfacción de S. M.

En efecto, en la Gaceta del 12 del mismo mes, aparecía transcrita una carta del General en Jefe del ejército de campaña en Cataluña, de fecha 4 del mismo, participando lo que a la letra sigue : «Paso a manos de V. E. el detalle de las acciones del 26 del corriente, que ofrecí en mi anterior última, para puntual noticia de S. M. Desde el viejo Castillo de Bácsara, al cual se han hecho algunos reparos y obras provisionales para poder resistir un golpe de mano, y que guarnece parte del cuerpo franco mandado por el Capitán don Pedro de Echevarría, salió, al amanecer del día citado, el Subteniente don Joseps Ruiz, con treinta hombres, con el fin de hacer la descubierta en el terreno de su frente de la parte opuesta del río hasta la ermita de Pontos. En las inmediaciones del aquel punto se encontró con una columna enemiga aproximadamente de 2.000 hombres que se dirigía a la altura de Casa Vicens; el fuego de la partida, sostenido con bizarría y discrección, retardó considerablemente la marcha de aquella columna, que al fin, desistió de su ruta luego que se aumentó nuestra oposición con 60 hombres también del cuerpo franco, que, a las órdenes del Subteniente don Juan Becerra, pasó al socorro de la primera, portándose los Comandantes e individuos de ambas con

la mayor brillantez. Entretanto se desprendió otra columna de 3 a 4.000 infantes y 600 caballos con cuatro cañones de a 8 y dos obuses de a 6 por el camino real, desplegando en el llano e inmediaciones de la ermita de Santa Ana, desde cuya situación rompieron su fuego de artillería contra Báscara y Calabuig; correspondió Báscara con las pequeñas piezas de su dotación, pero, para contrarrestarlo y hacerlo callar enteramente, dispuso el General Comandante de la Vanguardia don Ildefonso Arias de Saavedra, que se adelantasen a Calabuig y al Moro de Rabel, un cañón de a ocho y un obús de a seis de la artillería de posición, y un cañón y obús de a cuatro de la de a caballo, dirigidas estas dos piezas últimas por el Capitán don Luis Babelón y las primeras por don Joseph Portillo, y protegidas todas por un batallón del Regimiento de Mallorca, a las órdenes de su Teniente Coronel, el Brigadier don Juan José S. Juan, el segundo de la Corona, que mandaba el capitán don Rafael de Zúñiga, y la división de Dragones de Almansa y Villaviciosa al mando del Brigadier don Joseph Luis de Miñano. Al mismo tiempo empezaban Arias y su segundo el Conde S. Hilaire a reunir tropas hacia nuestra derecha, con la mira de pasar con ellas y con algunas otras piezas de la artillería de a caballo, que mandaba el Teniente don Joachin Camaño, el vado de Arens, y tomar la espalda o flanco izquierdo del enemigo; pero abandonando éste precipitadamente su posición, obligado por el fuego de nuestra artillería y el tiroteo de la tropa de Echevarría, apresuraron los Generales dichos quanto fué posible su movimiento, vadeando por las inmediaciones de Calabuig, y adelantando partidas sobre el enemigo, que, replegado a las alturas de Pontos y Armadas, daba a conocer su intención de atraer los nuestros a los bosques. En efecto, se acabó de manifestar muy presto por el vivo fuego que sufrían nuestras partidas así que empezaron a acercarse, e inmediatamente mandó el Cuartel Maestro don Gonzalo O'Farrill, que pasase el río con las dos compañías de Gastadores del General, y el resto del cuerpo franco, y avanzando partidas a entretener el fusileo ayudase a medir los proyectos del enemigo, y procurase fixarle en su actual posición, para dar lugar a que el grueso del ejército, puesto ya en marcha, llegase a envolverle. Executólo en el movimiento O'Farrill, y se empeñó entonces el fuego con la mayor viveza, concibiendo yo ya esperanzas de ver logrado mi plan, que verosímilmente hubiera causado su total destrucción. Al Mayor General de Infantería don Pedro Mendinueta, mandé que acelerase el movimiento de las tropas que debían pasar el río, y lo pasaron, con efecto, por los vados de Vilajuan, la división del Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, al cargo de este General y de don Francisco Taranco, compuesta de la Brigada de Granaderos y Cazadores Provinciales, la de Granada y Guadalajara; lo pasaron, igualmente, por los vados de la izquierda y marcharon a tomar por retaguardia el flanco derecho enemigo, los Mariscales de Campo don Juan Miguel Vives y el Marqués de la Romana con su respectiva división. Se hallaban en Peret executando igual movimiento con la Brigada de Sevilla el Mariscal de Campo don Antonio

Cornell, y acompañaba toda esta operación la marcha de los Carabineros Reales conducidos por su Comandante el Teniente General don Antonio de Córdoba y Heredia, que estaban prontos a cargar la izquierda, y los Cuerpos de Caballería y Dragones adictos a la División de vanguardia, mandados por sus Brigadieres don Fernando Cajigal, don Joseph Luis Miñana y Marqués de Alos; pero no se atrevieron los enemigos a esperar y emprendieron aceleradamente su retirada quedando vanos sus diligentes esfuerzos, que hicieron a porfía, así la infantería como la caballería, dragones y artillería. Un cuerpo de 2.000 hombres que se detuvo algún tanto en una de las alturas de Armadas, ya sea para proteger su retirada o queriendo llevar adelante su proyecto de atraernos a punto que le fuese ventajoso, fué atacado con tanta bizañría por el cuerpo franco, por partidas de la Corona, del Batallón del General, del primero de Barcelona, de Navarra y Granaderos de Ceuta, que abandonó el puesto no obstante la superioridad de fuerzas triples o quádruples, entregándose a la más desordenada y vergonzosa fuga, perseguido hasta cerca de su campamento de Santa Leocadia por nuestras partidas.»

«Perdida enteramente la esperanza de renovar por aquel día el combate, mandé situar las tropas, llenándome de júbilo el ver con quanto anhelo solicitaba todo el ejército español las glorias de las armas del Rey.»

La acción desarrollada en el bajo Ampurdán, según el relato del General Urrutia

Manifestaba nuestro General que después de celebrar los Generales el intrépido espíritu y de cuantos oficiales y demás individuos concurrieron a la acción, recomendaban particularmente a varios Oficiales y clases de tropa, cuyos nombres omitimos en gracia a la brevedad. Y después de dar cuenta de los heridos y de los muertos, así como de los prisioneros, comunicaba que de estos últimos se tomaron cinco a los enemigos, habiendo sido muy considerable la pérdida de muertos y heridos: Precisaba el relato de nuestro General, cómo se vió que retiraban muchos carros de ellos y dexaron en el campamento porción de los primeros, no obstante su conato acostumbrado de ocultarlos, abandonando también en su fuga algunos heridos. No se olvidaba el General Urrutia de comunicar en su carta todo cuanto hacía referencia a lo acaecido en el flanco derecho de nuestro ejército, en las llanuras del bajo Ampurdán. El relato del desarrollo de la acción en esta parte era el siguiente:

«En aquella misma mañana dirigieron los enemigos su cuerpo de 8.000 hombres, incluso 1.000 o más de caballería, con cuatro cañones y dos obuses, contra el destacamento que cubre nuestra derecha, que se compone sólo de un Batallón de Voluntarios de la Corona, 150 Miqueletes del tercio de Gerona, los Húsares Españoles, 12 Escuadrones de Voluntarios de Caballería y seis piezas de artillería; era bien manifiesto el em-

peño de los contrarios de arrollar y destruir aquel pequeño cuerpo nuestro, para correr después las hermosas llanuras que defiende, pero quedaron vergonzosamente frustrados sus proyectos, sin que llegase a pasar el río ni uno sólo de los suyos, aunque traían fuerzas seis veces mayores a lo menos que las nuestras. Al primer aviso de que se veían enemigos por el vado de Armentera y Barberalla marcharon a éste tres compañías de la Corona, mandadas por el Sargento Mayor don Francisco Soler, los Miqueletes a la orden del Teniente Coronel don Juan Andrés Isola, el tercer Escuadrón de Húsares, a la de su Comandante el Coronel don Joachin Romero; otro de Voluntarios de Caballería a las de su Sargento Mayor, don Felipe Polanco; dos piezas de artillería de a caballo, dirigidas por el Capitán don Antonio Ibarra. No se contentaron estas tropas con estorbar el paso de los enemigos que ocupaban un bosque inmediato, prosiguiendo después protegido por el resto de tropas, y los hechos igualmente a Torruella; replegados a otro bosque los enemigos, y sostenidos por fuerzas muy considerables, formadas delante de Villacolum, se trató de volverlos a atacar, marchando a ejecutarlo Menacho con una compañía por la derecha, el 2.º Teniente don Angel Blanco, con media compañía y porción de Miqueletes por el centro, y los demás por la izquierda en amenaza de cargar un flanco; hizo el enemigo alguna resistencia, pero, aturdido del desprecio de su fuego, buscó a toda prisa el apoyo de su reserva. Alejado pues el enemigo, y creyendo prudente los nuestros el precaverse de ser cortados por dos fuertes columnas enemigas que maniobraban con este intento, emprendieron la marcha hacia la primera posición; pensaron aprovechar los contrarios aquel momento que les parecía oportuno y se arrojaron impetuosamente sus Húsares sobre nuestra retaguardia que mandaba Menacho; habiendo logrado tal vez sorprender en derrota alguna partida con aquel movimiento tan rápido; pero, apenas lo observó Romero, mandó volver caras a la caballería, y atacar a los enemigos, los cuales, huyendo a rienda suelta, desistieron de su intento con la mayor cobardía. Siguiéron los nuestros tranquilamente su marcha, pasaron el río al abrigo de las dos piezas de a caballo que se habían anticipado para el objeto, y de un cañón de a 8, y de un obús de a 6, que había colocado el Teniente don Hilario Caín, y se mantuvieron en batalla a la orilla hasta que del todo hubieron desaparecido los enemigos, y se supo que llegaban a sus campos.»

«Por la parte de armentera se opusieron constantemente a los esfuerzos del enemigo dos Compañías de la Corona, mandadas por su Coronel don Juan Ordóñez, dos escuadras de Húsares, al cargo de sus Comandantes primero y segundo, don Manuel Aguirre y don Benito S. Juan, y dos piezas de artillería dirigidas por el Capitán don Joachin Cabaleri, avanzándose a sostener el fuego y alejar a los enemigos las partidas de la Corona que mandaban el 2.º Teniente don Juan de la Cruz y el Capitán don Joseph Aguilar. La pronta retirada que hicieron también de estos puntos los enemigos, no permitió se lograra el suceso que yo me había prometido de las diligencias con que acudió para cargarlos con

vigor el Mariscal de Campo don Joseph Iturrigaray a la cabeza de 500 caballos.»

No se descuidaba Urrutia de comunicar ciertos detalles de la acción que, aunque de poca importancia en el desarrollo de la misma, venían a dar cuenta del espíritu de nuestras tropas. Y así al comunicar que : «Nuestra pérdida por esta parte fué de un muerto y 12 heridos, continuaba diciendo»; «el uno de éstos llamado Rosendo Frayle, del Regimiento de la Corona, no quiso de ningún modo retirarse hasta que lo hubieran executado los enemigos, y otro, del mismo Cuerpo, Ramón Mones, obligado por sus superiores, que le vieron herido, a salir de la acción, se ocultó, y después, dando un rodeo, volvió a meterse en el fuego, pidiendo con instancia que le permitiesen combatir hasta el último aliento. Por los cadáveres que se vieron retirar se conjetura muy fundamente lo mucho que padecieron los enemigos. Algunos desertores y prisioneros que se han hecho después afirmaron que faltaban en él cerca de 400 hombres de resultas de la acción de aquel día.»

Excelente conducta de las tropas y de los mandos españoles.—Faltas graves cometidas por el General Pérignon y por Urrutia, a juicio de Fervel

Manifestaba nuestro General que «todos los Jefes y Oficiales a sus órdenes habían obrado con la bizarría y firmeza que son imaginables, aunque se les proporcionaron ocasiones en qué manifestar con particularidad sus excelentes cualidades militares», mencionando al Teniente Coronel don Pedro Henri y al Sargento Mayor don Francisco Simonet, como muy especialmente distinguidos. Asimismo indicaba el General Urrutia, que : «no podía por menos de hacer particular mención de las utilidades que nos daba ya en cuantas acciones se presentan producidas por la artillería a caballo, en cuyo establecimiento había trabajado, con el esmero y tino que le caracterizaba, el Comandante General de Artillería de aquel ejército don Joseph Autran.

Del relato que acabamos de exponer se deduce claramente que la conducta de nuestros mandos de toda clase, como la de la tropa, no dejó nada que desear. Para el historiador Fervel, Pérignon había cometido dos faltas graves : «la falta de abandonar el terreno accidentado al oeste de la carretera internacional para ir en un llano descubierto a afrontar un enemigo que poseía la ventaja del número y, sobre todo, de un ejército que tenía necesidad de espacio para obrar; y la segunda falta, una vez cometida la primera, de no haber aproximado su tercera división al campo de batalla que él había, bien o mal, escogido». «Pero si Pérignon cometió estas dos faltas, a juicio suyo» : Urrutia no se aprovechó, más que a medias, de esta doble imprudencia, puesto que ¿quién sabe lo que hubiera sucedido si, en lugar de perder su tiempo en hacernos desalojar una posición, cuya conquista debía ser rigurosamente disputada

y no tenía para él ninguna importancia, el General español limitándose a contener, o de otro modo, a señalar como objetivo del ataque la línea de Pontos a Armadas, se hubiese reservado la masa de sus fuerzas para derrotar nuestra izquierda y rechazarla hasta el mar, labrándose así el camino de Rosas, cuya ciudadela estaba abierta y, en aquel momento preciso, cañoneada por más de 50 bocas de fuego?»

Porque, en efecto, nuestra escuadra se había presentado delante de Rosas el 25 de mayo por la tarde, y después de haber pasado la noche entregada a la faena de disponerse en orden de combate, comenzó el bombardeo de la plaza; pero éste no tuvo gran resultado y apenas recibieron daño alguno las dos fragatas francesas ancladas en el puerto, que, como indicamos, eran la Boudeuse y la Courageuse.

El General Urrutia no podía desconocer la importancia de la posición de Pontos

Mas respetando el juicio crítico de Fervel, opinamos, por nuestra parte, que reconociendo que la maniobra indicada para ser llevada a cabo por Urrutia, pudiera haber dado un resultado en extremo favorable, en aquellas circunstancias no podía ser fácilmente advertida por nuestro General, para quien, indudablemente, la posición de referencia, lejos de no tener importancia, la tenía en alto grado por constituir la llave del campo de batalla, y, de no ser conquistada ello representaba el peligro constante de que partiese de él, una reacción ofensiva que había de ser funesta para la suerte de nuestras armas.

Pérignon fracasa en su intento.—Llegada del nuevo General en jefe del Ejército francés, Scherer

Pérignon, como vemos, había fracasado en su intento de aprovechar los días que le quedaban de mando interino, para presentar a Schérer el campo francés, si no dominado, al menos dueño de acometer ventajosamente al español que tenía delante. Porque, en efecto, Schérer, que por decreto de 3 de marzo había sido ya nombrado General en Jefe del ejército francés de los Pirineos Orientales, llegó a Figueras dos días después del combate de Pontos, el 10 prairal (o sea el 29 de mayo) y el 31 tomaba posesión, de su mando. Creemos oportuno hacer unas cuantas consideraciones sobre las circunstancias en que hubo de ser decretada y llevada a cabo esta designación.

Consideraciones sobre el mando de Pérignon.—Circunstancias que concurrieron a su nombramiento e influyeron más tarde en el desarrollo de su cometido

Durante más de seis meses, Pérignon había funcionado como General en Jefe del ejército de los Pirineos Orientales, aunque siempre con carácter interino. El nombramiento hubo de ser dispuesto por el Representante Delbrel en plena batalla del 27 Brumario (17 de noviembre) al caer herido el General Dugommier, y cuando la batalla estaba todavía indecisa. Mandaba a la sazón la División central, y a él quedaba, por lo tanto, encomendada la suerte del ejército de la Revolución en aquel campo de batalla.

No dejó el Representante Delbrel de dar cuenta al Comité de Salud Pública, de los motivos que le habían impulsado al nombramiento de Pérignon, tratando, de este modo, de salvar su responsabilidad. «Lo que más me ha determinado a escoger a Pérignon es el ser en este momento el más llamado a dirigir y a sostener inmediatamente todas las operaciones, puesto que él se encuentra en el centro del conjunto con fuerzas considerables.» Y no se limitaba a esto sólo la exposición al terrible Comité de su Representante en las filas del ejército.

Carácter de las relaciones entre Pérignon y Augereau.—Patriotismo y lealtad del General destituido

«Después de esta explicación, en el momento en que vais a fijar definitivamente vuestra elección, debo haceros algunas observaciones confidenciales—excribía textualmente—. Me parece que Pérignon no estaba bien con el General Dugommier; el General Augereau que, por el contrario, se encontraba muy de acuerdo con Dugommier, no parecía estarlo mucho con Pérignon. Creo que este pequeño desacuerdo no será motivo para el éxito del ataque de mañana; pero, para el porvenir consideraría temible mantener estos dos Generales en el mismo ejército, dando el mando superior a uno de ellos. Yo no tengo contra ellos nada positivo que decir; creo en su patriotismo y en su valor. Pero debemos, cuando se trata de la cosa pública, prevenirnos contra todos los roces que pudieran resultar de las pequeñas pasiones de las que pocos hombres se hallan exentos.»

«Augereau, con su División, manda a hombres que son los más bravos de la República, y que confían en él. Augereau soldado y General intrépido llevará a efecto aquí siempre verdaderas maravillas. Yo no conozco sus talentos militares, si ellos se igualan a su audacia, hállese en condiciones ventajosas para el alto mando; pero entonces convendría enviar a Pérignon a otro ejército.»

«Por otra parte, Pérignon, se dice, posee conocimientos militares en mayor grado que Augereau para mandar como General en Jefe; mas en este caso sería conveniente destinar a Augereau, a su vez, lejos de los Pirineos, y esto es lo que yo no aconsejaría jamás, dada la importancia de la división que manda, y de la confianza que esta división tiene puesta tan justamente, en su persona. El mejor partido sería, acaso, enviar, desde luego un buen General para asumir el mando supremo, y dejar a Pérignon y a Augereau, cada uno en su grado de Comandantes de División. En fin, —terminaba diciendo el Representante—yo dejo todo a vuestra superior resolución» (Je luisse le tout á votre sagesse).

Pero el testimonio francés afirma que es preciso decir, en alabanza de estos dos Generales, que desde el día en que uno de ellos fué elévado al alto mando, aunque temporalmente, desde el primer momento hubo de desaparecer toda apariencia de rivalidad, pero, a pesar de todo los miramientos extremados que en estos casos se impone, el Jefe, en la transmisión de sus más pequeñas órdenes, y el excesivo vigor que el subordinado afecta en su ejecución, dan lugar a un embarazo recíproco y hasta a un inconveniente muy grave para la buena realización del servicio. Y la razón no puede ser más clara, pues, en efecto, el General en Jefe, no pudiendo contar en casos tales más que con la ejecución literal de sus instrucciones que, aplicables a un teatro de la guerra grandemente accidentado y en el que, por consiguiente, han de surgir a cada paso obstáculos y accidentes imprevistos, ellas no pueden tener otro carácter que el de verdaderas consignas, que en más de una ocasión no han de poder seguirse. Así vemos cómo las memorables jornadas de Brumario para la causa francesa y en las que el héroe de las mismas se mostró tan fecundo en inspiraciones repentinas, abstuvo, no obstante, de tomar iniciativa alguna. Augereau no rindió un servicio que probablemente hubiera llevado a cabo con todo éxito...

Acierto del Comité de Salud Pública al designar a Scherer para el alto mando de referencia.—Nobleza de sus sentimientos y de su conducta

Por cuanto acaba de exponerse resulta plausible que el Comité de Salud Pública designara para el mando superior del ejército francés que nos ocupa a un General que no había mantenido relación alguna con esta frontera. Mas, en cambio, es inexplicable que, el referido decreto del 13 ventoso, al designar a Scherer en el destino que tan brillantemente había desempeñado Pérignon, ni se diese a éste satisfacción alguna, ni ninguna recompensa por los méritos contraídos al ocupar Figueras y apoderarse de la plaza de Rosas, ambas tan ambicionadas por el orgullo francés. Mas esta desconsideración por parte del gobierno de París, no amenguó en lo más mínimo el entusiasmo y la lealtad de

Pérignon, que el 3 de abril (14 germinal) respondía a una carta del representante Lacombe Saint Michel, condoliéndose del decreto de referencia, lo que a continuación se expresa : «Contad con la solidez de mis sentimientos hacia la República. Espero al General Schérer, le daré parte de los conocimientos que he podido adquirir a mi paso por las localidades. Le hablaré como si se tratara de otro yo. El Comité no hubiera debido dejarme el mando del ejército. Existe un principio que debe tenerse siempre presente, y es el de no reemplazar jamás un General en Jefe por un General del mismo ejército. Las razones de ello son numerosísimas (se présentent en foule).»

«Se me ha prevenido que en la nueva organización se me destina a la vanguardia. Esto será mal visto, puesto que tal disposición desplazará al General Augereau. El ha servido demasiado bien la vanguardia para privarle de ella y privarse de él. Lo que me conviene es la reserva. Yo puedo obtenerla sin desplazar a nadie dado que no está mandada por ningún general de mi grado. Os advierto sinceramente que me molestará ser empleado en aquélla, y he aquí la razón que yo creo tener para pensar así : He mandado la vanguardia, el grueso del ejército en batalla, el ejército todo. La suerte me ha favorecido en todo momento, y si la ocasión vuelve a presentarse, yo quisiera probarme contra el enemigo a la cabeza de una reserva. Por otra parte nadie se inquiete por mí, en cualquier parte que yo sea empleado, aunque mi destino sea el último, siempre me mostraré satisfecho y he de esforzarme para que los demás lo sean también. Ante declaraciones semejantes bien puede exclamar el entusiasmo francés» : ¡ Notables y admirables palabras, dado que ellas eran sinceras, como lo prueba su conducta durante los tres meses que él había estado esperando la llegada de su sucesor !

En honor a la verdad, si Schérer como Jefe de una División del ejército del Sambre y Meuse, como General en Jefe del Ejército de Italia, no había dado muestras de una gran capacidad para el alto mando, y en honor a la verdad hemos de reconocer, igualmente, que la empresa que se le confería no presentaba caracteres nada favorables. Por catorceava vez después de dos años, el mando superior del Ejército de los Pirineos Orientales cambiaba de destinatario.

Situación desfavorable del ejército francés

Y como advierte la información francesa, también en esta ocasión el cambio se verificaba en una de las situaciones más aflictivas del ejército, y el reconocimiento llevado a cabo por Schérer para informarse de cuantos medios estaban a su alcance y del aspecto que ofrecía, el estado de sus tropas fué una nueva prueba de esta triste coincidencia puesto que : «A las miserias habituales que tal reconocimiento puso de manifiesto, a las llagas que no cicatrizan en estos campos aislados, al hambre, a la desertión, al tifus, a la peste, a raíz de los calores en las marismas del Ampurdán, habían venido a juntarse las pasiones políticas.»

Interesante es a este propósito el cuadro que nos presenta el historiador francés: «Demasiado alejado del teatro de nuestras discordias civiles y, hasta aquí, desde luego, demasiado ocupado en sus rudos y nobles trabajos, el ejército de los Pirineos Orientales tan sólo había tomado una débil participación en el movimiento de opinión que había preparado y llegó a cumplirse, con los acontecimientos del 9 thermidor, de suerte que sus simpatías políticas habían quedado, en 1795, en el mismo estado que eran las de nuestros voluntarios meridionales, cuando partían para la frontera en los más sombríos días de 1793. ¡De esta suerte, con qué avidez, con qué sorpresa, con qué encono estos veteranos reclutas de la leva en masa condenados al presente a una ociosidad sin gloria, agriados por sufrimientos de los que trataban de escrutar las causas, devoraban los periódicos, los libelos, las cartas que inundaban sus campamentos, puesto que manos pérfidas, afanadas en irritar pasiones, más ciegas que culpables, sembraban por todas partes, y bajo todas las formas posibles, escritos subversarios, que comentaban con igual frenesí, y las recriminaciones, los gritos de desesperación de los vencidos, y los insultos, amenazas, las violencias del partido vencedor se dejaban manifestar por una y otra parte. ¡Todas las prisiones de la República, gritaban los unos, rebosan de patriotas, de generosas víctimas que es preciso salvar! ¡Lo que hace falta, respondían los otros, es exterminar a todos esos bebedores de sangre humana! Pero las suposiciones, las sospechas contra el nuevo orden de cosas predominaban. El ejército faltaba de pan, los asignados continuán desvalorizados. Era la Convención rendida al realismo, que se entregaba a secretas y odiosas maniobras. Los generales, los jefes a los cuales se había profesado el mayor respeto y la mayor adhesión, estaban, se decía, señalados a la vindicta de los reaccionarios y se nombraba o cubría de ultrajes a los pretendidos autores de estas cobardes denuncias. Las cabezas se acaloraban por lo tanto, y ya las peticiones, las instancias, correos avanzados habituales de la revuelta, se cubrían de firmas:

«El representante Goupilleau, se esforzaba por calmar la tempestad pronta a estallar; pero era embarazoso para él, escribía al Comité, dirigir de tal modo los espíritus, que, dejando en ellos el calor del civismo les curase de una fermentación nociva para los efectos de esta virtud. Logró dominar a los más exaltados, y pudo lograrlo, a juicio suyo, sin golpes de autoridad, sino por razonamientos sencillos, franqueza que aprovecha más que las teorías abstractas y escolásticas.»

«Era, por consiguiente—sigue declarando Fervel—, los medios a los que nos era preciso descender, no para restablecer la disciplina, puesto que con ella se razonaba, sino por salvar, cuando menos, las apariencias. Todavía más, era imposible comprimir ciertas manifestaciones relacionadas, no solamente con recuerdos de los que el tiempo y la razón habían de hacer justicia, sino algunas veces, por desgracia, a descubrir bellos recuerdos piadosamente conservados. Así, nadie podría pintar, la dolorosa emoción que nuestros soldados dejaron manifestar cuando su-

pieron la desdichada suerte del infortunado Soubrany, trasladado moribundo al cadalso : ¡ Soubrany, su glorioso compañero de la última campaña ; Soubrany, que en toda ocasión en que se había batido había tan liberalmente mezclado su sangre a la de los suyos ; esa sangre cuyas últimas gotas habían sido esparcidas por la mano del verdugo ! ¡ Todo esto representaba la contrarrevolución triunfante, y en los Pirineos el 1.º prairial, aparecía como el último día de aquella libertad que había costado tantos heroicos como inútiles sacrificios ! »

El historiador francés nos hace recordar, en una nota, que, la llaga de Soubrany se hallaba al costado derecho, y que estaba completamente ensangrentada. Esta sangre vertida le había robado todas sus fuerzas, se encontraba tendido por completo en la carrera. Suplicaba : *¡ Dejadme morir !* Fué preciso conducirlo en brazos al cadalso. Tal era la versión del Monitor del 4 mesidor, año tercero.

**Scherer propone al Comité un plan de
invasión total de Cataluña.—Exposición
del mismo**

Del relato que anteriormente se expone se deduce claramente cómo el espíritu de la mayoría de los soldados que militaban en el ejército francés de los Pirineos Orientales, era contraria a la nueva política y partidaria del régimen del Terror. Al frente del mando superior, Schérer, no obstante las miserias y la situación moral del ejército francés, se consideraba en el caso de proceder activamente, desarrollando una acción ofensiva que pudiera remediarlas. Si hemos de atenernos a los datos ofrecidos por la información francesa, a pesar de las severas medidas puestas en vigor en los departamentos próximos a la frontera franco-española para evitar las desertiones, después de tres meses, todas las guarniciones, desde las fuentes del Aude, hasta las montañas del valle del Segre y las del litoral, venían a constituir un efectivo de 35.000 hombres. Esta era la cifra total de que podía disponerse en aquellos momentos. No obstante Schérer no vaciló en proponer al Comité de Salud Pública, como lo hiciera su predecesor, la realización de un plan de invasión del territorio catalán. Salvo alguna que otra modificación, este plan de Schérer venía a ser el mismo que el ideado por Pérignon.

La idea fundamental en el desarrollo de la empresa proyectada era la de cerrar el paso al ejército español a través del llano del Ampurdán por una línea atrincherada que debía correr, sin interrupción, desde Rimors a Alfa, al este de la vía internacional y, al oeste, desde el cruce de esta vía con la del Manol hasta Vinyonnet. Tratábase, por lo tanto, de una auténtica trocha. Realizadas las obras de fortificación de campaña procedentes, Schérer destinó a su defensa a 2.000 hombres dejando otros tantos en Rosas, y a lo largo de la costa española, en tanto que otros 3.000 guarnecían la costa francesa hasta Aigues-Mortes.

La guarnición de Perpignán se compondría de 1.000 hombres : 1.600

entre Bellegarse y Prat de Molló y, finalmente, 2.000 hombres ocuparían Mont-Luis y la Cerdaña española por ellos conquistada. Sumaban por lo tanto, el contingente total de fuerzas que acabamos de indicar, 13.600 hombres que había que deducir de los 35.000 que se han indicado. Quedaban, pues, como fuerzas combatientes para las operaciones 21.400, los cuales hallábanse organizados en cuatro divisiones activas, tres operantes en el Ampurdán y una en la Cerdaña.

Ante el constante peligro de las perjudiciales condiciones climatológicas del bajo Ampurdán, motivadoras de las fiebres palúdicas que minaban la salud del ejército francés, Schérer, dispuso que estas tres divisiones del Ampurdán, después de haber acabado la línea de defensa en esta parte, se retirasen a la línea de colinas que se extiende desde Figueras a Sistella, al oeste de la carretera principal, pudiendo en ellas respirar un aire menos impuro que el pestilencial de las marismas ampurdanesas, debiendo esperar en ellas la llegada de los refuerzos, que el General en Jefe del ejército francés había solicitado del Comité de Salud Pública para la ejecución de sus proyectos ulteriores.

Estos refuerzos eran los siguientes: 25.000 hombres de infantería, el complemento de cuatro baterías ligeras, cuarenta piezas de artillería de sitio, 10.000 caballos de tiro, y, por último, 600 millares de pólvora. Estos 27.000 soldados, añadidos a los 21.000 antes citados, elevaban el contingente de las cuatro divisiones activas que constituían el ejército expedicionario francés a 48.000 combatientes.

Esto dispuesto, 10.000 de la división de Cerdaña se completarían hasta los 12.000 que, ganando las fuentes del Ter, descenderían por este valle hasta Ripoll, arrojarían a los Somatenes de todas sus posiciones y, remontando hacia Olot, dispersarían igualmente las bandas que infectaban estos parajes, y vendrían entonces a apoyar su flanco izquierdo en el derecho de las dos divisiones centrales.

En cuanto a estas divisiones, con un total cada una de 10.000 combatientes, habrían de desembocar, simultáneamente, descendiendo, una de Besalú y otra de Bascara, en dirección a Bañolas; una vez conseguida la conquista de este campo español, avanzarían hacia Gerona, y sería, en este último trayecto de su avance, en el que, la división de Cerdaña, operaría su junción con las divisiones de referencia. Para auxiliar la empresa que habían de llevar a cabo las fuerzas que se citan, un cuerpo de 18.000 hombres, de los cuales 3.000 serían de caballería, debía seguir la carretera internacional y maniobrar de modo que los defensores del Coll de Orriols no tuviesen otro remedio que retroceder, yendo a caer, bajo el fuego de las tres divisiones francesas en marcha, sobre Gerona. Para Schérer este plan habría de resultar felicísimo en su ejecución, pues nuestro ejército, en la situación que se indica, se vería obligado o a librar una batalla que debía perder, dado lo desventajoso de su situación, o de batirse en retirada hasta las montañas de Aragón. En victorioso avance los soldados de la República, la plaza de Gerona debía constituir su objetivo inmediato y directo, y, una vez en circuns-

tancias tan favorables, sería cuestión de decidir para el alto mando francés, si había de perseguirse al ejército batido y dispersado, o era cuestión oportuna el encaminarse hacia Barcelona. De todas suertes estimaba Schérer, que procedía, por todos los medios posibles, impedir que los restos del ejército español fuesen a cobijarse a la importante plaza de referencia, pues imaginaba que con sólo el bombardeo de Barcelona podía conseguirse la conquista, dado que, ante los efectos del mismo, la numerosa población enriquecida de esta ciudad, se impusiese a la guarnición y la obligara a capitular.

El plan no satisface al Comité, que abrigaba otros propósitos distintos

Plan tan meditado y placenteramente concebido no entusiasmó, ciertamente, al Comité de Salud Pública, y éste hubo de responder a Schérer: «Que había renunciado a los vastos proyectos sobre esta frontera; que si él, General, con los medios de que disponía actualmente estaba seguro de batir a los españoles, forzándolos a la paz, hallábase autorizado para emprender la partida, aunque se le prescribía una sola cosa: *No dejar nada al azar.*»

La realidad, más poderosa que las determinaciones humanas, impone el desarrollo de la lucha armada

Está en lo cierto el criterio francés al declarar que esto era tanto como prescribir la espera, arma al brazo, a que España se decidiese a aceptar la paz. Pero era preciso vivir prevenidos, y la cruel necesidad fué más imperiosa que la autoridad del Comité, puesto que, en efecto, no disponiendo el mando francés de otros recursos, para alimentar a sus soldados hambrientos, que apoderarse de los repuestos de trigo de que disponían los españoles, suficientemente alimentados por sus almacenes, y que hasta entonces permanecían intactos, Schérer quiso apoderarse de la rica cosecha que acababa de madurar en la orilla derecha del bajo Fluviá, llamada el pequeño Ampurdán y de aquí cómo, este forraje, fué causa de una verdadera batalla bien diferente en su resultado, del que tan felizmente se prometía.

CAPITULO X

Batalla del Fluvíá. Combates de Espinosa.
Pontos y Armadas

Para la operación proyectada (realización de un forraje) son destinadas las divisiones Augerau y Sauret.—Orden de combate en cuatro columnas del ejército francés



ADMITIENDO por un momento que la operación llevada a cabo por el General Schérer, el 15 de junio, o sea el 26 prairial del año 1795, no tuviese otro carácter que el de realizar un forraje en el pequeño o bajo Ampurdán, forzando para ello a nuestra ala derecha a abandonar sus posiciones es lo cierto que, para operación tan modesta fueron destinadas, la división de Augereau, que, como sabemos, era la de la derecha para ejecutar el principal papel y la de la izquierda, mandada por el General Sauret, a la sazón, enfermo, a quedar en reserva para apoyar, en caso de necesidad, la empresa de forrajeros. De este modo Augereau, con su división, tenía que contener, llegado el combate, el empuje de la mayor parte de nuestras tropas empeñadas en la lucha. En la tarde del día anterior cuatro columnas salieron de los campamentos franceses y se trasladaron a las orillas del Fluviá, las cuales al despuntar el alba ocupaban las posiciones que previamente se les había señalado. La organización de las cuatro columnas era la siguiente :

La primera, especialmente encargada de la operación de forraje, antes señalada, y que era la de la izquierda, se componía de 1.500 infantes, 300 Húsares y cuatro piezas de artillería, a las órdenes del General Rougé. Esta columna quedó desplegada entre San Pedro Pescador y un bosque que se extiende un poco antes, y al norte de Torruellas. El pueblo de San Pedro Pescador, así como este bosque, fueron ocupados por destacamentos seleccionados, en tanto que los Húsares formaban ante Vilamacolum, a la derecha y a retaguardia del bosque.

La segunda columna estaba separada de la primera por una distancia de dos kilómetros. Era su Jefe el General Banel, y a sus órdenes se encontraban 1.600 fusileros, 100 caballos y cuatro cañones de 4, siendo su puesto de despliegue la meseta, delante de Santo Tomás, y las alturas cubiertas de bosque al noroeste de San Miguel. Los dos Generales que hemos citado, dependían a su vez del divisionario Hacquin, que, por otra parte, disponía de la brigada Point y Guillot, y de 600 caballos. Esta reserva de 4.000 hombres, quedó dispuesta en tres líneas; la primera, al mando del General Point, con cinco batallones, tocando y desbordando por su derecha a Vilamacolum; la tercera, mandada por Guillot,

a dos alcances de fusil a retaguardia y a la izquierda de la precedente, con cuatro batallones; la segunda, en retaguardia de la primera y en el intervalo entre estas dos líneas y la tercera, extendida a retaguardia y por la izquierda en la forma que se ha citado. La caballería al mando del General de división Dugua, había de esperar el momento oportuno de su intervención en el combate.

A la derecha del frente francés, y frente a nuestro centro e izquierda, las dos brigadas de Beyrand y de Bonn, facilitadas por la división de la derecha, habían de quedar establecidas. Tenía la primera Brigada un contingente de 1.800 hombres de infantería, 100 de caballería y cuatro piezas de artillería ligera, los cuales habían de tomar posición en las alturas de Pontos, en el Puig de las Forcas, que rodeada de bosque se eleva detrás y a la derecha de Espinavesa. El General Bonn cubriría este sector con 1.000 cazadores de infantería y 100 jinetes. Augereau, con el resto de su división, acampado a la inmediación de Figueras, se mantendría dispuesto a acudir en socorro de sus dos lugartenientes.

El General Urrutia toma sus disposiciones.—Amplio despliegue de nuestras fuerzas.—Detención del avance enemigo

No es de suponer que nuestros soldados, ni mucho menos el General Urrutia, fuesen sorprendidos ante esta presencia del contrario. Y más o menos advertidos de su despliegue no puede causar extrañeza llegasen a creer que se trataba de un movimiento general con el propósito de obtener una victoria importante. En vista de esto, nuestro General en Jefe, dispuso en orden de combate todas sus fuerzas, desplegándolas a lo largo de las alturas que bordean la orilla derecha del Fluviá, desde Armenteras, frente a San Pedro Pescador, hasta más allá de Vilert a vista de Espinavesa. No era prudente iniciar movimiento alguno en tanto no dejara el enemigo descubrir de algún modo sus propósitos. Mas admirado a su vez el enemigo del despliegue realizado por el ejército español, que anunciaba bien a las claras hallarse dispuesto a aceptar la batalla, como quiera que el ejército francés permaneciese inmóvil, nuestro valiente e ilustre General, para informarse debidamente, dió orden a su dos alas de llevar a cabo un doble reconocimiento sobre las del enemigo, y, en virtud de ello, a las ocho horas de la mañana, el ejército republicano era atacado bruscamente por ambos costados.

Según propia declaración del testimonio francés esta paralización del ejército francés era debida a la admiración que les había producido el amplio despliegue de nuestras tropas; hecho que denunciaba cómo, efectivamente, se disponían al desarrollo de una seria contienda caso de ser atacado a fondo.

Brusco avance español.—Favorables resultados iniciales.—Nuestro General en jefe se dispone a llevar a cabo un ataque a fondo

Como era de esperar, nuestro brusco avance por ambas alas no dejó de surtir los efectos esperados. Al flanco izquierdo de la línea francesa, las posiciones entre San Miguel y Santo Tomás, guarnecidos por las tropas del General Banel y la emplazada a 500 metros ante Torruellas, que lo era por los Húsares del General Rougé, fueron objeto del ataque de nuestras tropas, que hubo de llevarse a cabo en dos columnas, de las cuales, si la primera tuvo que detenerse ante el primero de los Generales antes citados, que ocupaba una posición excelente en condiciones de resistencia, la segunda pudo ver cómo los Húsares franceses se retiraban en desorden para refugiarse a resguardo de Vilamacolum. Ante este fracaso, los Generales Dugua y Hacquin trataron de remediarlo en lo posible, utilizando las fuerzas de la reserva que se encontraban a sus órdenes. Pudo el primero, reunir a los Húsares fugitivos, tomando el mando directo al ser herido el Coronel Boujou. Hacquin, disponiendo de cuatro batallones de la Brigada del General Guillot, se preparó para marchar sobre Torruella, colocando en el centro tres de ellos, ante Vilamacolum, a la derecha, a los Húsares reformados y a la izquierda al cuarto batallón con orden expresa de realizar el citado avance a paso de carga. Pero como quiera que los franceses hubieron de darse cuenta de que nuestros jinetes habían repasado el Fluviá, considerando terminada su misión de simple reconocimiento, desistieron de su ataque.

En cuanto al ala izquierda de nuestro frente de batalla, Vives, pudo llevar a cabo, igualmente, su reconocimiento de la derecha francesa. Atravesando el Fluviá por Vilert, hubo de avanzar hasta más allá de Espinavesa, en dirección a la posición que ocupaba el General Bon, a un cuarto de legua del río. Recibido y contenido enérgicamente, Vives, llegó a sospechar que el General Bon, ocultando sus tropas en el interior del bosque que le rodeaba, trataba de hacerle caer en una emboscada. Prudentemente hubo de suspender el ataque, y dando cuenta inmediatamente a su Jefe de los datos recogidos, hizo maniobrar una de sus divisiones con intento de desbaratar la emboscada, dándole la orden de que penetrase en el bosque, que fué encontrado repleto de tropas enemigas. En vista de ello, Vives, concentró la mejor parte de sus fuerzas, y desplegó algunas tropas por ambos flancos, con orden de atacar al enemigo, que, en esta parte central, trataba de defender la proximidad al río y que lo fué vigorosamente.

El General Urrutia, conocedor del resultado del reconocimiento por él ordenado, pensó razonadamente que el ejército francés había concentrado sus fuerzas a derecha e izquierda : a la izquierda, cuatro Brigadas y casi toda la caballería ; a la derecha, los Batallones de Cazadores, parte de los cuales hallábanse ocultos en el bosque de Espinavesa. Por su parte

el General en Jefe del Ejército Español, desde su puesto de mando, en las alturas del Coll de Orriols, pudo darse cuenta asimismo de cómo por la parte de Pontós los franceses permanecían inactivos. Esto le hizo suponer que, en su movimiento ofensivo, el plan del General enemigo era atacar las dos alas de nuestro frente y, en vista de ello, creyóse en el caso de adoptar una resolución que, la misma crítica francesa califica de enérgica y de grande. El plan ideado por nuestro General era, el de lanzar 16 a 17.000 hombres sobre Pontós, apoderarse y deshacer este puesto aislado y, a continuación, volviéndose a la derecha, envolver y arrojar contra el Fluviá y el mar, las cuatro brigadas de la izquierda francesa, en tanto que su derecha mantenía la lucha contra los cinco mil combatientes de la división de Vives.

Desarrollo de la acción.—Sus características

La contraofensiva española dió lugar al desarrollo de una acción que puede ser dividida en tres combates parciales. Los de Espinavesa, de Pontós y el de Armadas. Fué el primero, el inicial de nuestro ataque. El General Vives, que no había abandonado su posición en la orilla izquierda del Fluviá, sino que, por añadidura, había concentrado en ella todas las fuerzas que componían su división, reanudó la lucha cuando aún Urrutia no había podido agrupar todos sus contingentes alrededor de Báscara.

La lucha sostenida por la columna de Vives.—Dispositivo francés. — Vicisitudes de la contienda

Vives, tenía que batir a las fuerzas de Bon, desplegadas a lo largo de la cresta, al pie de la cual se extendía su línea de batalla. Bon, tenía apoyada su derecha en un ancho y profundo barranco, en el que, su vanguardia, a las órdenes del Ayudante General Rusca, vigilaban el paso; la izquierda estaba imperfectamente cubierta por un bosque que, si por un concepto, no la defendía grandemente, por otra parte, en cambio, estaba guarnecido por algunas vigorosas compañías del primero de los *Vengeurs* (vengadores) y por el batallón de la *Drôme* en el que había servido el intrépido Comandante de la columna. A retaguardia se mantenían, prestos a cargar, dos escuadrones de cazadores a caballo, al abrigo de un escarpado al pie del cual corría el arroyo del Molino.

Para llevar a cabo su ataque, Vives, comenzó por amenazar ambos flancos del adversario. Pero este tanteo inicial no pudo realizarse con éxito, si hemos de atenernos a la información francesa, pues, ni la izquierda nuestra pudo forzar el paso del barranco que defendía la derecha enemiga, ni, tampoco, nuestra caballería pudo salvar la abertura que separaba la izquierda francesa del bosque. Tanto el General Rusca como

la tropa seleccionada que guardaba la linde del bosque, lograron, con su firmeza, desbaratar los propósitos de nuestro General, quien, en vista de la situación, y dispuesto a iniciar el ataque en regla, ordenó romper un fuego regular de batallón por todas las tropas que constituían el centro de nuestro frente de combate (1).

El General francés, dándose cuenta de que no podía alcanzar sobre nuestras tropas superioridad alguna en el fuego, por cuanto que sus soldados no eran mejores tiradores que los nuestros, y que contaba con fuerzas inferiores a las que nosotros teníamos, no creyendo oportuno aceptar un combate de fusilería, quiso confiar al valor de los suyos el éxito de la operación y, por ello, dió la señal de cargar, encomendando a la punta de las bayonetas la realización de la empresa. No esperaron los franceses ni siquiera a formarse en columna, maniobra que, según el testimonio de Fervel, hubiera traicionado la debilidad numérica de la tropa dispuesta al ataque y, así, en masa desordenada, hubo de avanzar en dirección a nuestra línea, que, firme en su puesto, hubo de dejar se aproximase el enemigo hasta una distancia inferior al alcance del tiro de pistola. Para resolver aquella situación se imponía la lucha cuerpo a cuerpo, y si el General Schérer no mentía, en su parte de guerra, «en un pestañear de ojos», al ser atacados nuestros soldados por las bayonetas francesas, «hubieron de retroceder» y, según su propia expresión, «toda la línea de Vives, lanzada al Fluviá, repasó en tropel el río y nuestros jinetes cayeron sobre los fugitivos retrasados, «haciendo en ellos, manifiesta la relación del Schérer, una carnicería espantosa» (Véase el Monitor del 11 messidor). Dejamos a la responsabilidad del General francés la veracidad de los hechos relatados, en los que sospechamos un exceso imaginativo digno de mejor causa.

Función principal correspondiente al centro de nuestra línea.—El General Urrutia ordena el avance.—Dispositivo español

Pero cualquiera que pudiera ser el resultado de la acción que se acaba de describir, corresponde al centro de nuestro orden de batalla, mandado directamente por el propio General en Jefe, la función principal en el ataque que iba a disponer. El campo francés de Pontos, un tanto desguarnecido en relación con las fuerzas destinadas a ambas alas del ejército francés, y, en actitud en cierto modo pasiva, tuvo que llamar desde el primer momento la atención del General Urrutia, quien, como hemos dicho anteriormente, desde el Coll de Orriols, presenciaba el desarrollo general de los acontecimientos. Después de reunir a las inmediaciones del puente de Báscara, todas sus fuerzas del centro y de la reserva, dió la orden de avanzar a la vez, sobre la posición de que se

(1) Creemos inútil advertir a nuestros lectores que este centro y ala corresponden a la división de Vives.

trata: la vanguardia, a las órdenes del General Arias y a continuación las divisiones del Marqués de la Romana y de Cuesta; un contingente de tropas que, la información francesa valúa en 15.000 hombres de Infantería; de ellos 1.500 de caballería y una artillería, calificada de formidable.

**Objetivo principal del ataque.—El casti-
llo de Pontos.—Misiones encargadas a
los Generales españoles.—Se entabla la
lucha.—El Marqués de la Romana se
apodera del pueblo de Pontos**

Consideramos necesario dar algunos detalles de la topografía y especiales condiciones de la posición que iba a ser atacada.

El castillo de Pontos, hallábase construido en lo alto de la colina del Angel, alzada en medio de un recinto semicircular de colinas que se despliegan desde Armadas a Pontos. Esta colina hállase constituida por un pedestal rocoso, aislado y cortado a pico del lado de Armadas, y muy escarpado del de Pontos, pero en relación con una pendiente accesible que ya a parar a la llanura y que con ésta se inclina hacia el curso del Fluvial. La plataforma, asiento del castillo, apenas dejaba espacio para moverse en ella un centenar de hombres; por esta razón, el General Beirand, que mandaba este sector, no estimando la colina de que se trata como otra cosa que *un punto de apoyo*, desplegó a su pie, mas sobre las eminencias del Este, a las fuerzas de que disponía, éstas, desde luego, en número inferior a las de la columna asaltante. Del castillo de Pontos, habían de apoderarse las tropas de Arias y las del Marqués de la Romana y el éxito coronó, desde el primer momento, la labor realizada por nuestras fuerzas.

Los franceses ante la presencia del ejército español avanzando en la disposición antes indicada: Arias, en el centro; la Cuesta, a la derecha y el Marqués de la Romana a la izquierda, no consideraron posible llevar a cabo resistencia alguna; así, el primero de los Generales que hemos citado, pudo alcanzar la colina del Angel; la Cuesta, después de arrojar los contingentes franceses enérgicamente cargados por nuestra caballería, seguirá su marcha hacia Armadas con el propósito de interceptar los socorros que seguramente hubieran de acudir en auxilio del enemigo por esta parte. El Marqués de la Romana, después de apoderarse del pueblo de Pontos, envolvió por el oeste la colina del Angel, rechazando todo refuerzo que pudiera venir procedente de Figueras. Y por último, la caballería, guardando las extremidades de este semicírculo, esperará su turno para entrar a tomar parte en la batalla.

Actitud del ejército francés

En las condiciones que acaban de señalarse, cerrado bien el círculo en torno del castillo de Pontos, tomado este pueblo, asaltada la posición principal ¿qué podría contener a los españoles? Bajo la metralla, a cien

pasos, pudieron organizar sus columnas de asalto y avanzar, escalando la colina alrededor de la cual la línea francesa, volviendo sobre sí misma, se enrosca y se agarra. «En vano Beirand—expone Fervel—interroga con su mirada el horizonte. Nada aparece. Sin duda Schérer oye su cañón; pero Augereau y Hacquin se hallan a dos leguas de Pontos ¿Llegarán a tiempo? En fin, después de tres cuartos de hora de esfuerzos heroicos y de espera, viendo a nuestro General Cuesta, invadir la vía principal y encaminarse hacia Armadas, decide a todo evento abandonar la partida, deslizándose por detrás de la colina, cuyos defensores le sirven de retaguardia y acogiendo así, a un terreno quebrado que habrá de preservarle, por un momento, de la caballería española, pero en el que dejará su artillería que, bien pronto, la explosión de un cajón, acabará de destrozar. Esta pérdida aligera su marcha; más si logra salir de los barrancos es para caer, bajo los sables de la caballería del Marqués de la Romana, que espera en el llano su salida. El desdichado General se encuentra, pues, en una situación de las más críticas, pero el General Augereau, que en todo momento presiente o previene el peligro de los suyos aparece para sacarle de aquel apuro.

Oportuna intervención del General Augereau

Porque, en efecto, Augereau que había escuchado al mediodía la fusilada resonar nuevamente del lado de Espinavesa, dado su carácter, no podía permanecer inactivo. Al momento, con un millar de hombres de su reserva, corre en socorro del General Bon, remonta el arroyo del Molino, uno de cuyos afluentes de la derecha es recorrido en su descenso por Beirand, pero de pronto percibe a su izquierda el ruido de un combate mucho más resonante y más encarnizado que el que le atrae al alto Fluviá. Esto le determina a cambiar de dirección dirigiéndose, pues, a Pontos, no tardando en encontrarse con los jinetes españoles que persiguen la columna francesa del centro, cayendo sobre ellos y logrando rechazarlos, el General francés puede al momento salvar a su compañero Beirand, que, de este modo, logra continuar su retirada hacia el norte.

El ejército español se dispone a contrarrestar la reacción ofensiva enemiga.—
Llegada de refuerzos franceses al campo de batalla

Pero la reacción ofensiva francesa no podía ser soportada por nuestro alto mando, y cuando nuestro ejército creía terminada su misión y se disponía a retirarse a sus posiciones, recibió la orden de entrar de nuevo en batalla. Dispuso el General Urrutia que, tanto Arias como el Marqués de la Romana, acudieran con sus divisiones a reunirse con

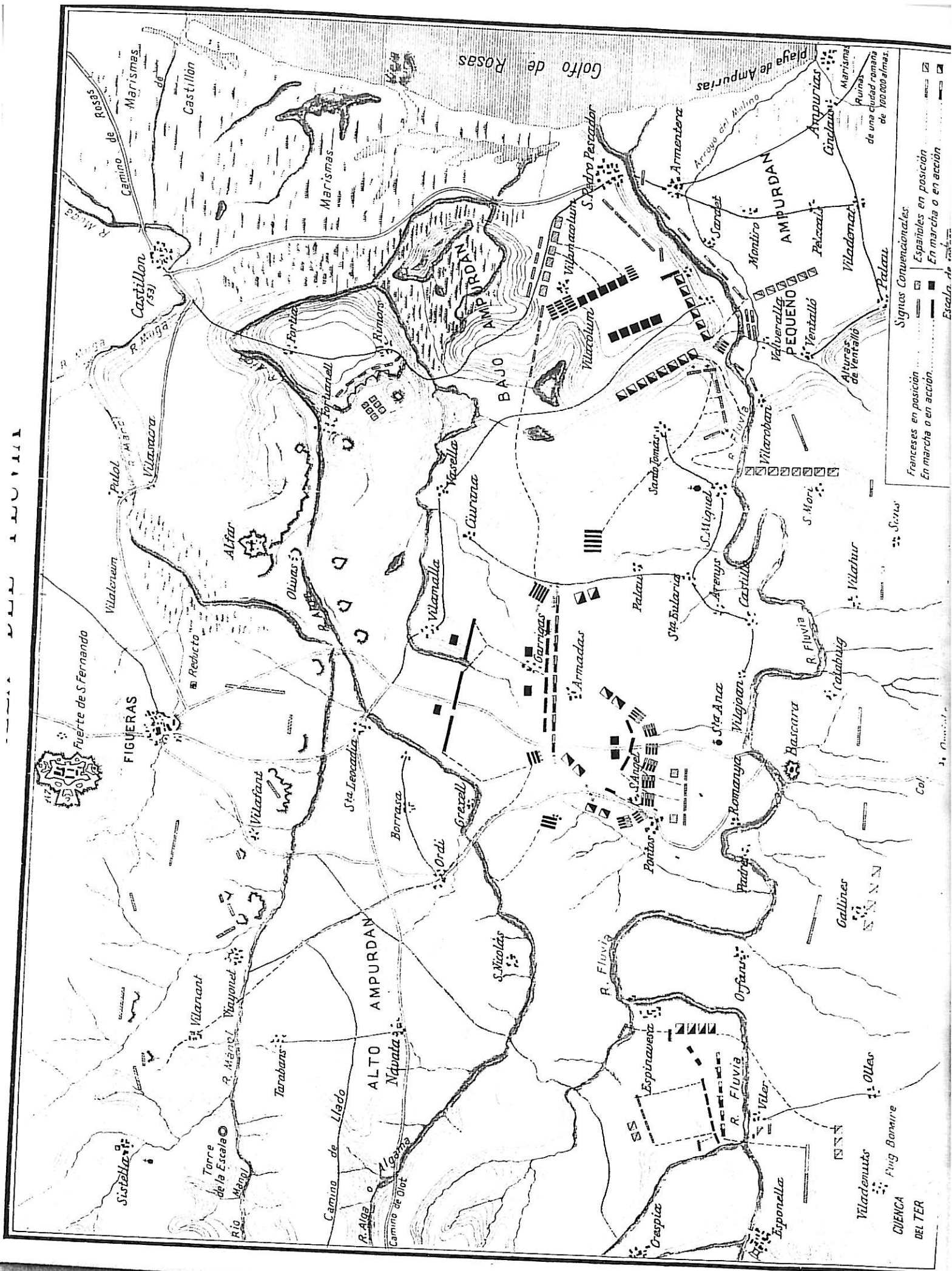
Cuesta en las alturas de Armadas. Realizada su reunión, todas estas fuerzas pusiéronse en marcha, atravesando y sobrepasando el pueblo de Armadas y viniendo a formar en batalla, en un frente paralelo al de Beirand. Nuevamente iba a entablarse un encuentro de importancia. Ante nuestra actitud, el General que acabamos de citar, hizo alto a una distancia como de media legua de nuestro frente, a la altura de Báscara, apoyando su derecha en este pueblo, y extendiendo su frente de combate hacia el Este, al tener noticia de que las cabezas de las dos columnas de Pontos y de Banel, enviadas por Schérer en socorro suyo, estaban al llegar. Mas no eran éstas las únicas fuerzas que acudían al campo de batalla. De igual modo, Duphont acudía también apresuradamente desde Figueras y así lo hacía también Augereau, que, volviendo sobre sus pasos y tomando el camino de Báscara, no tardó mucho en llegar.

**Augereau no puede realizar su propósito.
El ejército español se retira ordenadamente**

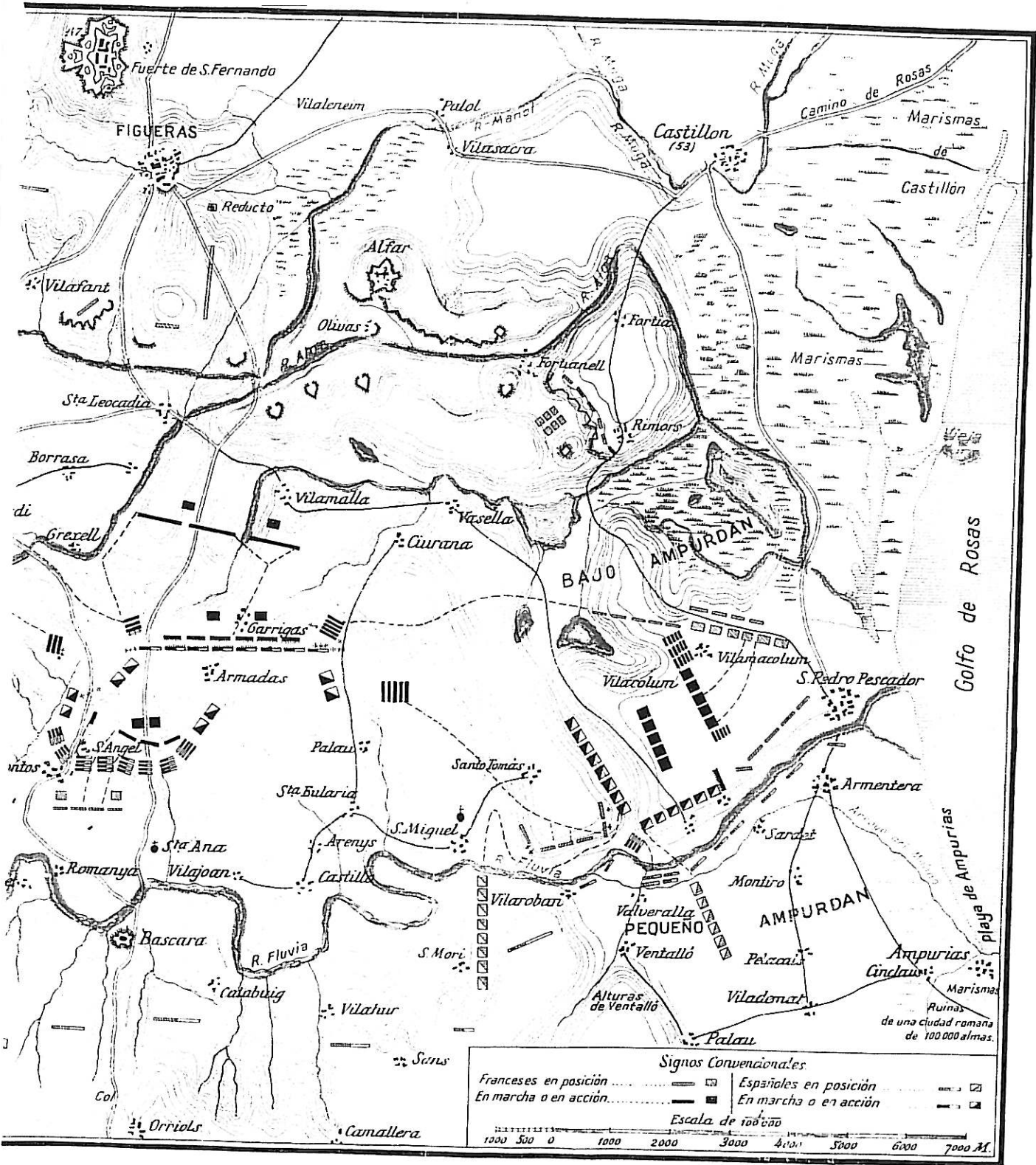
De esta suerte Augereau, en posesión del mando superior de las tropas francesas así reunidas, decide el inmediato ataque a las fuerzas españolas con arreglo al siguiente plan. El centro correspondería a Beirand que, delante de Carriga y a cien toesas de nuestro frente, había desplegado sus fuerzas a las cuatro de la mañana. A la derecha Augereau y Duphont, a la izquierda, Pont y Banel, es decir, en total, cinco columnas. Pero en esta ocasión no se mostró la suerte muy favorable para el General francés, y debido a las profundas y numerosas cortaduras del suelo, el preconcebido ataque de las columnas francesas dispuestas a caer sobre los nuestros, no pudo realizarse. Y aunque por diversas razones, pueda la información francesa asegurar que los españoles, después de una hora de resistencia, tuvieron que ceder el terreno, es lo cierto que, nuestras tropas, hubieron de retirarse ordenadamente por escalones sin esparcirse, como suele acontecer en tales casos para el merodeo, según expone el General Gómez de Arteche y tratando tan sólo de recoger las piezas de artillería abandonadas por los franceses en su fuga; pudiendo recibirlos de este modo, con un nutrido fuego, sólidamente establecidos en las mismas posiciones de Pontos y Armadas, recientemente conquistadas.

**Fracaso de las tentativas francesas para
cortar la comunicación entre las fuerzas
de nuestro frente**

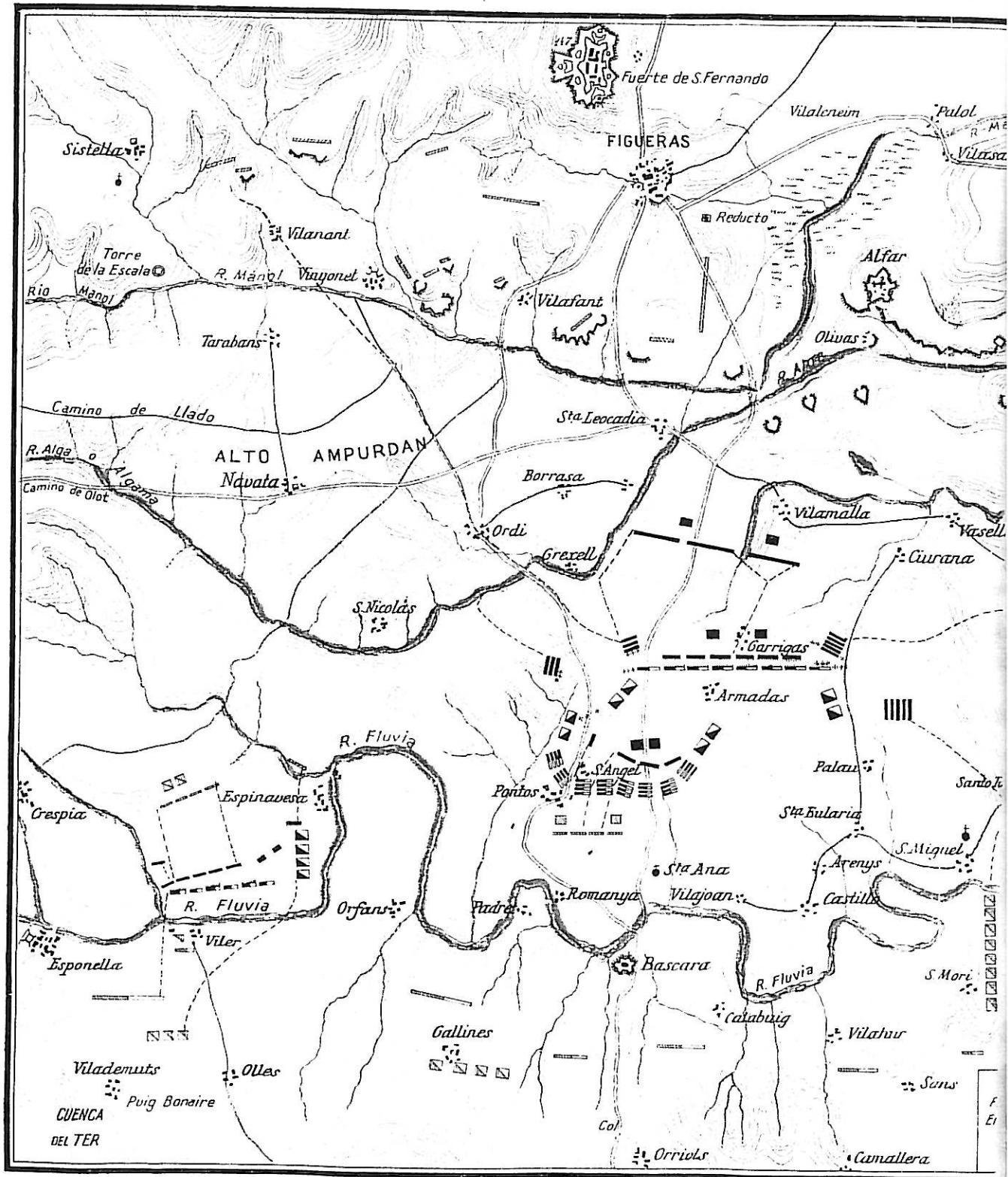
En vano los franceses trataron de cortar la nueva línea española, separando las fuerzas de Cuesta de las que sostenían el combate principal, pues las tropas al mando de este bravo general español lanzadas al ataque, lo hicieron con el mayor ímpetu, burlando por completo el propó-



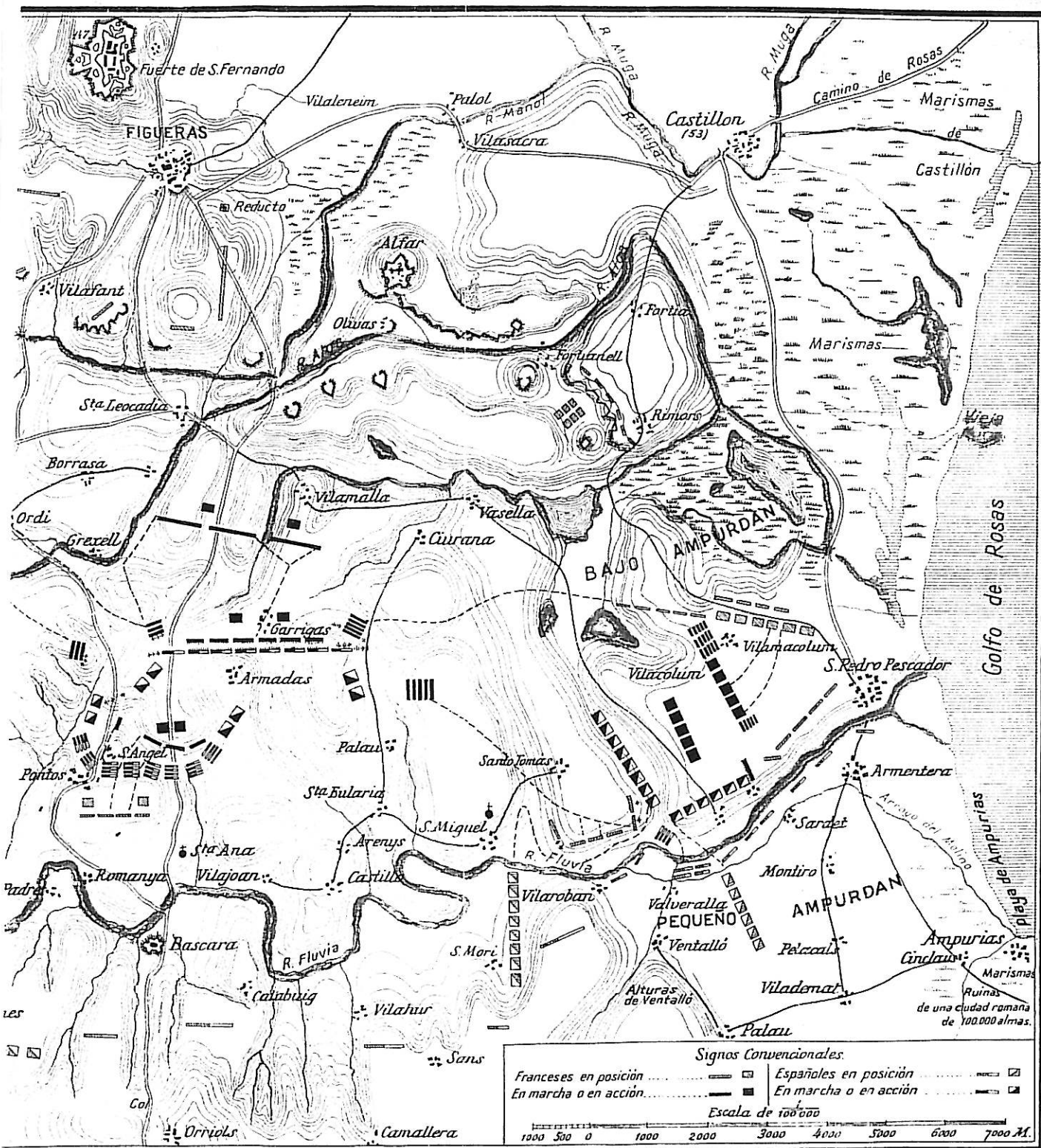
BATALLA DEL FLUVIA



BATALLA DEL FLUVIA



BATALLA DEL FLUVIA



sito enemigo. Y Marçillac, declara que, los nuestros, cargaron a los franceses: «Con impetuosidad forzándole a reunirse con las tropas que marchaban en columna avanzando por su frente y se encontraban ya atacando las alturas de Armadas. Pero una diversión ejecutada felizmente por don Francisco Taranco, quien, con una columna cayó sobre la izquierda de los enemigos, a los cuales había primeramente ocultado su marcha, derrotándola por segunda vez, contribuyó eficazmente a la terminación de la jornada.

Asegura la información francesa la realización del forraje proyectado.—Realidad del resultado de la operación

Y ante la declaración de Fervel de que: «este movimiento retrógrado apenas se había pronunciado cuando, la columna de la izquierda y su reserva, que, después del ataque favorable de la mañana, no se habían preocupado ya de otra cosa que del objetivo especial que tenían que cumplir es decir las dos Brigadas, Rougé y Guillot, forzaron el cordón de tropas que bordeaba la orilla derecha del Fluviá y efectuando en el pequeño Ampurdán el forraje que había conducido a esta lucha sangrienta», nuestro General historiador antes citado se cree en el caso de exponer que: «Los franceses escritores de aquella campaña quieren decir que, el fin que los Generales sus compatriotas se habían propuesto aquel día, lo consiguieron, arrojando a los españoles a su campamento de Orriols y haciendo su forraje, el único objeto que, según ellos, llevaban en aquel combate. Pero este mismo emigrado acaba de proporcionarnos el detalle interesantísimo de la acción de Cuesta y Taranco junto a Armadas. Luis de Marçillac continúa así su relato, completamente de acuerdo con el del General Urrutia y los de nuestros cronistas: «Arias y la Romana, también habían sido atacados en la posición de Pontos, pero, después de haber rechazado a los que los atacaban, los había perseguido vivamente. Al caer la noche los franceses iban enteramente en retirada, y los españoles volvieron a entrar en su línea.»

El historiador Chavy, expone que: «A los primeros crepúsculos de la noche iban los franceses en completa retirada, y los españoles alegres y ufanos entraban en su línea.»

Información oficial española.—Relato facilitado por el General Urrutia

Del conjunto de la batalla del Fluviá daba perfecta cuenta el General en Jefe del ejército de campaña de Cataluña, en carta del 15 de junio, que transcribía íntegramente la Gaceta de Madrid, del martes 23 de dicho mes. El documento decía así: «La mañana de ayer, poco después de amanecido, se nos presentó el ejército enemigo por todo nues-

tro frente ocupando posiciones ventajosas, donde en un concepto proyectaban establecerse para atacarnos con empeño, después de observar nuestros movimientos desde sus puntos dominantes. No les dimos lugar a verificar sus medidas, y buscándolos en sus mismas posiciones, de todas fueron arrojados y batidos, a pesar del tesón con que quisieron mantenerlas. Les tomamos cuatro piezas de artillería, dos carros de municiones, las ollas de sus ranchos, pigüelas para heridos, mantas y porción de otros efectos.»

«La acción parecía del todo concluída entre una y dos de la tarde, pero se renovó en el centro con más viveza y no menos gloria de las armas de S. M.; pues metidos ya en sus campos los enemigos, y después de dar un rato de descanso a nuestras tropas en el campo de batalla, las mandé retirar, y lo había executado casi todas, quedando sólo algunos cuerpos para proteger la marcha de los demás, quando el enemigo creyendo ocasión de dexar dudoso el día, y borrar la ignominia de la mañana, vino, por un movimiento rápido e impetuoso de las tropas que habían tenido de reserva, a cargar nuestra retaguardia, que ocupaba todavía su primer terreno; fué recibido con la mayor firmeza sin permitirle adelantar un paso, volvieron entonces de la mejor voluntad y con el más loable ardor, las tropas que estaban en marcha para sus campamentos, y aún varias que ya habían llegado a ellos y se empeñaron de nuevo como si vinieran de refresco, lograron rechazar completamente a los contrarios, al ponerse el sol regresaron otra vez para descansar de sus gloriosas tareas; acreditando el carácter del soldado español en el desembarazo y alegría con que marchaban después de quince horas de continua fatiga sin haber tenido lugar los más para comer siquiera sus ranchos.»

«Lo fragoso del terreno del centro, que no permite obrar la caballería, ha valido a los enemigos que su derrota fuese por aquella parte algo menos sangrienta que en la derecha, en donde divisiones enteras han sido totalmente destruídas.»

«Luego que tenga los partes individuales de los Comandantes y columnas y cuerpos sueltos, informaré menudamente a V. E. para cabal conocimiento de S. M., a quien, entretanto, debo asegurar que no hallo elogios suficientes a la conducta de Generales, Oficiales y tropas de todas clases.»

Y en efecto, recibidos tales documentos, Urrutia, en carta del 24 de junio, comunicaba a la superioridad el relato detallado de cuanto había ocurrido en la acción de guerra de que se trata, debiendo advertir que, ella, es designada por él como la batalla de *Pontos* y no como la del *Fluviá*, designación esta que, por su amplitud, nos parece la más apropiada. «La batalla de Pontos, gloriosamente ganada por las armas de S. M., el día 14 del corriente—escribía nuestro General—aunque decidida a las inmediaciones del pueblo y ermita de dicho nombre y reñida con más porfía en aquellos puntos, fué acompañada de otras dos acciones muy vivas, y terminadas también con ventaja nuestra por los

destacamentos laterales, distantes tres horas cada uno del centro de nuestra posición. Todas las ocurrencias de aquel día hacen mucho honor a las tropas del Rey, y así procuraré que, por medio de esta relación, quede instruído S. M., tanto del pormenor de las operaciones como de los dignos sujetos que las han dirigido y executado.»

Precisaba el documento de referencia la disposición adoptada por el mando español ante la presencia del contrario, manifestando que: «Entre nueve y diez de la noche del 13 tomó las armas el ejército enemigo en número de 25.000 hombres, según declaración de prisioneros y desertores, y vino a situarse en los terrenos más ventajosos entre sus campos y los nuestros. A la parte de su derecha (izquierda nuestra) se dirigieron 5.000 infantes y 500 caballos con alguna artillería; observada al amanecer desde Vilert aquella gente y la marcha que hacía al Puig de Forcas, dió parte el Capitán don Simón de la Rocheta, Comandante de aquel puesto, al de la división, Mariscal de Campo don Juan Miguel Vives, el cual dispuso que se colocasen inmediatamente dos cañones de a 8 en el Puig de Salar y 2 de a 4 en la altura de Esponella, avisando al mismo tiempo, al Coronel don Luis de Aragón, que, con las tropas que manda en Besalú fuese hacia el Coll del Portell; hizo marchar al vado de Orfans al Brigadier don Ulises Albergoti, con una columna compuesta de 200 hombres del primer Batallón de Cataluña, 600 del Tercio de Tarragona, a las órdenes de su Comandante el Teniente Coronel don Francisco Vives, y 200 caballos a las del Teniente Coronel don Pedro Pontus, Capitán del Regimiento de Borbón; y al vado de Juncaro envió al Coronel don Casimiro Bofarull, con otra columna que se componía de un Batallón del Regimiento de Guadalaxara, al mando del Teniente Coronel don Manuel Armengol, el resto del Batallón. 1.º de Cataluña, al de su Comandante el Coronel don Francisco Terradellas, 400 Miqueletes del Tercio de Tortosa, dirigidos por su comandante interino don Ventura Orriols y un escuadrón de Sagunto, mandado por su Coronel don Jacinto Irisarri, con un obús de a 6, otro de a 5, y un cañón también de a 4; esta artillería debía permanecer en la altura que enfila el vado referido, y ambas columnas, atravesando el río, debían ir a atacar al enemigo, habiendo destacado también desde Vilert las guerrillas con 100 caballos, mandados por el Coronel don Juan Joseph Sarden, Sargento Mayor del Regimiento de Calatrava.»

En el resto de su relato el General Urrutia daba cuenta de cómo Vives hubo de adivinar la emboscada que le preparaba el enemigo y así, continuaba diciendo: «No había presentado toda su fuerza el enemigo, y sospechó Vives por las operaciones, y aun tuvo noticias de que proyectaba atraer los nuestros a una emboscada, en virtud de la cual mandó a los dos Xefes de las columnas que suspendiesen el ataque hasta asegurarse del número de los contrarios: en efecto, habiendo pasado Albergoti, se encontró al instante con un grueso considerable oculto en un bosque y conseqüente a las órdenes que llevaba no empenó la acción. Bofarull por iguales noticias dexó de pasar el río y opuso al enemigo un fuego

vivo de artillería, acertadamente dirigido por el Teniente Coronel Don Alfredo de Forondarena, y el Teniente D. Manuel de Aranda. La vanguardia de Besalú, que constaba del Batallón de Voluntarios de Valencia, al mando del Sargento Mayor D. Lino Vicente, 500 Miqueletes de los tercios primero de Cataluña, Besalú, Tarragona y Mataró, mandados por el Coronel D. Manuel Desvalls, el Teniente Coronel D. Joachin Nouvillas, y el Sargento Mayor D. Francisco Dionisio de Vives, con 32 caballos, trabó un fuego sumamente vivo de fusilería, y su brillante ardor la empeñaba tanto sobre los enemigos que tal vez habrían logrado éstos su ardid, si conocido por Aragón no hubiese contenido sus tropas y obligándolas a repasar el río por Espinaresa, cuya maniobra sostuvieron los Miqueletes de Barcelona y Gerona, mandados por los Capitanes D. Juan Claró y D. Joseph Orozco, y las guerrillas que envió Bofarull que pasando los vados de la Palma y Juncarol, amenazaban cortar al enemigo siempre que adelantasen un paso de Costa Nasa. Entretanto se mantenía Vives en su posición con el cuerpo de reserva, que constaba del primer batallón de Guadalaxara, mandado por su Coronel el Brigadier D. Joseph Sentmanat, los de Nápoles por el Marqués Guallengo y 60 caballos de Borbón por D. Joseph Zubiria, hasta que cansado el enemigo de un fuego inútil y viendo frustrado sus designios, empezó su retirada, la qual persiguieron con partidas sueltas hasta más allá de Navata los Coroneles D. Felipe St. March, el Marqués de Cupigni y el Mayor de Calatrava D. Juan Joseph Sarden; asegurado entonces de haberse perdido de vista los enemigos, mandó Vives regresar las tropas, y las hizo retirar a sus campos. Conjetura este general por el activo fuego que hubo particularmente de artillería, que los enemigos perdieron más de 200 hombres, y lo comprueba el número de cadáveres que dexaron en el campo de batalla y multiplicados rastros de sangre que se observaron en él; la nuestra que apenas llegó a una tercera parte de este número, la verá V. E. en el estado que acompaña.»

Una vez más nuestro digno General en jefe daba a conocer que según la información de su subordinado el General Vives, éste hacía elogios muy merecidos de los jefes, oficiales y tropa que tiene bajo sus órdenes, afirmando categóricamente, que todos ellos, «obrarón con celo y valor».

«Por la parte de su izquierda, —seguía manifestando la carta de nuestro general, —presentaron los enemigos a nuestros puestos, fuerzas mas considerables que las dichas, tanto de infantería como de caballería y artillería; ocupando varios puntos desde las inmediaciones del vado de San Miguel de Fluviá hasta S. Pedro Pescador. Luego que fueron descubiertos por el fuego que hicieron sobre nuestras partidas avanzadas, hizo marchar el Brigadier D. Manuel de Aguirre a la Armentera dos piezas de artillería volante, dirigidas por el Capitán D. Joachin Cavaleri, dos esquadrones de húsares al mando de su Teniente Coronel D. Benito S. Juan, y el de Voluntarios de caballería al de su Sargento mayor Don Felipe Polanco: al vado de Barberalla acudió el Brigadier D. Juan Ordóñez con los voluntarios de la Corona, y parte del tercer esquadron de

Húsares mandado por su Comandante D. Joachin Romero : estableciéndose, a la izquierda de este punto, el Capitán D. Antonio Ibarra con otras dos piezas, y, a la derecha, con igual número el Teniente D. Hilario Goin; y al vado de Vilaroban, distante poco más de un cuarto de hora por la izquierda del anterior, el Mariscal de Campo D. Joseph de Iturrigaray con dos esquadrones del Rey y Santiago, habiendo dexado el de Carabineros de la Reina María Luisa, que mandaba su Sargento Mayor D. Joseph Vadolato, al frente de S. Miguel, protegiendo las grandes guardias de aquella parte, las quales con el esquadron ya dicho, y 89 Miqueletes del Tercio de Gerona a las órdenes del Teniente Coronel D. Manuel Viana, estaba todo a las del Brigadier de día D. Joseph de Perlasca. Llegado Iturrigaray a Vilaroban, vino a su encuentro Aguirre, y examinando ambos el objeto de los enemigos, observaron que un grueso de su caballería con 4 piezas de artillería volante perseguía nuestras guerrillas, y se encaminaba a Vilaroban; dispuso entonces Iturrigaray que el Brigadier D. Ignacio Guernica con el esquadron que mandaba de su regimiento del Rey, aumentado de alguna gente de Santiago, fuese a su encuentro en la parte opuesta del río, y los atacase, haciendo marchar para sostenerlo, al Coronel D. Manuel Macdonell con el de Santiago, y al Brigadier Ordóñez que había acudido a aquel punto con su primer batallón, dexando el segundo de Barberalla, y pasando asimismo Aguirre con solos 50 Húsares que se hallaban allí disponibles. Dirigióse Guernica a Sto. Tomás, adonde, sin esperar el choque, se habían retirado los franceses con su artillería; pero reconociendo la gran superioridad de número y su fuerte posición, asegurada con mucha infantería, desistió del ataque corriéndose hacia su derecha; a este tiempo seguía Macdonell con 164 caballos para unirse a los del Rey, quando se encontró con 120 hombres de infantería enemiga, que traía apoyados sus flancos por 150 caballos: no dudó un instante Macdonell el partido que debía tomar, y echándose impetuosamente sobre aquel destacamento, arrolló la caballería, y acuchilló a los d pie, de los quales sólo uno logró escapar. Creyeron entretanto los cnemigos que la separación de nuestros cuerpos de caballería era coyuntura que no debían desaprovechar, y cargaron a Guernica al momento de salir a un terreno que no sufría la regularidad de la formación, obligándole por su gran superioridad, y por razón de esta circunstancia a replegarse sobre el río: pero D. Juan Ordóñez con el batallón de su mando, les hizo oportunamente un fuego activo por el flanco, que los contuvo de modo, que rehecha la caballería, y unida a la infantería, pusieron en precipitada fuga al enemigo, que no se detuvo hasta Villacolum, habiendo recibido gravísimo daño. No pudo ver Aguirre con indiferencia que los enemigos se arrojaran sobre Guernica en momento tan crítico, y así aunque con 50 Húsares, como acostumbrado a vencer y hacerse siempre respetar, sin esfuerzo de sus cortas fuerzas, en aquel mismo teatro, siguió su ordinario impulso, y salió al encuentro a los enemigos para atacarlos sobre su movimiento; pero era tanta la desigualdad de número, que su tropa hubo de ceder tam-

bién, recibiendo Aguirre dos cuchilladas en este encuentro; tuvo gran riesgo de perder en él la vida; pero por fortuna el Cabo de su Regimiento Eusebio Chavero, que acababa de matar a un cazador francés, tría en la mano por despojo el fusil y la bayoneta de éste, y de un bayonetazo mató al Húsar que hería a su Coronel; tiró luego el fusil, y mató con la espada otro Húsar enemigo, que iba a descargar también contra Aguirre; y acompañado después por Ignacio Maceda para detener a los que perseguían a su Coronel, mientras Chavero lo retiraba herido. A este tiempo había dispuesto Iturrigaray que el segundo batallón de la Corona, conducido por su Sargento Mayor D. Francisco Soler y 34 Húsares que tenía consigo el Coronel D. Joachin Romero, pasasen el vado de Barberalla, y atacasen al enemigo, situado en aquella parte, para distraerle de su derecha, y evitar que, reuniéndose a la que estaba en acción, lograra tal vez envolver a Macdonell o a Ordóñez.»

«Executóse la orden con una intrepidez increíble y digna de tan distinguida tropa; pasó el Batallón de la Corona en muy corta fuerza por razón de tener varias partidas destacadas, sosteniéndole los 34 Húsares de Romero, y se encontró, desde luego, envuelto por un terrible fuego de más de 2.000 hombres de infantería, que estaban ocultos entre árboles y parapetos detrás de vallados, por un fuego no menos activo de artillería ligera y de varias piezas de mayor calibre apostadas a más distancia; y un cuerpo de caballería a la vista bastante próximo; nada de esto fué capaz de intimidar a nuestra bizarra tropa; mandó Soler que rompiesen el fuego tres compañías, y lo sostuvieron por espacio de una hora, llegando a desalojar a las tropas enemigas que ocupaban uno de aquellos atrincheramientos naturales; las otras dos compañías, también a pecho descubierto y en la más exacta formación, se mantuvieron con las armas al hombro sin disparar un solo tiro, siendo tal vez esta serenidad, de la que se contarán muy raros ejemplares, la que impuso más respeto al enemigo. Quando conoció Soler que había llegado el objeto de su movimiento, creyó preciso volver a ocupar su primera posición para preservar aquella valerosa gente de un fuego que la iba aniquilando; emprendió, pues, su marcha, y pasó el río con el mismo orden que pudiera hacerlo en una parada, dexando a retaguardia, para asegurar la operación, al Capitán de Tiradores D. Joseph Fauber, y el primer Teniente D. Enrique O'Donell, mandando una pequeña partida cada uno, sin que el enemigo, a pesar de tan enorme superioridad, se atreviese a salir un paso de sus parapetos, olvidado de aquella confianza y altivez con que otras veces ha solido obrar. No es menos digna de elogio y de imitación la conducta de D. Juan Ordóñez, que después de haber contenido la caballería francesa con su Batallón, y cooperado a batirla y ponerla en fuga, marchó con buena formación de batalla hacia Torruella, donde veía el empeño de su segundo Batallón; no se atrevieron los enemigos a atacarle, y quisieron desordenarle con un incessante fuego de artillería a metralla; pero lo despreció aquella tropa tan animosamente que no hubo un soldado que hiciese demostración

de baxar la cabeza, ni que retardase el paso al ver caer sus compañeros. Antes de llegar a Torruellas, vió Ordóñez que repasaba el río el segundo Batallón, y faltando el objeto de su expedición, lo executó igualmente por su parte con la misma formalidad que había marchado hasta allí. Don Benito S. Juan, que, con los esquadrones primero y segundo de Húsares y de Voluntarios, y dos piezas de artillería, había tenido orden positiva de conservar y defender el paso de Armentera, después de haber sufrido el fuego del enemigo por algunas horas, y alejado sus partidas con el de nuestro obús, observando que las demás tropas se hallaban a la otra margen del río, se preparaba también a vadearle para amenazar la espalda del enemigo; pero avisado de que fuese con todas sus fuerzas a Vilaroban, encontró, al pasar por Barberalla, que regresaban ya las tropas después de su gloriosa acción, y así ocupó la orilla del río en observación de los enemigos, sufriendo su mucho fuego de fusilería, de cañón y obús; y permaneció en el mismo paraje el resto de aquel día y parte de la noche, por si acaso los enemigos renovaban un empeño que tan caro les había costado. Durante lo más vivo de la acción fué avisado de ella Perlasca, quien, por medio de su acertada situación, había contenido al enemigo, apostado con fuerza considerable en la ermita de S. Sebastián, a costa de sufrir el fuego de su artillería; y en consecuencia marchó con el esquadron de Carabineros de María Luisa, haciendo la mayor diligencia para llegar a tiempo de completar la victoria; pero antes de que llegase regresaba ya Viana, que había ido a vanguardia con sus Miqueletes y 40 caballos, avisando que todo estaba concluído.»

Nuevamente, nuestro General tenía que poner de manifiesto la excelente conducta de las tropas combatientes: «Este simple relato —manifestaba— debe ser elogio suficiente de cuantos tuvieron parte en la función, habiendo sido tan igual el valor y entusiasmo con que obraron todos los oficiales y tropa, según noticias que me han pasado los xefes, que sería menester insertar listas íntegras de todos los individuos de los cuerpos, o quedarían justamente agraviados aquellos de que no se hiciese mención, nombrándose algunos con particularidad.»

La intervención particularísima del propio General en Jefe, ante el carácter que revestía la lucha, no puede ser más clara y definida en el contenido de su relato oficial: «Al primer aviso de que se habían avistado enemigos en Pontos y posiciones inmediatas, me dirigí al Colls de Oriols, y ya desde el camino, oí el fuego a derecha e izquierda, que me puso en bastante cuidado. No se notaba movimiento alguno de ataque en los enemigos, situados al frente de Báscara en las posiciones ya dichas, ni era posible asegurarse de su fuerza, porque la ocultaban en los bosques; pero esta misma inmovilidad aumentó mi cuidado, imaginando que el intento del enemigo podía ser, cargar con esfuerzo las dos alas, esperando en romperlas antes que pudiesen ser socorridos. Para frustrar, pues, sus proyectos, suponiendo que fuesen reales resolví atacar por el centro; hice, desde luego, que pasase la vanguardia el río

por el puente de Báscara, y seguidamente pasó también la División del Mariscal de Campo D. Gregorio de la Cuesta; la vanguardia mandada por los Mariscales de Campo D. Ildefonso Arias de Saavedra y el Marqués de la Romana, había de atacar el arruinado castillo de Pontos, en una altura aislada y muy escarpada, ocupada por los enemigos, cuyo intento se había de penetrar por su grado de empeño en sostenerlo; y Cuesta, iba destinado a proteger o coadyuvar al propio ataque, debiendo, en el caso de encontrar débil resistencia, ocupar las alturas de la derecha, y amenazar con su movimiento a las tropas que atacaban la parte de Ventalló. Dirigióse Romana por las alturas de la izquierda para caer sobre el pueblo de Pontos, casi a espaldas del Castillo, con el Batallón del General, mitad del primero de Barcelona, y el de Navarra; éste le mandaba su Coronel D. Diego Pereyra, el primero su Comandante D. Roque Abarca, y la tropa de Barcelona, el Coronel D. Antonio Miralles. Siguieron la marcha en dirección recta con el General Arias, el cuerpo franco de D. Pedro Echevarría, la otra mitad de voluntarios de Barcelona, mandada por el Sargento Mayor D. Joseph Desvalls, y el Regimiento de la Reina, por su Coronel el Brigadier D. Pedro Rodríguez de la Buria; y quedó de reserva el de Mallorca, mandado por su Teniente Coronel, el Brigadier D. Juan Joseph de S. Juan, protegiendo dos cañones que dirigía el Capitán Don Luis Babelón, colocados tan oportunamente para sostener el primer avance, como para la retirada si se hiciese necesaria. Empezaron el ataque por la falda de poniente las tropas de Echevarría con el bizarro ímpetu que es capaz de inspirar el exemplo de su jefe, cuyo valor no ha encontrado jamás obstáculos que le detengan; por lo meridional lo executó también con el mayor arrojo Miralles, a la cabeza de dos compañías de su cuerpo, sosteniendo a unos y otros Arias con el Regimiento de la Reyna, a excepción de dos compañías que también hizo avanzar como tropas ligeras. Romana, después de haber hecho con rapidez la marcha que queda indicada, atacó la parte del Norte, executándolo Barcelona y Batallón del General, al paso que sostenía Navarra; de modo que los enemigos, aunque numerosos, a pesar de su posición casi inaccesible, defendida por bosques, barrancos y malezas, y del abrigo que les presentaban las viejas murallas y las casas, tuvieron que ceder a la bizarría y denuedo de nuestras tropas. Apenas había entrado parte de ésta en el castillo, quando reforzados los contrarios por un crecido número que vino a su socorro desde la ermita del Angel, trataron de recobrar el puesto, trabándose de nuevo la acción con el mayor calor. Entretanto el Mariscal de Campo Cuesta, había conducido su división al pueblo de Armadas, cuyas alturas forman cadena con las de la ermita de Pontos, interrumpidas por la garganta donde pasa el camino real; todas ellas formaban la línea enemiga, habiendo establecido en una de las más próximas un obús de a 6 y un cañón de a 4, y en otra inmediata al Angel un cañón de 8 m. y otro obús de a 6. Llevaba la vanguardia el Batallón de Granaderos de Andalucía, mandado por el Teniente Coronel D. Ti-

burcio Carcelen; siguiendo con Cuesta los Cazadores de Andalucía y Regimiento de Valencia, que mandaba su Coronel el Brigadier Conde de St. Genois; y dirigiéndose por la derecha de Armadas sobre el flanco izquierdo de los enemigos el Brigadier Conde del Donadio con la división de Castilla la Nueva. El Batallón de Ordenes Militares, conducido por su Teniente Coronel el Coronel graduado D. Antonio Deza, fué destacado de la columna de Cuesta, de que hacía parte y dirigido por el camino real, y el de Burgos que mandaba el Capitán D. Manuel Arce, quedó primeramente colocado en el llano para proteger la artillería, que por lo escabroso y cubierto del terreno no podía seguir la marcha de las tropas, y después se incorporó con Ordenes, precediendo a éstos dos el Regimiento de Málaga, mandado por su Coronel el Brigadier D. Diego de Córdoba, que se había desprendido del cuerpo de vanguardia para marchar también por el centro. El esfuerzo combinado de todas estas tropas superó toda la resistencia de los enemigos, atónitos ya desde que vieron a nuestras columnas avanzar con el mayor desahogo, despreciando el fuego de su artillería; Carcelen, con sus Granaderos, arrojó inmediatamente a los franceses de Armadas, poniéndolos en la más desordenada fuga, y los persiguió hasta dar vista a sus campos atrincherados entre las plazas de Figueras y Rosas, donde entraron con el mayor desorden habiendo perdido su artillería. Las tropas de Arias y Romana, completaron su acción de Pontos, avanzaron después al Angel y puntos circunvecinos, y persiguieron a los contrarios casi hasta Borrassa, habiendo concurrido muy esencialmente a decidir la victoria el brillante modo con que el Regimiento de Málaga subió una loma que, por su oblicuidad respecto de la línea, servía de flanco a la posición del Angel; tenían en ella los contrarios dos piezas de artillería, y defendían aquel punto con la mayor tenacidad, pero voló Málaga sin disparar un tiro, y al toque de caxas, a posesionarse de la altura, sin hacer caso alguno del fuego de fusilería y metralla; tuvo una parte muy distinguida en este ataque el Capitán D. Pedro Echevarría, que concurrió a él con alguno de los suyos, conduciéndole su notorio ardor a la gloria de ser el primero que llegó a apoderarse del obús que tenían en aquel punto, matando al artillero que iba a darle fuego; habían intentado retirar el cañón que igualmente hacía fuego desde el mismo paraje, pero la precipitación de su fuga se lo hizo abandonar en el barranco. Dexaron en nuestras manos, además de sus quatro piezas de artillería, los carros de municiones, 14 de pan y otros víveres, 32 mulas, sus ranchos puestos, y otra multitud de despojos, como fusiles, mochilas, mantas, camillas de heridos, y aún caxas de cirugía; pero nada de esto llamó la atención del soldado, ínterin seguía la derrota, ocupado solamente de completar sus glorias.»

El éxito alcanzado no correspondía únicamente a las fuerzas que acaban de indicarse. Otras habían cooperado a él: «A las columnas de ataque—seguía exponiendo el General Urrutia—acompañaron con utilidad las guerrillas de los Regimientos de España, Algarbe, Villaviciosa,

Almansa y Numancia, mandadas por D. Joseph Portocarrero, D. Manuel Samaniego, D. Juan Davadié, D. Manuel González, D. Joachin Campuzano. El grueso de la caballería de vanguardia, compuesto de los Regimientos nombrados, y mandados por los Brigadieres D. Luis Idiaquez, D. Fernando Cagigal, D. Joseph Luis Miñano y D. Ramón de Alós, y el Teniente Coronel D. Pedro Juncos, todo a las órdenes del Mariscal de Campo Conde St. Hilaire, se mantuvo de cuerpo de reserva en el llano, adelantándose después Algarbe solo en busca de la caballería enemiga, cuyo encuentro se le frustró por su propia fuga; los Batallones de Burgos y Ordenes, formaron en batalla dando su derecha al camino real, mientras Málaga atacaba para sostenerlo, y después continuaron la marcha por el mismo camino de Figueras, sosteniendo a las partidas y cuerpos que perseguían a los fugitivos. D. Francisco Taranco, con Granada, Hibernia, Extremadura y Chinchilla, tomó la posesión del Angel para apoyo de los que iban sobre el enemigo; y la Brigada de Carabineros Reales, después de haberse mantenido también en reserva, avanzó por el camino para ser un abrigo más inmediato de las tropas del ataque; el Batallón de Ceuta quedó en Calabuch, sosteniendo a la artillería situada en aquel punto; la División de D. Antonio Cornel, marchó a Peret, donde estuvo pronta a cargar las tropas enemigas que pudieran dirigirse contra nuestro flanco izquierdo; la caballería del Mando del Mariscal de Campo D. Joseph Moncada, estuvo de reserva en el llano de Báscara, y las tropas auxiliares portuguesas quedaron situadas en Fallinas para acudir a la acción en caso necesario, habiendo venido a presenciarse en el campo de batalla su General en Jefe D. Juan de Forbes, con todo su estado mayor.»

La presencia de nuestro General en el campo mismo de la acción y las circunstancias que le mueven a dar por terminada la empresa de aquel día disponiendo la retirada de sus tropas, quedan perfectamente marcadas en la información oficial, y así dice: «Desde luego que yo vi empezada la función, pasé también el río y me encaminé al terreno en que se combatía para estar en proporción de dar mis disposiciones con más prontitud y facilidad, acompañándome los dos Mayores Generales D. Pedro Mendinueta y D. Diego Godoy, el Comandante de Artillería Don Joseph Autran y mis Ayudantes de Campo, quando ví, no sólo desalojados sino perseguidos a los enemigos hasta cerca de sus campos, atendiendo a la mucha fatiga del soldado en aquel día, considerando que el abrigo de la plaza de San Fernando y Monte de Aviñonet, que los enemigos tenían a su espalda no permiten aventurarse incautamente, y por razón de una lluvia que sobrevino, que además de molestar había de impedir necesariamente el uso de las armas de fuego, mandé detener a los nuestros a pesar del espíritu que los inflamaba, y después de retirada la artillería que se había tomado, recogidos los despojos, y descansadas algún tanto las tropas sin que se viesen ya enemigos por parte alguna, dispuse que hiciese el ejército su retirada con la mayor formalidad, sosteniendo unos Cuerpos la marcha de los otros, y volví entonces

a Báscara para esperar el regreso de todos. Ya lo habían verificado varios, y seguían otros la marcha protegidos por el Cuerpo de vanguardia, quando se dexaron ver algunos Cazadores y Húsares enemigos; habían éstos adelantado de nuevo quantas tropas estuvieron de reserva por la mañana, abocaron al centro las que habían sostenido las acciones de derecha y de izquierda, y rehicieron en sus campos las que acababan de ser derrotadas, de modo que reunidas todas sus fuerzas, y marchando precipitadamente con ellas, se lisonjeaban de envolver y destruir las que llevaban nuestra retaguardia antes que pudiesen ser socorridas, pero sólo consiguieron hacer resaltar mejor la intrepidez, firmeza y disciplina de nuestras tropas, y bizarría y pundonor de los Oficiales, la serenidad, actividad y pericia de los Generales.»

El propósito del General Augereau de remediar el fracaso del ejército republicano está señalado con toda precisión como puede verse. Y la inutilidad de tal propósito lo es también sin atenuación alguna. Todo el proceso bélico a que da lugar la reacción enemiga, es de este modo descrito: «Al tiempo que empezándose a descubrir los enemigos, hizo alto el Mariscal de Campo Cuesta, se le unió el de la misma clase don Joseph Moncada, que no habiendo tenido ocasión de ser empleado, quiso presenciar las operaciones del día; ofrecióse Moncada a reconocer los enemigos, y adelantándose a buscarlos, vió que el mayor grueso de ellos se dirigía hacia nuestra derecha; marchó Cuesta a su encuentro inmediatamente con el Batallón de Andalucía, y dos piezas de campaña mandadas por el Teniente graduado de Capitán don Juan Frell, y situándolas ventajosamente en una loma; con el fuego de éstas y el de fusil, rechazó briosamente al enemigo; mudó éste entonces la dirección corriendo más a nuestra derecha mediante un largo rodeo; para oponerse a este movimiento del enemigo, dispuso Cuesta que le saliera al encuentro el Regimiento de Málaga, y sucesivamente llegaron las compañías de Granaderos de Hibernia y Extremadura, mandadas por el Coronel don Diego Petit, y el Regimiento de Granada por su Teniente Coronel don Francisco Bordesí, cuyos Cuerpos reunidos, y ayudando las dos piezas de artillería que dirigía Babelón, lo rechazaron con la mayor bizarría, obligándole a huir precipitadamente hacia el bosque, por el qual se internaron, con tan sobrado ardor las partidas de tiradores, que fué necesario repetir el toque de llamada para contenerlos. No había pasado mucho rato quando se notó que, con mayores fuerzas y más aceleración, marchaban diferentes columnas por los bosques hacia nuestra derecha, no abandonando nunca el designio de cargar a Cuesta por su flanco, y al mismo tiempo atacaron a Moncada, y fueron rechazados vivamente por los Batallones de Granaderos de Andalucía y Castilla, y el Regimiento de Infantería de Valencia; tuvo este último que pasar a la altura de Armadas, y fué cargado allí con tal ímpetu, que hubiera tal vez sido arrollado a no ser por los Cazadores de Andalucía, que mandados por el Teniente Coronel don Antonio Begines, y puesto a su cabeza el mismo Cuesta acudió al socorro, y con un fuego formida-

ble contuvo al enemigo, ayudando mucho una partida de Carabineros Reales que se presentó por un claro amenazando la espalda del enemigo. Unidos entonces Cazadores y Valencia, atacaron con tal denuedo, que batieron completamente al enemigo, aumentando su turbación y su derrota el militar movimiento de don Francisco Taranco, que con una columna compuesta del segundo Batallón de Extremadura, mandado por su Teniente Coronel don Manuel de Aguilar y Ribon, uno de Hibernia y el principal de Chinchilla, a las órdenes del Coronel don Bartolomé Amorós, marchó rápidamente al flanco izquierdo enemigo siguiendo la cresta de las alturas; ocasión en que 100 hombres de la Reyna, que conducía el Capitán don Juan de Zayas, avanzados por aquella parte, empuñaron bizarramente un fuego muy oportuno.»

«Mientras trabajaba Cuesta por la derecha hermanando con lo sabio de sus rápidas y oportunas maniobras el brillo de la intrepidez y presencia de espíritu, no habían sido ociosos espectadores, ni habían trabajado con menos distinción los Mariscales de Campo Arias y Romana, colocados con sus tropas en la ermita de Pontos, cargaron allí también los enemigos al mismo tiempo que hacían esfuerzos por la derecha, pero también rechazados, batidos y perseguidos por el Batallón del General, cuerpo franco de Echevarría, Batallón de Barcelona, Compañía de Granaderos de Valencia, que mandaba don Vicente Muesas, y Tiradores de Reyna y Navarra, sosteniendo la acción estos dos Cuerpos. Conseguida pues esta segunda victoria, abatiendo y humillando el orgullo de los enemigos que venían llenos de confianza a rescatar su artillería, y lavar la afrenta de su derrota, se empezó la retirada al ponerse el sol, conservando varias posiciones para proteger las tropas que a medida que habían ido llegando, habían formado una segunda línea, a saber, España, que iba mandado por su Comandante don Joseph Amar, Soria, por su Teniente Coronel Conde de Orgaz; Córdoba, por el Capitán graduado de Teniente Coronel, don Santiago de Vargas, Suizos de San Gall, por su Comandante el Brigadier don Cristóbal Rutiman, Burgos y Ordenes. La brigada de Carabineros conservó su posición hasta que hubieron desfilado todas las tropas, habiendo ocupado los terrenos más oportunos para cargar al enemigo si hubiese penetrado por cualquier punto, y la División de Dragones adelantó en columna por el camino real hasta igualarse con las tropas de Pontos y Armadas para destacar partidas o auxiliar las operaciones en el modo que las circunstancias permitiesen. En el llano de Bascara se mantuvo de reserva la Brigada de Sevilla, compuesta de este Cuerpo, Murcia, Irlanda y Voluntarios de Castilla, a las órdenes del Mariscal de Campo Cornel; en Orriols, las tropas portuguesas y algunos de caballería a las órdenes del Marqués de Apehier en el vado de Arens, para amenazar al enemigo por la espalda si hubiese sido más perezoso o tenaz en mantener aquel puesto de su izquierda que se presenta menos frágil; lo quebrado y cubierto de bosques de todo el campo de batalla en general y de los caminos de retirada del enemigo, le salvó del inmenso destrozo que en el estado de desorden

en que se hallaban ya sus tropas, hubiera hecho la caballería si el local permitiese las operaciones de ésta; un Oficial y 18 soldados que se hicieron prisioneros, y todos los desertores que han pasado desde aquel día están presentes en el enfado de los Xefes enemigos, terror de las tropas y considerable pérdida que tuvieron exagerándola muchos de ellos, hasta unos términos que no me han parecido creíbles. Puedo ase- tropas y considerable pérdida que tuvieron exagerándola muchos de valor y buena voluntad; cada Cuerpo era un modelo de buen orden y de disciplina, y cada particular de intrepidez y de arrojo. Los Generales y aún los Xefes de Cuerpo que mandaron en los tres puntos, dignos todos de la consideración de S. M., se condujeron con el mayor acierto, y todos añadieron a sus prudentes disposiciones el exemplo, que es el que verdaderamente inflama, debiendo lisonjearlos tanto como la gloria misma del vencimiento, el ver la disciplina y orden que observaron las tropas, fruto de los desvelos con que durante todo el invierno se han dedicado a organizarlas. El Quartel Maestre don Gonzalo O'Farrell, asistió a la acción por mañana y tarde; y teniendo acordado conmigo el plan de operaciones para los diferentes casos que pudiesen ocurrir, disponía las tropas y distribuía las órdenes necesarias donde yo no estaba, con la serenidad, madurez y cálculo militar que tan unánimemente le conceden quantos militares sensatos le conocen; y quando creyó, por la mañana, que un ataque impetuoso contra la altura de la artillería que hacía flanco a Pontos, podía ser movimiento decisivo, no se contentó con mandarlo y verlo executar, sino que se puso a la cabeza del Regimiento de Málaga, uniendo a su persuasión este brillante exemplo que tan útiles consecuencias produjo. Es imposible mencionar la multitud de Oficiales particulares e individuos de otras clases que tienen derecho a que se recompense el mérito que contraxeron, pues tal vez no habrá uno que dexe de estar en el caso; sin embargo, haré presente al Rey el servicio particular que cada uno haya hecho, aunque deba a un incidente la fortuna de haberlo contraído; y los recomiendo todos a la piedad de S. M. a quien puede V. E. asegurar que la pérdida de 2.500 a 3.000 hombres que se ha causado al enemigo, es ventaja de poco momento comparada con la confianza y energía que ha dado esta victoria al ejército que tengo la honra de mandar.»

Datos sobre las bajas sufridas

Como era de rigor, a continuación la carta daba cuenta de que por los estados recibidos resultaban haber tenido los nuestros 99 muertos, 317 heridos, 67 contusos y 10 prisioneros, entre la tropa y entre los Oficiales, 9 muertos, 29 heridos, 13 contusos y 2 prisioneros. Seguidamente figuraban los nombres de todos ellos.

Respecto de estas cifras Fervel asegura que, en fin de cuentas 12.000 de los incomparables soldados franceses que habían tomado parte en

la batalla, habían hecho recular a 25.000 españoles, no costándoles más bajas que las de 85 muertos y 297 heridos, en tanto que ellos nos habían causado entre muertos y heridos de 1.000 a 1.200 hombres, de ellos, treinta oficiales. No creemos necesario, por el momento, hacer comentario alguno respecto de la veracidad de estos datos estadísticos y mucho menos de la afirmación de que tan corto número de combatientes franceses pudieran haber contenido a tan crecido número de soldados españoles.

Juicio crítico de la batalla del Fluviá.—
Opinión de Fervel

Respecto del juicio crítico que pueda merecer la batalla del Fluviá, sin duda alguna basta traer de nuevo a la memoria el relato que acabamos de hacer de la misma para que, recogiendo los trazos principales, queden marcados los aciertos y los defectos del mando en uno y otro ejército combatiente, y el carácter adverso o favorable, de las tropas que tomaron parte en la batalla.

Tratando de los resultados de la jornada, Fervel, después de declarar que : «a la caída del día, a las ocho horas, ambos ejércitos retornaban a sus campos, uno de ellos con los despojos de la artillería abandonada por ellos en los barrancos de Pontos, el otro con 300 carros de trigo y algunos ganados, *trofeos dudosos, caro botín de una victoria que cada partido se atribuía*», enjuicia tales resultados de la siguiente manera : «Por lo menos a cada uno le correspondía su parte de gloria. Pues si Schérer, para reparar una imprudencia, había dispuesto de su reserva con oportunidad y habilidad ; si Augereau, demostrando que poseía, como se le reconocía, una ardiente iniciativa, había coronado su reputación ; si Bon, rechazando con sus 1.500 Cazadores una línea de 5.000 hombres, había llevado a cabo el más brillante hecho de armas de la campaña, *también los españoles podían estar orgullosos de la jornada* ; su caballería se había sobrepasado en Torruella ; sus divisiones del centro no habían dado jamás una prueba de mayor vigor y acción de conjunto, y, a su General en Jefe, para que su acertado movimiento sobre Pontos hubiese triunfado, no le hubiese sido preciso otra cosa que contar con otros adversarios. Mas, para desgracia suya, Urrutia tuvo que habérselas con tropas formadas en una escuela de tres años de privaciones inusitadas y de perpetuos combates, escuela en la que los rudos alumnos habían de constituir el conjunto escogido del más admirable ejército de los tiempos modernos, del ejército de Italia.» Y esto, así dicho, el historiador militar indica cómo Napoleón en sus memorias (Campañas de Italia) cita varias veces, como las más sólidas, las tropas que habían hecho la guerra de los Pirineos orientales.

El parecer de Jomini.—Se rebaten sus argumentos desfavorables para la actuación de nuestro alto mando

Menos dispuesto en favor nuestro, Jomini, hace observar cómo «el dispositivo francés para esta operación fué absolutamente el mismo que para el combate del 24 de abril». Augereau, recibió orden de pasar el río frente a Puig de las Forcas, cerca de Besalú; la división Sauret en el vado de San Pedro Pescador; mientras que el centro del ejército al mando del General en Jefe vendría a establecerse sobre las alturas de Pontos y de Armadas, a fin de tener en jaque el centro de los españoles durante el forraje y de poder también, según las circunstancias, efectuar el paso del Fluviá frente a Bâscara, o sostener la retirada del ala que se juzgase más eficaz.

Reconoce el historiador de que tratamos que todas las disposiciones tomadas por nuestro General en Jefe ante la presencia del enemigo, fueron ejecutadas en conjunto y con celeridad, trastornando en parte el plan de Schérer». Su plan de combate respondía perfectamente al concebido por el francés. «Urrutia—expone textualmente—advertido de los grandes movimientos que se operaban en el ejército francés, presumió que iba a ser atacado en toda la línea. A fin de enmascarar su izquierda y de retardar el avance de la división de Augereau, hizo ocupar el desfiladero de Portell, por donde debía desembocar sobre Besalú; después estableció, a todo evento, una batería de grueso calibre sobre las alturas de Esponella, para molestar el paso del Fluviá». Tranquilizado así sobre este punto, destacó su ala izquierda mandada por el General Vives, al encuentro de la que avanzaba por los caminos de Arenys y de Figueras; tuvo la vanguardia y el centro en reserva al pie del desfiladero de Orriols, y ordenó al General Iturrigaray manio- brar con el ala derecha, para impedir a la columna de Sauret tomar pie sobre el Fluviá.

Y no era aventurada la afirmación de que todas estas disposiciones habían trastornado el plan de Schérer al ser debidamente ejecutadas: «Augereau, advertido en el desfiladero del Portell, fué obligado a echarse al camino de Figueras a Bâscara, ya obstruido por la columna del General en Jefe, lo que retardó la marcha de los dos y dió tiempo a Vives para pasar el Fluviá y llegar a su encuentro». Ahora bien, «este General, imposibilitado, sin embargo, de resistir a fuerzas superiores, debió de replegarse pronto.»

Y es, en este momento, en el que, a juicio de Jomini, se manifiesta el error de nuestro General en Jefe: «Viendo volver así las tropas de Vives—comentó al efecto—Urrutia juzgó que el principal objetivo se había vuelto contra su centro, y que él, no podría defender el paso del Fluviá, si dejaba a los republicanos establecerse sobre las alturas de Pontos. Lejos de persistir en su papel defensivo y de atraer a los franceses

a su terreno, destacó en apoyo de Vives, no solamente toda su vanguardia, sino también la división de Cuesta, prescribiéndole expulsar a los franceses de sus posiciones que, a la verdad, les hacía dueños del curso del río, pero no aseguraban su establecimiento en el llano de la orilla izquierda.»

«Esta equivocación de nuestro General desconcierta su plan de batalla y es causa de la indecisión de su resultado. Las anteriores disposiciones tomadas por Urrutia, y, el propósito final de las mismas, no pueden realizarse tal como era su deseo». Que las tropas españolas al desembocar en seguida del puente de Báscara y dirigirse sobre Pontos, que los Generales Arias y la Romana atacaban de acuerdo y toman a la división Augereau, mientras que el General Cuesta se dirige sobre Armadas, representaba un verdadero peligro para la derecha francesa, tiene que ser reconocido por el historiador que nos ocupa. Schérer, salvó la amenaza dejando una brigada para cubrir este puesto importante y después de hacer lo mismo con otra para vigilar la derecha, encaminóse en columna en socorro de su lugarteniente. Esta maniobra, detuvo a la caballería del conde de Saint Hilaire, que perseguía ardorosamente a la infantería francesa en el camino de Figueras, permitiendo a Augereau reunirla. Los republicanos vuelven en seguida de acuerdo sobre Pontos y lo toman después de un combate muy porfiado, alcanzado este éxito Schérer encarga a su lugarteniente perseguir a Arias y la Romana hasta el Fluviá; atraviesa él mismo por segunda vez el camino de Figueras, deja la cima de las alturas de Armadas que bordean la derecha y llega a este pueblo en el momento en que Cuesta estaba a punto de desalojar a la Brigada francesa. Este brusco cambio indica a éste la retirada de la vanguardia que había dejado a su izquierda, no juzga prudente redoblar sus esfuerzos y se repliega sobre Báscara donde vuelve a pasar el río en buen orden.

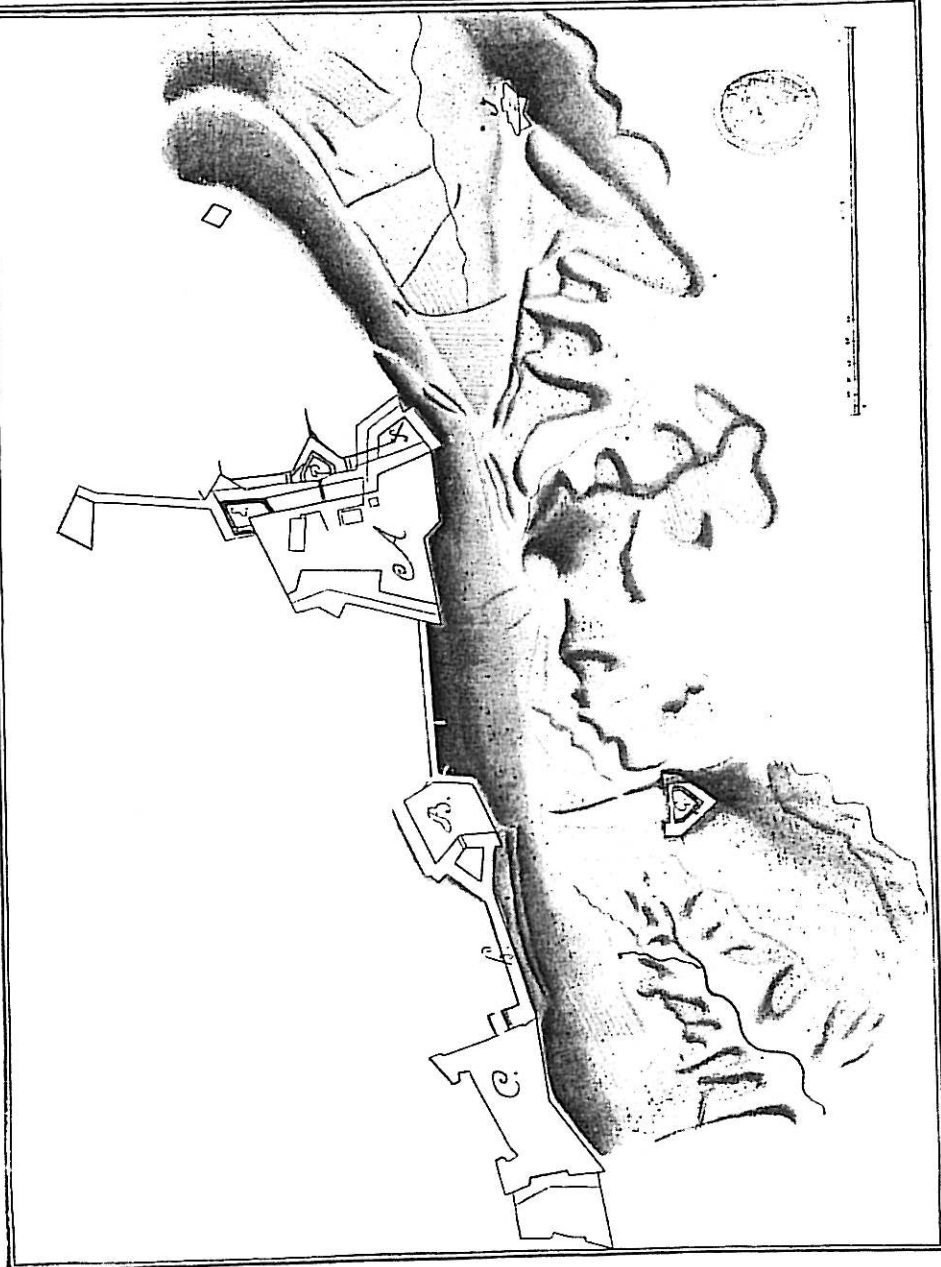
No obstante tener que reconocerlo así Jomini, lo cual supone dar por cierto que nuestro ejército no estaba vencido cuando tan ordenadamente llevaba a cabo su repliegue y retirada a juicio suyo, Urrutia, desconcertado así en sus proyectos, viendo venir a su subordinado de las alturas de Pontos y Armadas, cubiertas de tropas francesas, creyó, desde luego, que su adversario iba a forzar el paso del Fluviá para librarle batalla sobre la orilla derecha y tomó las disposiciones convenientes para aceptarla; pero transcurridas varias horas en un vano cañoneo, sospechó entonces que el ataque del centro no era más que una demostración y que debía llevar socorros a su derecha, al anunciarle el General Iturrigaray que se encontraba en situación apremiante.

Recordaremos, en efecto, que el General Sauret, había hecho pasar el río por el vado de Villarosa, a su vanguardia; teniendo en jaque a toda nuestra ala, en tanto que el forraje se efectuaba. Cuando el refuerzo de caballería llegó, Iturrigaray, dispuso pasase sucesivamente a la orilla izquierda con orden de maniobrar para inquietar la retaguardia del General Sauret; pero las masas republicanas, inabordables

*Plano de los
Fuertes Del
condestable
S^{te} Anna y -
Capuchinos -
con su projeto*

- A. condestable
B. S^{te} Anna
C. Capuchinos
D. Luneta proyectada
E. Alacate proyecta
F. Contagardia
hecha q^{ue} es menester
deribar
G. Redoutto p^{ro}jetado
para cubrir todo
esta ataque
H. Communication
de S^{te} Anna a los
capuchinos qui
es engerada la
qual es menester
acabar*

S^{te} Forte del Calverio



a juicio del historiador, rehusaron con calma las cargas parciales y deshilvanadas (sic) de los escuadrones castellanos en circunstancias tales que varios que se habían lanzado sobre Villamacolun no debieron su salvación más que a la protección de la artillería de grueso calibre que habíamos apostado sobre la derecha del Fluviá. Bien que el combate vino a ser entonces más vivo, Sauret, por sus buenas disposiciones puso su convoy al abrigo y trajo a sus campos más de 300 carros de grano y numerosos rebaños, *trofeos menos gloriosos que útiles de una acción tímida* que sólo la penuria había inspirado y movido.

Y si en todo esto que acabamos de exponer pudiera haber un defecto de apreciación y de justeza a la realidad, es en lo que vamos a exponer, en donde, a nuestro juicio, se manifiesta menos acertada la apreciación de Jomini: «Como ocurre casi siempre en los combates indecisos, las dos partes se atribuyeron la victoria, y en esto Schérer se engañaba menos que el conde Urrutia, porque él mostró justeza en el golpe de vista y maniobró bien. El General español en lugar de dejar la bonita posición de Oriols a una legua detrás del Fluviá, hubiera debido hacer todos sus esfuerzos para atraer allí a su adversario y librarle batalla en el valle, el río a la espalda.»

Todos estos conceptos necesitan ser suficientemente enjuiciados. Que las cargas de nuestra caballería fuesen parciales, podría ser muy bien motivado por las circunstancias mismas, pero el que fuesen deshilvanadas no resulta ya tan verídico desde el momento mismo en que Fervel apunta: «cómo ésta se había excedido en el cumplimiento de su deber. (Leur cavallere s'était surpassé a Torruella)». Y respecto al hecho de que Urrutia se dispusiese a traer a las inmediaciones de la posición del Coll de Oriols a las tropas enemigas, es algo que desde luego sobrepasa los límites de la posibilidad, porque atraerlas engañadas a tal sitio era cosa, en aquella ocasión, para ser imaginada, pero no para ser puesta en ejecución. La ofensiva correspondía de lleno a la iniciativa francesa. Su propósito, al decir de los informes enemigos, no era otro que el del reconocimiento o requisa (según sabemos). No era presumible, por lo tanto, se prestase a entablar un duelo que se iniciaba bajo no muy favorables auspicios para los hijos de la Revolución. No cabía aventura ni exceso alguno por parte de los republicanos dada su precaria situación y la resistencia y buen espíritu de que comenzaban a dar buena prueba las tropas españolas. Por propia experiencia sabían que, luchar contra los españoles, es enfrentarse con lo imprevisto y lo inesperado. Y precisamente por tratarse de combatientes victoriosos hasta aquel entonces y en desesperado estado de ánimo, no era muy prudente, por parte de nuestro General, llevarlos a un extremo, que del mismo modo podía dar lugar a una derrota completa que a una reacción poderosa a vida o muerte.

No podemos, por consiguiente, aceptar en su sentido absoluto las afirmaciones del historiador a que nos referimos por muy competente y renombrado que sea. Afirmar que en esto de atribuirse los dos adver-

sarios la victoria («Schérer, se engañaba menos que el General Urrutia, porque aquél había mostado justeza en el golpe de vista y maniobró bien»); es, sin duda alguna, no estimar, ni en su conjunto, ni en sus detalles, las características del desarrollo general de la acción. Por muy bien que estuviese en sus apreciaciones y en sus providencias el General francés, sería una injusticia o una falta de percepción el negárselo al ilustre General Urrutia, que, en todo momento, hubo de darse cuenta de las vicisitudes de la lucha y no descuidó ocasión ni motivo alguno para concebir y ordenar los movimientos y actitudes convenientes.

El Conde de Clonard enjuicia serena y desapasionadamente las decisiones tomadas por los Generales de uno y otro ejército beligerante y la actuación de las tropas

«Ya en su concepción inicial, los franceses—como lo pone de manifiesto el Conde de Clonard—, no anduvieron muy acertados». Es indudable que cualquiera que fuese el objetivo principal de la operación, ellos se resolvieron a hacer un esfuerzo extraordinario, no ya para penetrar el centro de nuestra línea, sino para dislocar las alas. «Esta concepción, ni era más feliz ni más realizable que las anteriores, y aún podía ser mucho más funesta. Si el enemigo se decidía a comprimir nuestras alas, tenía que dejar su centro muy débil y expuesto a ser penetrado, abatido y deshecho por los españoles. En aquellas circunstancias, una sola maniobra podía ser útil y decisiva para los franceses; atacar con todo el poder de sus fuerzas el flanco izquierdo de los españoles, arrojarle sobre su centro y aconcharle sobre la orilla del mar. Esta operación exigía un grado de intrepidez y audacia poco comunes, pero era muy preferible a esos combates rutinarios en los que, a costa de su sangre, perdían aquéllos la superioridad que adquirieron en un principio.»

Nuestro General en Jefe no es sólo el director que calcula y concibe, el ordenador que dispone y manda, es también el soldado valeroso que, cuando las circunstancias lo requieren, se lanza animoso al combate. Y si él es así sus Generales muestran no desmerecer de su Jefe, y sus soldados, hallarse siempre dispuestos al cumplimiento de su deber. Nuestro historiador describe en trazos vigorosos y breves la realidad de cuanto venimos exponiendo. Y así, tras de poner de manifiesto el despliegue del enemigo, coronando las alturas de Pontos y Armadas, cubriendo sus flancos por los bosques próximos a estos lugares, mientras otras divisiones se desplegaban sobre nuestra izquierda y derecha, manifiesta cómo Urrutia, advertido de este ataque, les esperaba con la espada en la mano. «Las disposiciones del General español, afirma, fueron justas, prudentes y luminosas. Cubrió con una batería la cabeza del puente de Esponella; guarneció competentemente el desfiladero llama-

do Coll del Portell (1) y dispuso que Vives e Iturrigaray, Jefes respectivos de nuestras alas, previniesen al enemigo impidiéndole tomar la ofensiva.»

Y si así fueron las disposiciones del General español, estas órdenes expedidas en buena hora, fueron ejecutadas felizmente. El intrépido Vives cruza el río, y se prepara para caer con ímpetu sobre el enemigo, cuando advierte que éste vuela a las primeras descargas y busca su protección en un bosque inmediato. Vives no se deja seducir por esta retirada aparente y presumiendo que los franceses querían atraerle a una emboscada, practica un fuerte reconocimiento, y observa que el bosque estaba inundado de tropas francesas. Entonces Vives se limita a cubrir con su cuerpo las márgenes del Fluviá, y resiste con tan heroico tesón los embates del enemigo, que ni un solo francés logró apoyar su planta en los bordes de aquel río.

Y no era sólo Vives el que así se comportaba, pues mientras él se sostenía con tanto valor en su posición avanzada de la izquierda, Iturrigaray, como hemos tenido ocasión de ver, se batía denodadamente en la derecha. Al ver este General que los franceses pugnaban por cruzar el Fluviá en Villarroban, lanza sobre su flanco un cuerpo de Caballería. Entonces el enemigo, renunciando a su marcha ofensiva, se repliega sobre Santo Tomás y se posiciona vigorosamente. Encarnizóse la acción en este punto. La caballería española pugna por romper el círculo de hierro y fuego que oponía la francesa, pero se ve aquélla precisada a retroceder, y hubiera sido indudablemente destrozada sin el fuego protector de sus baterías, y si nuevos escuadrones no se hubieran arrojado en la pelea. Continuaron batiéndose con iguales probabilidades de éxito, si bien toda la ventaja moral estaba de parte de los españoles que se sostenían fuera de su verdadera línea.

«La acción indecisa en la derecha e izquierda se resolvió en el centro con un golpe brillante. Ya hemos dicho que los franceses habían cometido una imprudencia debilitando su centro para nutrir sus alas, pero ya llevaron a colmo, no procurando enmascarar sus designios con algunas evoluciones simuladas.

Ante un conocimiento exacto de los hechos ¿cabrá negar que nuestro General en Jefe hubo de proceder como un General de cuerpo entero? «Urrutia—sigue diciendo Clonard—, que observaba desde Orriols las maniobras de toda la línea, penetró al punto las verdaderas intenciones del General francés. Era preciso aprovecharse de un descubrimiento tan importante con la energía y actividad propias de un espíritu consumado. Arrancando su vanguardia de Orriols, la lanzó al otro lado del Fluviá, mandando a sus Jefes Arias y Marqués de la Romana que se apoderaran del culminante castillo de Pontos. Arias, con una columna debía atacar esta posición de frente, y la Romana, a la cabeza de otra, embestirla por el flanco. El General Cuesta marchaba con otro cuerpo

(1) Este Coll del Portell no es el que ya conocemos situado en la divisoria de la cadena principal del Pirineo, sino en la divisoria entre el Fluviá y el Ter.

apoyando la vanguardia, y tenía orden de interceptar la comunicación que sostenían los franceses entre Pontos y Armadas.»

«La Romana realizó su movimiento con tanta celeridad, que vino a caer sobre el punto atacado casi al mismo tiempo en que Arias soltaba los primeros tiros». El historiador militar hace observar cómo, según hemos descrito, el castillo de Pontos se hallaba situado sobre una peña casi tajada y protegida por otros muchos accidentes del terreno. Y nada fué imposible al esfuerzo y al empuje del ejército de Urrutia. Muchas eran las dificultades, marcadísimo el carácter desfavorable para el ataque de muchos de los obstáculos que había de salvar: «Sin embargo, el valor de los soldados españoles, brillante como en los más bellos días de nuestra gloria, triunfó de todos estos obstáculos, arrollando al enemigo y precipitándole desde la cumbre de aquellas montañas. Pero los franceses, establecidos en Armadas, creyéndose perdidos si no reconquistaban a Pontos, hicieron un esfuerzo inaudito, y pasando sobre uno de los brazos de Cuesta, atacaron a Pontos con cierto enajenamiento de furor. Al contacto de este esfuerzo avanzaron otra vez los franceses que habían abandonado el Castillo, de modo que Arias y la Romana se hallaron envueltos entre dos fuegos. Una hábil maniobra que practicó Cuesta tendiendo su espada sobre la carretera entre Pontos y Armadas, hizo temer a los franceses, posesionados en este último punto, que iban a ser cortados, por lo que se apresuraron a replegarse. Entonces Cuesta les acometió con el mayor denuedo y fué persiguiéndoles hasta que se refugiaron en su campo de Figueras. Los franceses de Pontos, repelidos segunda vez por Arias y la Romana, sufrieron del mismo modo una persecución muy viva hasta el alcance de su línea.»

Realidad innegable.—Retirada del ejército francés por la derecha y el centro.—
Juicio categórico de Marcillac

Es un hecho cierto que la retirada del ejército francés se hizo muy luego general, pues la derecha y el centro, sintiéndose descubiertos, abandonaron el lugar de la victoria en el campo donde habían peleado durante muchas horas. De igual modo, es viva y acertada la intervención de los Generales Arias y Marqués de la Romana, así como la de Cuesta, con motivo de la reacción ofensiva de Augereau. Y si bien es cierto que este General francés obró diestramente al decidirse a conversar con rapidez y lanzarse sobre nuestro flanco, rehuendo el recibir el choque de frente de los españoles, oportuna es la intervención de don Francisco Taranco, al caer sobre la izquierda del atacante, cubriéndose con una columna durante su marcha, de modo que los franceses no se apercibieron de ella hasta sentir el contacto con nuestras bayonetas, sorpresa que no pudo por menos de abatir los bríos del enemigo ya desmoralizado, en términos que Cuesta y Taranco pudieron perseguirle hasta larga distancia. Sin duda alguna la acción había sido viva, prolongada y sangrien-

ta como lo declara el Conde de Clonard, y con características bastante diferentes de las que apunta, o quiere dar a entender, el General Jomini. Y en la imposibilidad de seguir aduciendo razones en favor de la acción desarrollada por nuestro ejército, expondremos el juicio de Luis de Marçillac, cronista de la guerra, que sintetiza el carácter y la significación de los hechos desarrollados en la batalla del Fluviá:

«En esta brillante jornada treinta Oficiales españoles quedaron fuera de combate. Es fácil juzgar que ellos habían cumplido exactamente con su deber. Parece cierto que los franceses no hubieran podido atacar por segunda vez si el General Augereau, no creyendo el poder aprovecharse del abandono de las tropas que perseguían la retirada, no hubiese supuesto, llegado el momento favorable para arrebatarse a los españoles una victoria a tanto precio comprada. Empeñó, pues, el General Schérer, sus tropas en la tarea de reunir las y hacerlas marchar luego en busca del contrario. Hemos visto con qué prontitud y sangre fría los españoles se presentaron de nuevo en batalla y terminaron la jornada con una doble victoria. En el centro la caballería no pudo actuar cumplidamente a causa del terreno, pero en la derecha realizó verdaderos prodigios.»

Tal había sido la batalla del Fluviá y tal nuestra interpretación desde el punto de vista militar. Y no terminaremos este Capítulo sin recoger aquel concepto de Jomini, manifestando que «sea lo que fuese, este combate, doblando la confianza que el General Urrutia tenía de sí mismo y de sus tropas, le movió a destacar en seguida de Gerona al General Cuesta, con una fuerte división para echar a los franceses de la Cerdaña española.»



CAPITULO XI

Situación del ejército francés después de la batalla del Fluviá. Plan de modificación del Ampurdán ideado por Schérer. Carácter de la lucha a mediados del año 1795. Situación favorable del ejército español

Lamentable estado del ejército de la Revolución en el N. de Cataluña.—Testimonio francés facilitado por Fervel



PARA poner de manifiesto el lamentable estado en que se hallaba el ejército francés, nada más interesante y oportuno, a nuestro objeto, que transcribir lo que el propio testimonio francés nos advierte. «¿Qué hubiese hecho de una victoria menos confirmada un jefe que al día siguiente se vió reducido a confesar — que una media etapa sucesiva hubiese hecho morir de hambre al ejército que mandaba—? ¡Tanta era la desorganización del servicio de víveres y sobre todo de los transportes!» Tal es la pregunta y la franca confesión de Fervel. «No obstante habíamos esperado la llegada de la estación que ordinariamente vierte en los ejércitos la abundancia. Mas a pesar de ello, era tal la situación que el ejército de los Pirineos Orientales iba a ofrecer durante todo el hermoso mes que comenzaba, en el curso del tiempo transcurrido desde mesidor hasta la proclamación de la paz que, para encontrar en el pasado de esta guerra una situación semejante, sería preciso referirse al desastroso invierno de 1793. Pero no nos fatiguemos más en describir las miserias que podíamos contar y dejemos al último depositario de un mando que había sucesivamente recaído en otras diez cabezas, repetir las lamentaciones unánimes de todos ellos (1): «Nos encontramos, escribía Schérer al Comité, en la más espantosa miseria, y dos causas contribuyen igualmente a ello: el signo numerario, que debiendo satisfacer las compras es rehusado, casi por todos, como medio de pago y espíritu público en el mediodía en donde no reina otra cosa que la avaricia, la negligencia, el egoísmo y, frecuentemente, la malevolencia (1). La máscara de patriotismo con que se cubren las autoridades no es para mí una prueba, los efectos contradicen esos escritos merced a los cuales se expresan en un sentido republicano. E incluso aunque la moneda revolucionaria hubiera alcanzado todo el curso que debiera tener, quedaría todavía la insuperable dificultad de estimular las compras a causa de la falta de medios de transporte. Puesto que de Mont Libre a Rosas, y de Rosas a Montpellier en un desarrollo de tres leguas, no existen más que 4.751 caballos.

(1) La Houliere, Grandpré, Flers, Barbantane, Dagobert, Daoust, que había interinidado por cuatro veces Turreau, Doppet, Dugommier y Perignon.

(1) Se cree Fervel en el caso de advertir en una nota que esto que dice Scherer de los habitantes del mediodía en 1795 no quita veracidad a los elogios que anteriormente les había concedido. Solamente—expone—había entre su abnegación al comienzo de esta guerra y su egoísmo al fin, la diferencia que establece en general en las acciones humanas la esperanza y el desaliento.

Nosotros no podemos incluso contar con las subsistencias entre el Fluviá y el Ter. El enemigo las transportó a su retaguardia, abandona todos sus pueblos de primera línea y se aprovisionan por mar; de suerte que una victoria misma no serviría para otra cosa que para hacer correr mucha más sangre. La desertión no cesa; extenúa al ejército y tenemos 20.000 fugados, 200 ó 300 por batallón. Dan por pretexto las vejaciones que experimentan sus padres o amigos por parte de los contrarrevolucionarios y la nulidad de su paga que se reduce a cero. Lo que no impide a la república el pagar a los oficiales y suboficiales de cada batallón como si su efectivo estuviese completo; abuso tanto más perjudicial para el Estado que en el ejército de los Pirineos Orientales sostiene batallones en los que existen más individuos de la clase citada que soldados. Por lo demás la impunidad no tiene límite y cualquier hombre que deserta diez veces marchando al interior, va a desertar la onceava, puesto que no es investigado.»

Equivocado propósito de Scherer para remediar la situación desfavorable

Afirma el historiador francés que, «en tal estado de cosas todo lo que podía hacer el Comandante de tan desdichado ejército era, arrancarle lo más pronto posible de la atmósfera pestilente de la llanura, en la que acaba de agotarse, para transportarle a las montañas, a cuarteles de refresco, pero, en lugar de proceder apresuradamente a esta última medida de salud, Schérer tuvo el deplorable pensamiento de proseguir la ejecución de trabajos que iban a abrir todas las fuentes del mal que se trataba de remediar: antes de abandonar la llanura quiso concluir de defenderla por atrincheramientos que debían extenderse desde el mar a las montañas, a través de las más perniciosas marismas del Ampurdán.»

«Estas líneas ya trazadas, e incluso comenzadas en varios puntos, partían de Rimors, pueblo separado del golfo de Rosas por las marismas de Castellón que cubrían en gran número este primer intervalo. Desde Rimors iban a juntarse a Fortianelle en donde apenas, quedaban interrumpidas para dar paso al arroyo del Molino. En la orilla izquierda volvían a seguir el curso de este arroyo hasta la colina de Alfa, al pie de la cual volvían a encontrar el fangoso Manol, a lo largo del cual continuaban hasta más allá de Figueras. Añadiremos que, seis reductos, debían dominar el frente de estas líneas y que la colina de Alfa, se iba transformando en un verdadero fuerte de campaña. Estos trabajos constituían ya, bien en proyecto, o en curso de ejecución, un desarrollo de fosos y parapetos de más de 3.000 metros. Y no obstante, no era todo: otros trece reductos, muchos de ellos exagerados en sus proporciones, recordaban todo cuanto la Unión había imaginado de extravagante en grado máximo; trece grandes obras fueron trazadas delante de Figueras como para proteger las murallas.»

«En resumen—expone Fervel—este montón de fortificaciones de campaña bajo una fortaleza de primer orden, esta caponera de cuatro leguas que estaba considerada como capaz de cubrir la comunicación de nuestro cuartel general al puerto de Rosas, este extraño sistema defensivo, no podía ser comparado más que con el de las famosas líneas de Figueras; sin embargo, éstas no sacrificaron a los encargados de construirlas porque, en efecto, casi todos ellos fueron víctimas de la epidemia. Fué cierto que este sistema defensivo, hubo de ser abandonado y que, la repugnancia y el buen sentido de los soldados franceses lo calificó con toda justicia de desastrosa y loca empresa, pero cuando Schérer, se vió obligado a renunciar a ella, el 30 messidor, la epidemia había llegado a un punto tal, que, casi todos los Generales franceses habían sido víctimas de ellas, salvo, el propio General en Jefe y Augereau. Todos los otros hallábanse más o menos graves y cinco no realizaban servicio alguno. Eran éstos Sauret, Bon, Chavert, Menard y Rougé.» Y como el cuadro está trazado con rasgos expresivos y convincentes, dejemos su descripción al propio relato francés.

Ineficaces medidas para prevenir el daño

«En vano, el imprudente Schérer (1) hizo retrasar hasta Vilanaun su ala derecha, siendo reemplazada esta localidad, que era la central, por la de Vinyonnet. En vano retiró su izquierda hasta Palau en la carretera de Gerona: el mal continuaba haciendo estragos. Desde luego, parecía que se adoptaba como tarea principal la facilitación de alimentos al dejar todavía en esta llanura mortífera diez Batallones, que eran relevados cada diez días, con la misión de guardar inútiles esbozos de atrincheramientos que no podían ser defendidos, de suerte que cada decada eran 4.000 hombres lo que venían así, por turnos, a beber en su fuente el veneno que irían en seguida a incubar y propagar en todos nuestros cuarteles. Bien pronto, por lo tanto, éstos se convirtieron en ambulancias y los puntos designados para servir de hospitales, Figueras, Perelada, Villabertran, La Junquera y el Boulou, se vieron repletos de enfermos. Y como estos refugios provisionales no podían evacuar su completo por la vía de tierra, se dispuso requerir a Port Vendres, Collioure, Agde, Aset, hasta las bocas del Ródano todos los barcos anclados en los puertos, a fin de embarcar en Rosas los enfermos y de transportarlos a la región de Narbona.»

«En fin, esta evacuación por mar, siendo por sí misma insuficiente

(1) La obstinación de Schérer resultaría inconcebible—expone Fervel—si la historia militar no facilitara falta semejante de ignorancia, puesto que suponemos que el General Republicano ignoraba lo que había pasado en el Ampurdán en casi todas las campañas de finales del siglo XVII; que ignoraba, por ejemplo, que en 1693 el Duque de Noailles, que mantenía el sitio de Rosas, hubo de perder 2.000 hombres en cuatro días y que en muchos pueblos no había quedado ni un hombre para labrar una tierra ni un niño para guardar los rebaños (Memorias de dicho Duque). La epidemia de 1793, casi llegó a ser tan mortífera y prueba de ello es el que inmediatamente después el cultivo del arroz que tendía a sostener la insalubridad de esta desdichada llanura, fué prohibido bajo pena de muerte.

obligóla permitir a los convalecientes se trasladasen a pie de hospital en hospital, con sus familias, para buscar en ellos un asilo y unos cuidados que el Estado no podía proporcionarles. Entonces dióse un espectáculo bien triste: La ruta de Perthus cubierta de soldados desfallecidos, abandonados a sí mismos, que se detenían a cada paso, cayendo y no levantándose más que con grandes dificultades, y, lo que es más triste todavía, oficiales valetudinarios, mendigando un pedazo de pan, que no podían comprar con el miserable papel de su sueldo, de un sueldo irrisorio a cambio del cual ellos habían en vano reclamado como un gran favor el prest de campaña de sus soldados.»

«A mayor abundamiento la guerra civil se había encendido de nuevo en la Locère y el Aveyron y lo que restaba de hombres válidos en nuestros cantones, *partían todos los días para marchar a aplastar a los agitadores y hacer caer, a la vez, todas las cabezas de la hidra, a fin de que, ellas perdiesen el poder de reproducirse*; que éste era el tono de las órdenes de Schérer, quien, por la violencia de su lenguaje, traicionaba lo desastroso de su situación.»

No es, por lo tanto, el juicio español el que califica de lamentable y peligrosa la situación del ejército francés en los Pirineos orientales a mediados del año 1795, como hubimos de afirmar anteriormente. «Este ejército hallábase, pues, en una disolución completa—afirma el historiador francés—, y si los españoles no se aprovechaban de ello todavía era porque sabían nos encontrábamos entregados a un enemigo cuyos golpes eran más certeros que los suyos (1). Por otra parte no se dormían y en espera de que sus espías vinieran a advertirle que ellos no tenían delante de sí, en la orilla izquierda del Fluvia, otra cosa que espectros, por así decirlo, trasladaron su división de reserva al único punto en el que nos suponían todavía en estado de sostener el peso de sus armas. En una palabra, nosotros no debíamos ser atacados en la llanura del Ampurdán hasta que fuésemos alejados de las montañas de la Cerdaña, en la que la guerra iba a concluir.»

**Reacción favorable en el campo español.
Magnífico espíritu de las tropas del ejército y de los Somatenes y fuerzas populares catalanas**

Frente a esta situación del ejército francés, el espíritu del nuestro y, sobre todo, de las fuerzas armadas del país, iba en aumento. Habían nuestras tropas visto fracasar el plan de Pérignon de cruzar el Segre y siendo derrotado al intentarlo, proyectar el forzamiento directo de la línea del Fluvia, para tomar Gerona y Barcelona, no obteniendo otro resultado, plan tan ambicioso, que el descalabro del 6 de mayo. Sin duda alguna, el nombramiento del General Urrutia, tan querido y respetado por todo el elemento civil y militar de nuestra Patria y la hábil direc-

(1) Se refiere a los efectos de la epidemia.

ción dada por este General a todos los actos de su nuevo mando, contribuían principalmente a estos éxitos y a esta renovación del espíritu público.

No fué más ofortunado que Pérignon, su sucesor el General Schérer, éste no podía ignorar que la Convención no participaba de los vastos y atrevidos planes del anterior General y de cómo ésta le había ordenado se mantuviese a la defensiva, ya que las operaciones más importantes de agresión estaban proyectadas para los Pirineos Occidentales. Dentro de esta consigna, Schérer tenía que desarrollar su iniciativa y su mando. La guerra de partidas continuaba infatigable y cruel y refiriéndose a este esfuerzo de ciudadanía, Godoy en sus Memorias, manifiesta que «otra de las glorias de aquel ejército fué las atrevidas y continuas expediciones de los Somatenes y Miqueletes con que acudió el Principado. La poderosa diversión que estos cuerpos volantes y por así decirlo intangibles, ofrecían al enemigo en la guerra de montañas, ocupó la división toda entera del campamento de Figueras que la acosaban sin descanso. Las acciones parciales y los triunfos cotidianos que obtenían por todas partes sobre los puestos enemigos, y los hechos singulares y gloriosos de sus correrías en la Cerdaña, a fuerza de ser tantos se volvieron vulgares. Muchos ya han quedado olvidados para siempre.

Y refiriéndose a la batalla de Pontos, en la que figuraron con los Cuerpos regulares y de línea los Voluntarios Catalanes, el Tercio de Mataró, los Miqueletes, dos Batallones de Barcelona y otras Unidades exclusivamente compuestas, como todas ellas, de catalanes, el General Urrutia, sabemos que en la Gaceta del 10 de julio, afirmaba que, nunca hubo otra función donde reinase tanta igualdad y el valor y una buena voluntad: *Cada Cuerpo era un modelo de buen orden y disciplina y cada particular de intrepidez y arrojo* (1).

**La lucha en la Cerdaña y en el mar.—
Un ataque de la escuadra española a las
embarcaciones francesas en el golfo de
Rosas**

Teniendo en cuenta cuanto se viene exponiendo y la influencia que tenían que ejercer los éxitos anteriormente relatados obtenidos por nuestras tropas, será fácil comprender la marcha desarrollada por los acontecimientos de que vamos a dar cuenta a continuación y que hacen referencia a operaciones realizadas en la Cerdaña.

Afirma Luis de Marçillac, que, desde la batalla del Fluviá hasta la paz que se proclamó en el mes de julio, no pasó nada digno de men-

(1) En honor a la verdad hemos de advertir que, aunque el hecho tenga su disculpa y razón natural de ser, los Miqueletes levantados por Cataluña debieron dar algunos motivos de queja por cuanto Urrutia el 28 de mayo, se creyó precisado, «a consecuencia de las faltas cometidas por algunos Miqueletes de los Tercios de Cataluña que sirven en el ejército» (son sus palabras textuales), a dar un bando para contener los excesos observados y mantener el mejor orden. El texto íntegro figura en el Apéndice número

ción en este ejército. «Algunos tiros se dispararon en las fronteras de la Cerdeña, y estos combates parciales lo fueron siempre en favor de los españoles. En Rosas, Gravina, hizo atacar y logró destruir los navíos franceses anclados en la Rada, el 1.º de julio esta operación realizóse con éxito, no obstante las balas rojas que los franceses disparaban en verdaderas oleadas, desde el fuerte de la Trinidad y de otras baterías de tierra, sobre las chalupas cañoneras a quienes correspondía el honor de la jornada.»

«Prevenidos los Comandantes de los buques del crucero de Rosas y el de las lanchas de fuerza, de impedir la entrada y salida de los buques enemigos en aquella bahía—escribía el General en jefe del ejército de campaña en Cataluña, en carta de 10 de julio—determinaron con acuerdo del Comandante General de la escuadra, atacar en la madrugada de ayer, de cuya resultas me ha dado el Capitán de navío don Hermenegildo Barrera, el parte que sigue: «Participo a V. E. que, en la mañana de hoy, en cumplimiento de lo mandado, se verificó el ataque a las embarcaciones fondeadas en esta bahía, haciendo tres divisiones de las lanchas de fuerza, dirigiendo sus fuegos las cañoneras a dichas embarcaciones, y las dos divisiones de obuses y bombarderas (interpoladas) al castillo de la Trinidad, su batería rasa, a la del Molino y ciudadela; el fuego fué vivísimo de ambas partes, y por la del enemigo con bala roxa, no habiéndose experimentado más desgracia por parte nuestra que un marinero muerto en la cañonera número 5, del mando del Alférez de Navío don Simón Mesía, y seis heridos en otras varias; pero la de los enemigos se cree haya sido más considerable, por la buena dirección de los tiros, y haberse visto reventar algunos tiros en la batería baxa de la Trinidad.»

«En honor de la verdad no puedo dexar de hacer presente a V. E. que dicho Comandante de lanchas, como los de todas las otras, se han portado con la mayor intrepidez, espíritu y valor, deseando cada uno sobresalir; también debo decir a V. E. que el Teniente de navío don Juan Mesía y el de Fragata don Benito Burgués, de la dotación de este buque, han socorrido y auxiliado en todas las operaciones de dichas lanchas, y en sus mayores riesgos con la lancha y bote de su mando, como igualmente el Teniente de Navío don Bartolomé de Torres y el de Fragata don Miguel Molina, de la dotación de Atlante con sus correspondientes embarcaciones menores; y el Alférez de Fragata don Eugenio Benavente, comisionado en el falucho Santo Christo, con el mismo objeto de auxilio; lo que comunico a V. E. por si tiene la bondad de elevarlo a la superioridad.»

Ligeras consideraciones sobre la acción francesa en la Cerdeña

Como en el mar, también por tierra iba a mostrarse más propicia la fortuna con las armas españolas, y haciendo observar una vez más y aun a riesgo de merecer el dictado de insistentes repetidores, que

eran los Miqueletes, los Somatenes y las bandas de paisanos armados del país los que se señalaban por su entusiasmo, por su valor y su constancia en el ataque, haremos una ligera reseña del proceso general de la acción del mando francés en la Cerdaña, comarca en donde el esfuerzo español había de manifestar sus primeros intentos de revancha. Es cierto que, como hemos podido observar, el intento español de hacerse dueño de toda la comarca había fracasado, pero no es menos cierto también que la previsión de los altos poderes del Estado francés, no se mostraba muy propicia a favorecer la empresa de las tropas de la República en dicha comarca, no obstante los éxitos por ellas alcanzados y la importancia que, desde luego, revestía su completa dominación.

Si para el intento francés de invasión de Cataluña por el oeste, la Cerdaña representaba un acceso favorable, igualmente la dominación de la parte francesa de la región de que se trata, abría para el ejército español el acceso a las más fértiles y bellas comarcas del mediodía de Francia. Interesaba, por lo tanto, la posesión de todo el valle del Segre, tanto a los franceses como a los españoles. Si ante la reacción ofensiva, iniciada por el General Urrutia, reconquistar la Cerdaña francesa podía ser un objetivo inicial, para la seguridad del ejército francés establecido en el Ampurdán, mantener su posesión era asegurar su retaguardia y garantizar, en último término, el traspaso del Pirineo en un retroceso para internarse de nuevo en su territorio nacional. Sin duda alguna, el alto mando francés no pareció ignorarlo y trató de proceder en consecuencia, pero, por lo visto, la Convención no lo comprendió de igual manera.

Fuera de los éxitos obtenidos por las expediciones del General Dugobert, y, aunque realmente los intentos españoles de conquista de la parte francesa de este territorio de que estamos tratando habían fracasado, es lo cierto que la Cerdaña parecía condenada al abandono de los altos poderes de la Revolución. En efecto, recordamos que ya en tiempo de Dugommier, la división de la Cerdaña, después del combate del 8 mesidor de 1794, al pie de los muros de Bellver, había quedado limitada a mantener la defensiva, siendo despojada de 10 Batallones y otras tantas Compañías de Miqueletes y del único escuadrón a caballo con que contaba, con lo cual su efectivo quedó reducido al mismo que figuraba cuando la expedición de Ripoll, o sea 5.800 hombres, al mando del General Charlet, sucesor, como sabemos, de su compañero Doppet. Ni la expedición de Castellar, en octubre de 1794, ni la del puente del Bar el 18 de febrero (30 Fluvioso) habían logrado modificar el estado de la situación entre ambos beligerantes. Recordaremos que, en la primera de las expediciones indicadas (23 de octubre, o sea el 2 Brumario), los habitantes de Castellar del Nuch, se habían señalado en su persecución de las tropas francesas, en retirada hacia el campo de Tosas. Como en otro tiempo el Duque de Noailles, Doppey había fracasado ante los muros de esta localidad.

Textualmente a este propósito, hubo de decir el General francés de que se trata lo siguiente: «Los habitantes de Castellar del Nuch, tenían 7 atrincheramientos sucesivos formados por líneas de rocas que la naturaleza parece haber dispuesto en forma de parapetos. Un bosque muy espeso hallábase a retaguardia de las mismas, asegurando la retirada de las fuerzas tras ellas situadas. El pueblo está dividido en dos partes separadas por un río bastante ancho. Las casas de las afueras en línea circular estaban almenadas y las entradas del Bar resultaban muy difíciles a causa de los muros que sus habitantes habían construido. La reputación que han merecido estos montañeses les ha hecho acreedores a la recompensa del tirano de Castilla (sic), concediéndoles una bandera blanca con las armas de España (1) y hecho obtener el que 100 hombres a sueldo queden de guarnición para proteger los pueblos vecinos.

Puede el orgullo francés vanagloriarse de que aceptando Charlet la provocación de los habitantes de Castellar, tuvieran éstos que irse a refugiar a los bosques al ser atacados, siendo entregado a las llamas el famoso burgo. Lo cierto es que, como hemos podido ver, a raíz de esta expedición reinó la calma en la Cerdaña, hasta el año siguiente y fué en pleno mes de febrero, cuando, Charlet, intentó la empresa de apoderarse de las cuatro aldeas que, a la altura del puente de Bar, hallábanse dispuestas en una misma línea perpendicularmente al curso del valle de este río y que, como recordaremos, eran las de Estunya, Bexech, Bar y Aristot. Pero el resultado de esta empresa fué el de que, como declara el propio Fervel, los nuestros quedasen dueños del campo de batalla, dado que el General Charlet se aprovechó de la noche para replegarse al abrigo de Bellver.

Tras este hecho la propia crítica francesa admite que la división de la Cerdaña fué abandonada: «Retrocedíamos, pues—reconoce este historiador que acabamos de citar—, delante de paisanos sublevados y para un debut de campaña, esta retirada constituía un desfavorable augurio, pero, por otra parte, las instrucciones que acababan de llegar de la capital francesa parecían propias a modificar nuestra situación en la Cerdaña. En efecto, el plan de conjunto recientemente dispuesto por el Gobierno para la frontera de España, había asignado a la división que ocupaba la línea del Segre, un papel activo y de cierta importancia; cual era el de apoyar, por la izquierda, el punto que debían establecer en Aragón, junto a Barbastro, nuestras tropas del valle de Arán, que acababan de ser incorporadas al ejército de los Pirineos occidentales y debían, naturalmente, seguir el movimiento ofensivo. Mas como de costumbre el Comité se limitó a dar órdenes sin proporcionar medio alguno de ejecución, antes bien, desde que las hostilidades fueron reanudadas a uno y otro borde del Fluviá, Charlet, en lugar de refuerzos que estaba en derecho de esperar, cesó, incluso, de recibir los míseros socorros que de tiempo en tiempo podía arrancar al ejército de la lla-

(1) Esta bandera blanca no debía ser otra que la llamada Coronela, propia de los Regimientos de Línea.

nura, para atender a las más estrictas necesidades de las tropas que le quedaban.»

Hechos tales tenían que acarrear los resultados consiguientes : «No obstante lo anteriormente expuesto, nuestros soldados—expone Fervel—olvidándose de que se encontraban en un país sin recursos, no pudiendo creer en tanta incuria, se imaginaron, desde luego, que iban a evacuar la Cerdaña, y entregándose a la indiferencia y a la vacilación, propias de las tropas que van a abandonar un país enemigo, alargaron su paciencia. Mas cuando se vieron definitivamente abandonados en las nieves de estas montañas, en las que la estación invernal es durante tanto tiempo rigurosa; cuando privados de distribuciones regulares, desgarrados sus vestidos, no podían ni obtener siquiera zuecos o almadrerías, hubieron de perder hasta la experiencia de remediar sus miserias a expensas del enemigo que no dejaba de afrontarle, entonces, para sustraerse a tan intolerables tormentos de frío y de hambre, desertaron, no aisladamente y en la sombra, sino por masas, por batallones y a pleno día. De este modo en tres meses, en un efectivo de 5.841 hombres, desaparecieron 2.620, de suerte que, de Bellver a Villefrance, Charlet no contaba, bien pronto, más que con 3.221 combatientes, si pueden llamarse así todavía los tristes jirones de nuestros cuadros. En fin, las cosas llegaron a tal punto, que nuestros oficiales en la desesperación, después de haberse agotado durante el día, luchando contra el abatimiento universal durante la noche, ocultos bajo el uniforme de simples voluntarios y con el fusil al brazo, iban a montar la guardia en los puestos avanzados.»

**Surge un levantamiento general de los
habitantes de las comarcas invadidas**

A causa de cuanto acabamos de exponer, si después de la expedición de Castellar, nuestras tropas permanecieron inactivas hasta el año siguiente, la actitud y la situación moral del ejército francés fué causa de que, en las comarcas catalanas afectadas por la guerra, surgiese un levantamiento general contra los invasores. Según el dictamen francés este movimiento hubo de adquirir proporciones espantosas : «Nada de la deplorable situación del campo francés escapaba a un enemigo que nos comía con los ojos». Tal era la confesión francesa, por ello la sublevación de las montañas adquirió proporciones terribles. «No eran únicamente los adultos en el vigor de la edad los que corrían a las armas : los adolescentes que habían esperado alcanzar los quince años, los viejos que no habían pasado de los setenta años, todos marchaban, salvo las mujeres, los niños pequeños y los enfermos, a los cuales quedaba confiado el cuidado de replegar los rebaños en las soledades de Caragú, detrás de Seo de Urgel (Fervel). El toque de rebato en los valles, los fuegos en todas las montañas, los centinelas que contestaban a tiros y los pastores al son de las trompas husmeaban nuestros menores movimientos. Cualquiera entre

ellos que mostrase tibieza era ahorcado; cada suizo hallábase vigilado por cuatro paisanos y los parvots fusilaban a cualquiera de éstos a la primera debilidad o a la menor sospecha. Los somatenes no estaban menos encargados de defender sus parroquias; hubieran podido, para librar sus techos, arreglarse o transigir con el enemigo, y en este caso se les desterraba; por último, los sacerdotes corrían al martirio, y los monjes distribuían exorcismos contra las balas de los republicanos, *de esos odiosos impíos que profanaban las iglesias, violaban las mujeres, ahogaban a los viejos y comían a los niños* (1).

«Tanta exaltación y fanatismo debían estallar antes de que se diera la señal del ataque general. Y, en efecto, esto ocurría noche y día en todos los puntos, con ataques incesantes y era, tanto el famoso Canónigo Martín Bufí, el que sorprendía, en las fuentes del Tech, nuestro campo de Corall, como nuestros puestos de Bellver, Rius, Nefoll, Olla, Nas, Odo-ria, posiciones que eran resueltamente atacadas a la bayoneta y algunas veces conquistadas. Finalmente, un vergonzoso fracaso en rasa campaña, vino a quitarnos, bien pronto, hasta el recurso de informarnos por medio de patrullas, viéndonos bloqueados, por así decirlo, bajo el cañón de Bellver.»

Un ataque francés infructuoso del General Despinoy el 17 de junio

El historiador militar refiérese, al decir esto, a la acción que el 29 Prairial, o sea el 17 de junio, hubo de desarrollar el General Despinoy, con 210 hombres del 29 Regimiento, pretendiendo realizar un reconocimiento sobre las posiciones españolas de Pi y Olla, a vanguardia de Bellver. El General francés dispuso que 60 fusileros se encaminasen hacia Olla y que 150 Cazadores lo hiciesen, bajo sus inmediatas órdenes, hacia el pueblo de Pi. Advertidas nuestras fuerzas constituidas por soldados del Batallón de Gerona, en número de 300 a 400, según los informes franceses, dispusieron en batalla ante Sta. Eugenia, a orillas del Segre, lejos de permanecer en actitud defensiva, avanzaron sobre Olla, rechazando al destacamento francés y retrocediendo luego. Despinoy acudió, recuperó Olla, pero a la proximidad de Sta. Eugenia, no puede contener la desbandada de su tropa. En tales circunstancias, puede, sin embargo, reunir las y lanzarlas de nuevo contra los nuestros, que, replegados por encima de Martinet, se disponen a rechazar el ataque enemigo. Y, en efecto, iba Despinoy a cargar nuevamente, cuando una avalancha de paisanos, descendiendo ruidosamente al valle del Segre, desde las crestas vecinas, intimidan con su presencia a los débiles cazadores franceses, que, a las primeras balas que oyen silbar, huyen por segunda vez ante el empuje español. Y es en vano que algunos de estos republicanos *más accesibles*

(1) Esto de comerse a los niños no es presumible que lo dijeran los españoles, ahora que los invasores republicanos profanaban las iglesias, violasen las mujeres y ahogasen a los viejos, era rigurosamente cierto.

a la vergüenza que sus indignos camaradas, se agrupen al amparo de Montellá, y después de recibir en seguida un refuerzo de 200 granaderos llegados de Bellver, avancen hasta Martinet con ánimo de contener y desbaratar el contraataque español. Al cabo de tres cuartos de hora de un fuego intenso, no tuvieron más remedio que retirarse, aunque en buen orden, según el informe francés.

No hemos faltado, por lo tanto, a la verdad, al declarar fracasado el intento francés en la ocasión de que se trata, jornada que el propio historiador francés califica de *triste*.

La versión oficial española del hecho citado

De esta acción daba cuenta el Mariscal de Campo D. Joaquín Oquendo, Comandante de la Seo de Urgel, al General en Jefe del Ejército de Campaña de Cataluña, en carta fecha de junio, en la siguiente forma : «Con noticia de que los franceses en número de 80 hacían diariamente al amanecer su descubierta hacia los pueblos que han abandonado de Pi, Nas, Olla y otros por aquella parte de la Cerdaña española, previne al Coronel D. Francisco Gómez de Terán, primer Teniente del Regimiento de Reales Guardias de Infantería Española y Comandante del Tercio de Cervera, que con 350 Miqueletes formase una emboscada, situándose en los puntos reconocidos de antemano para lograr el fin de cortar esta tropa enemiga. Así lo dispuso en la noche del 16 al 17 de este mes; y los patriotas que ya de día claro marchaban sin precaución por el camino acostumbrado, hubieran caído en el lazo todos los 80, a no haberse disparado dos fusiles a nuestros Miqueletes apostados. Este accidente, aunque no hizo retroceder a los enemigos, les obligó a retardar el paso, y a despachar cortas partidas que registrasen los parajes sospechosos y en uno descubrieron la celada. Nuestros Miqueletes no titubearon en el partido que debían tomar; se arrojaron todos a cargar la descubierta de los franceses, y la persiguieron hasta menos de tiro de cañón de Bellver. Recogió Terán su gente y emprendió la retirada en orden, para volverse a su destino, pero como al azar de los dos tiros disparados involuntariamente había indicado a los enemigos que los contrarios pisaban su terreno, prepararon un pronto refuerzo de 300 infantes y 11 caballos, del que, uniéndose la tropa dispersa de la descubierta, se enderezaron en busca de Terán, quien, notando este movimiento, procuró salir del llano y tomar una posición ventajosa en las alturas, donde esperó el ataque, que duró una hora, y consiguió batirlos y correrlos por segunda vez. Teníase la acción por concluída, y en este supuesto juntó Terán a los Miqueletes y los condujo a cerca de una legua de distancia del último punto de ataque hasta darles descanso y un refresco, quando, pasado como hora y media, se presentaron los franceses en número de

500 sobre las montañas que dominan el terreno que ocupaban nuestros Miqueletes fuera del alcance del tiro de fúsil. Ya en este tiempo se hallaban con muy pocas municiones, y recogiendo los restos se partieron a 70 hombres que, sin perder instante, acometieron a los enemigos, ayudados de unos 30 Miqueletes del Tercio de Puigcerdá, que oportunamente vadearon el Segre con el Teniente D. Mariano Cavañac, y el Subteniente D. Joseph Juver, y se adelantaron de sus compañías, que baxaban de Musa y Aristot en socorro de los de Cervera y de 50 del de Lérida, mandados por su Capitán D. Antonio Raymat. Esta embestida executada con denuedo y sostenida a poco rato de aquellas compañías colocadas a la otra parte del río, con un fuego incesante, desengañó a los enemigos de sus ideas de venganza, y empezaron a desfilar como los nuestros a eso de la una de la tarde, quedando el campo en el mayor silencio; mas los franceses, a quienes, sin duda, picaba el deseo de desquitarse, y que continuamente recibían refuerzos de Bellver, volvieron a ocupar las montañas que acababan de dexar, aumentadas sus fuerzas hasta 800 hombres. Esta operación no tuvo consecuencias, porque ni las Compañías de Puigcerdá, a las órdenes de sus Capitanes D. Joseph de Cahors, D. Ramón de Traví, D. Francisco Esteve y D. Pedro Cavañac, ni otro del mismo Tercio a las de D. Francisco Carreu, que estaba con la nombrada de Raymat, únicas en este lance, ni los enemigos se movieron de su respectiva situación, bien que haciéndose fuego mientras tuvieron cartuchos, y, a las cuatro, unos y otros se retiraron de veras.»

Oquendo, después de dar cuenta de las bajas hechas al enemigo, manifestaba que: «Terán elogia mucho el valor de los Capitanes del Tercio de su cargo, D. Juan Fexas, D. Ventura Tomasa, D. Joseph Cava y Don Joseph Vilella, y la puntualidad con que llevó sus órdenes el Teniente del ejército y Ayudante del Cuerpo, D. Pedro Dhacqueville, como lo bien que se portaron los Oficiales subalternos, en particular el Teniente Don Simeón Rabés; pero, singularmente, admira, y no acaba de encarecer el espíritu, firmeza y obediencia que manifestaron los Miqueletes en la primera ocasión que han visto la cara al enemigo, inspirándose confianza, intrepidez y anhelo de medir sus fuerzas de nuevo, al haberse estrenado venciendo; nada digo de D. Francisco Terán, su bizarría está há mucho tiempo acreditada, y el progreso de la acción demuestra su conducta.»

Y en esta obligación de detallar los hechos meritorios de los que habían tomado parte en la acción de referencia, el Comandante de la Seo de Urgel seguía comunicando: «No debo callar una acción distinguida del Capitán Cahors, Caballero principal de la Cerdaña española, quién con 30 Miqueletes y los Tenientes D. Lorenzo Martí y D. Joseph Rons, apenas oyó los primeros tiros de la mañana, se propuso atravesar el Segre, frente del llano de Bellver, y atacar a los enemigos por la espalda mientras estaban en las manos con Terán. Lo verificó, en efecto, y los incomodó hasta gastar sus municiones, y observar que iba a ser cortado

por las tropas que salían de aquella villa, repasando el río, no por el vado, sino por donde pudo, con agua a los pechos.»

Los acontecimientos se mostraban propicios a una reacción española, y, en efecto, ésta no se hizo esperar. Puigcerdá y Bellver fueron reconquistados y los franceses arrojados de la Cerdaña. Mas la exposición de estos hechos merece capítulo aparte.



CAPITULO XII

Reconquista de la Cerdaña por las tropas españolas.
Puigcerdá y Bellver son recuperados

**Urrutia proyecta arrojar a los franceses
de la Cerdaña**



El General Urrutia, ignorando, acaso, que se trataba de la paz en Basilea, proyectaba reanudar la ofensiva—afirma Luis de Marçillac—. «Es preciso creer, añade, que combinaba una invasión en el condado de Foix, dado que, en los comienzos del mes de julio, destacó al Mariscal de Campo La Cuesta, con una fuerte división del ejército acampado ante Gerona, ordenándole hiciera evacuar la parte de la Cerdaña española ocupada por los franceses.» De igual opinión, Fervel manifiesta que: «a continuación de la triste jornada del 17 de junio (29 Prairial), el General Urrutia concibió el proyecto de arrojar a los franceses de la Cerdaña, en tanto que el ejército que él tenía delante de sí, acababa de *consumirse* en las marismas del Ampurdán».

Plan concebido por el General español

Según este historiador, el plan concebido por nuestro General era el siguiente: «20.000 hombres reconquistarían a Puigcerdá, a Bellver y toda la Cerdaña española; después, de concierto con las concentraciones de fuerzas llevadas a cabo en las fuentes del Ter y que debían penetrar en el Comflans por el Coll de Mantet, este Cuerpo de Ejército sitiaria a Mont Luis e invadiría el Arriége por el coll de Puig Moren. Una brigada abordaría el Tech por San Lorenzo de Cerdá, como en el año 1793, al mismo tiempo que una división de 5 a 6.000 hombres desembarcaría en la playa de Argelés y estas dos columnas, reunidas ante el Boulou, marcharían a sitiar Bellegarde. Entonces se acabaría de aniquilar al ejército francés de Cataluña. El proyecto de desembarco constituía la obra de los emigrados que, a juicio del historiador francés, tenían la pasión de las invasiones marítimas y no habrían de curar de este mal hasta los acontecimientos desarrollados en la playa de Quiberón.»

«Urrutia, confió el mando de la expedición de Cerdaña a un General para quien estas montañas eran familiares. A la Cuesta, que comenzó en seguida a encaminar su división en dirección de Olot y Ribas. El Comandante de Seo de Urgel, o sea el Mariscal de Campo Oquendo, recibió al mismo tiempo orden de mantenerse dispuesto a remontar el Segre».

El General Charlet es informado del intento español.—Situación crítica del mando francés

Sin duda alguna este plan, concebido por nuestro General en Jefe, revestía todos los caracteres de una empresa amplia y de gran alcance. Para ella se contaba, aunque no lo afirme Fervel, con el apoyo de varias de las comarcas del mediodía de Francia, dispuestas a sublevarse contra la tiranía revolucionaria. Si hemos de atenernos a la información facilitada por el historiador de que tratamos: «el General Charlet, no dejó de ser informado de los proyectos de nuestro General en Jefe; por lo menos los espías que nos servían, para hacer más valiosos los informes que vendían a los españoles, previnieron al General que tropas numerosas remontaban por todos los afluentes del Ter y que en la parte baja del valle del Segre se trabajaba con ardor en reparar el puente de Bar y el camino de Seo de Urgel. Charlet vió, pues, a la Cerdaña a punto de escapar de sus manos y a nuestra frontera en peligro. Pero fué todo en vano, inútil que llamase en su socorro a cuantos podían favorecerle: Schérer le respondió lo que realmente era verdad, es a saber: que no podía enviarle un solo hombre, y a éste, que hubo de transmitir al Comité las quejas de su lugarteniente, este Comité no le dió contestación alguna.»

La situación no podía ser, por lo tanto, más desesperada para el mando francés que, no obstante, tenía que adoptar una enérgica resolución: Semejante abandono autorizaba a Charlet a aceptar la responsabilidad de una resolución extrema, la única que podía salvarle, cual era la de replegar a Puigcerdá y si no, a Mont Luis, todos sus pequeños puestos esparcidos por la Cerdaña. Atendiendo a su demanda, fué autorizado a evacuar Bellver, pero todo cuanto le rodeaba, Generales, Representantes, no cesaban de objetarle cuán enojosas consecuencias había de tener un paso a retaguardia, por lo que concluyó por no llevar a cabo cambio alguno en sus posiciones que, casi tantas como defensores, eran las mismas legadas por su inhábil antecesor.

Y ateniéndonos a la información francesa, advertiremos que Mont Luis, cuyas provisiones no sobrepasaban de los quince días, tenía por guarnición un Batallón con 369 reclutas y 300 paisanos reclutados en la leva general, destinados a la ciudadela y con la sospecha de estar dispuestos a la desertión. Puigcerdá no contaba para su defensa más que con 400 hombres, de los cuales la mitad no habían nunca visto el fuego, componiendo el primer Batallón del 29 Regimiento. El resto de este desdichado Cuerpo, al que acababa de infligir una severa censura el Comité por su conducta en Santa Eugenia, o sea el 2.º Batallón, hallábase diseminado en diez puestos diferentes, desde Alp hasta el Hospitalet. Bellver estaba ocupado por 2.000 hombres, al mando del General Martín, Comandante de la plaza; fuerza que, además del campo de Montarros, guardaban el reducto de Taillétendre, los puestos de Ella, Olopta y

en la montaña de Torellas, entre el pueblo de este nombre y el de Riu, uno de éstos atrincherado y dominando el desfiladero de Valltarga o de Isvol.

Determinación del General Charlet

Para el criterio del francés: «todos estos pequeños puestos, así dispersados, debían sucumbir infaliblemente, mas reunidos al abrigo de las murallas de Mont Luis, hubiesen sido invencibles y hubieran podido favorecer siempre, la reconquista de la Cerdaña española, aprovechando, un cambio de fortuna». «Pero Charlet sacrificó a un falso puntillo de honor el éxito de su empresa y no tardó de prevenir el hecho de una derrota cierta por una retirada ejecutada con arreglo a una idea preconcebida. Limitóse tan sólo, a dar sencillamente a sus puestos aislados la orden de replegarse en caso de ataque general, los unos de Bellver, los otros, a Puigcerdá».

Hecho real.—Favorable situación del ejército español

Pero toda argumentación, más o menos semejante a la que acabamos de exponer, no podrá nunca desvirtuar la realidad de un hecho y era, la del estado de una situación favorable a la reacción ofensiva de las tropas españolas en el frente de los Pirineos Orientales. Nada más a propósito que transcribir aquí lo que nuestro ilustre historiador militar, el Conde de Clonard, expone a este respecto: «¡Qué bello porvenir se nos presentaba después de tantos infortunios! Los franceses, repelidos de nuestra línea, se hallaban imposibilitados de tomar iniciativa. ¡Y, cómo habían de sostenerse en un territorio adverso, pudiendo apenas contar por suyo el en que se apoyaban la culata de sus fusiles, o clavaban la punta de sus espadas! Ciertamente es que conservaban todavía dos plazas, y una de ellas muy respetable, pero las plazas sólo sirven como puntos de apoyo para asegurar una retirada caso de desgracia, o como base de operaciones para continuar un movimiento progresivo.»

«Este último extremo, era ya de todo punto imposible; quedaba sólo realizable el primero; la retirada de los franceses era lógica en los términos de la ciencia militar, y era indispensable si se atiende a que Rosas había perdido para ellos toda su importancia, porque Gravina barría con sus fuegos toda la extensión del Mediterráneo por aquella parte, y a que los alrededores del fuerte de Figueras hormigueaban en enemigos, indisciplinados los más, pero llenos de ardor y constancia, exaltados por el éxito de nuestras armas, y que conociendo perfectamente el terreno, podían cortar casi todas sus comunicaciones al ejército francés. En el caso de que dominado por un falso orgullo permaneciera obstinadamente asido a sus posiciones, un sólo movimiento de flanco de nuestras tropas debía precipitar o comprometer la retirada de aquél.»

«El estado del ejército español daba margen a proyectos muy atrevidos. Dotado de esa elasticidad poderosa de las grandes masas había cedido al ascendiente fatal de sus derrotas, pero ahora que había humillado repetidas veces la soberbia del enemigo, que había reportado triunfos en vez de desastres, tenía la confianza en sus propias fuerzas; achacaba los reveses pasados a la impericia de los jefes, y por una reacción tan natural como sencilla, seguía con entusiasta fe las órdenes e ideas de los que le habían abierto el camino de la victoria. Con entusiasmo, con una disciplina que se fundaba menos en el terror que en la convicción de su utilidad, con un aumento de catorce o quince mil hombres, este ejército se hallaba en disposición de acometer las más arduas empresas.»

«Urrutia había concebido el plan de salir de su línea e invadir la Francia por el condado de Foix. Este pensamiento era inmejorable, porque ejecutado con actividad podía llevarnos, o sobre el flanco del ejército francés, si éste se retiraba, o sobre su retaguardia si permanecía en Figueras.»

**Iniciación de las operaciones.—El General
Cuesta ocupa el valle de Ribas**

Dada la orden de comenzar las operaciones, el día 18 de julio pusieron en marcha para su destino las tropas al mando del General Cuesta. En la empresa habían de tomar parte también las fuerzas portuguesas. Dos Batallones de soldados de esta nacionalidad con un total de 800 hombres, sacados de los cinco Regimientos de Infantería a las órdenes del Coronel Miranda Henriques y mandados uno, por el Teniente Coronel graduado Correia de Mello, y el otro por el Sargento Mayor del Regimiento de Peniche Antonio de Castello Blanco, fueron destinados para que, con las tropas españolas, tomaran parte en una operación que, desde luego, había de revestir importancia. Después de una trabajosa marcha, frecuentemente contrariados por copiosas y abundantes lluvias que hacían más difícil las asperezas propias del tránsito, al día siguiente, 19, el General Cuesta ocupaba el valle de Ribas y subiendo el 20 a las alturas del puerto de Bassa, después de practicar los oportunos reconocimientos, dispúsose a atacar al enemigo. A su paso por las montañas, Cuesta, fué llevando consigo a las poblaciones levantadas en armas y todo esto fué causa de que el mando francés recibiese amenazadoras y siniestras noticias.

**Plan de ataque puesto en ejecución por
el General Cuesta.—Orden de combate de
sus tropas**

Para el cumplimiento de su misión y para la realización de su pensamiento el General Cuesta, adoptó el siguiente plan de ataque y la consiguiente distribución de su fuerza. Dividió el contingente de sus fuerzas

en tres columnas, encargando a cada una un especial cometido en conformidad con el plan general que tenía proyectado.

La primera columna, iba mandada por el Brigadier D. Antonio Ordóñez, y estaba compuesta de varios Regimientos y Batallones de línea y de Voluntarios, 300 Húsares y algunas tropas de ingenieros con la misión de atacar el campamento que los franceses tenían establecido en las proximidades de Puigcerdá, envolviéndole, para este fin, por la parte que da frente a Mont Luis y al valle de Terol, con el propósito de rechazar a los republicanos de aquellos dos puntos de apoyo para su retirada.

De la segunda columna, quedó encargado el Coronel D. Luis de Aragón, y estaba compuesta de varias compañías de Granaderos de los Regimientos de Navarra y Extremadura con 50 Dragones del Regimiento de Sagunto a las órdenes del Teniente Coronel D. Francisco Pastor, teniendo el encargo de atacar, al mismo tiempo que Ordóñez, el punto que se le había indicado en otro campamento francés cerca de Oseje.

En cuanto a la tercera columna, a las órdenes del Coronel D. Antonio O'Gueli, estando formada por el 2.º Batallón del Regimiento de Barcelona, 700 soldados del 3.º de Vich y 40 hombres de la Compañía constituida por los parrots, debiendo, según el plan concebido por Cuesta, caer sobre el campamento francés de Er y rechazando a los soldados republicanos, situarse en las proximidades de Livia, ante Mont Luis, para impedir al enemigo la retirada, así como también para hacer frente a cualquier refuerzo que fuese enviado al frente enemigo desde esta fortaleza.

Además de estas tres columnas, formóse una retaguardia al mando del Coronel Miranda Henriques, con dos Batallones portugueses y 50 dragones del Regimiento de Sagunto, la cual debía establecerse en las proximidades de Aje, para socorrer con presteza el punto que reclamase auxilio o sostener la retirada de nuestras tropas en caso necesario.

Otras disposiciones más fueron adoptadas por Cuesta, quien dispuso fuese atacado también un puesto de tropas irregulares francesas situado en Alp.

Misión conferida al Mariscal de Campo don Joaquín Oquendo

Pero al mismo tiempo que el General Cuesta planeaba el desarrollo general de la acción que acaba de indicarse, el Mariscal de Campo don Joaquín Oquendo, combinaba las necesarias medidas para operar de común acuerdo. Las fuerzas de este General debían dejar las oportunas guarniciones en los puestos fortificados que ocupaban, debiendo marchar después, por la derecha del río Segre, parte de las mismas, en tanto que otras, por la orilla opuesta, se encaminarían a desalojar un destacamento enemigo localizado en Falltendre. Reunidas todas las fuerzas, habían de colocarse ante Bellver, subiendo por Bar y Montellá,

desplegando entre esta villa y la de Puigcerdá para cortar las comunicaciones entre estos dos puntos y amenazando al primero de ellos, cuando Cuesta atacase al segundo.

Reunión y concentración de las fuerzas españolas en la Cerdaña

La reunión de todas estas fuerzas pudo realizarse el día 23, y al día siguiente emprendieron la marcha al puerto de Mayans, en donde ya, a vista de la Cerdaña, fueron ordenadas las diferentes columnas e indicado los respectivos puntos de ataque, así como los caminos que había que recorrer para llegar a ellos (Chavy). La travesía de este Coll de Mayans, como la del de Tossas, pudo hacerse relativamente sin gran dificultad y asegura la información francesa que, aunque estaban vigilados por los suyos, el acceso a ellos se encontraba cortado por torrentes, formados por las lluvias de la tempestad y cubiertos de bosques espesos, a punto tal que los ocupantes de los puestos ni siquiera husmearon la posible marcha de las columnas españolas. La artillería pasó por Mayans, las pequeñas piezas, sobre sus afustes, y, las gruesas, en trineos.

De esta suerte, el día 25 de julio, cuando la noche empezaba a extender su manto de tinieblas, la Cuesta, concentradas sus tropas, ordenaba comenzar de nuevo la marcha para descender al valle de la Cerdaña: «Con apreciable regularidad—expone Chavy—fué durante la noche ejecutado el movimiento general de aquellas tropas; y con tal acierto que, al despuntar el crepúsculo del nuevo día, pudo contemplar el General español a sus columnas ocupando los puntos de ataque que se les había asignado.»

Puigcerdá y Bellver, objetivos principales de la contraofensiva encomendada al General Cuesta

La Cuesta había sabido aprovecharse de la desdichada experiencia por él adquirida el año anterior, puesto que, más hábil esta vez, era sobre Puigcerdá, cuya caída acarreaba la de Bellver, a donde iba a dirigir la masa de sus fuerzas (17 a 18.000 hombres). Dejaba al General Comandante de la Seo de Urgel, el cuidado de sitiar a Bellver y recibir su capitulación (Fervel).

El ataque y la reconquista de las plazas indicadas Puigcerdá y Bellver era cosa decidida. No hemos de repetir nuevamente la descripción de la primera que en 1795, apenas contaba con 250 hogares y que se alzaba en la parte central del más amplio ensanchamiento del alto valle del Segre, en la pendiente meridional de un mamelón aislado, terminado, en su parte superior, por una meseta que, en otro tiempo, hubo de estar coronada por una ciudadela pentagonal.

La pequeña población había sido conquistada por los soldados de Luis XIV el año 1678, después de cuatro asaltos encarnizados y, como consecuencia de lo estipulado en el tratado de Nimégue, en el que se prevenía que, la referida ciudadela sería demolida totalmente y nunca reconstruída, ateniéndose perfectamente a condición semejante, Puigcerdá quedó posteriormente indefensa, dado que, sólo la ocupación militar de la referida meseta podía ponerla en condiciones de seguridad y así, cuando en 1795 hubo de ser primeramente conquistada por los franceses y luego, como vamos a ver, recuperada por nuestras tropas, toda su fortificación consistía en una débil muralla de tierra apisonada de un espesor de dos pies que tan sólo envolvía una parte de la localidad, estando el resto del recinto exterior simplemente constituido por la línea continua de las casas que bordean la campiña. Ahora bien, el mismo Fervel reconoce en su obra, editada a mediados del siglo XIX, que «las cosas han cambiado después» y en la actualidad Puigcerdá es, aunque pequeña, una encantadora población catalana.

En las condiciones que acaban de indicarse no hay por qué señalar cómo, cualquier punto del recinto exterior de la plaza podía ser objeto de un ataque afortunado. Pero de entre todos estos puntos, sin duda alguna los de la mayor importancia eran los correspondientes a la llamada Puerta de Francia y al edificio del hospital. La Puerta de Francia hallábase precedida de un anfiteatro de jardines cercados por muros que no se había tenido la precaución de almenar o aspillar, pero a pesar de esto, este punto constituía la única salida de que podrían aprovecharse los franceses para salir de la plaza, de suerte que era para los españoles intento oportuno el abordar esta abertura, fácil, por otra parte de ser penetrada.

El hospital, a la sazón lleno de enfermos, era una vetusta y amplia construcción que abrigaba en su interior un patio y aislada de la localidad a una distancia de la mitad de alcance de un fusil de la época y cuyo débil recinto en ninguna parte estaba más destruído que en este lugar. Con objeto de darle alguna consistencia y considerándolo como un segundo punto de ataque, los franceses habían rodeado con un tambor trazado al sesgo el cerco de la localidad que dominaba el emplazamiento del hospital y habían, asimismo, practicado delante de la puerta que daba acceso al patio, una mezquina trinchera y la plataforma para el asentamiento de un cañón. Afirma la información francesa que la guarnición se hallaba en armonía con la indefensión natural de la plaza, dado lo exiguo de su efectivo, pues no contaba más que con 450 hombres, una veintena de Dragones montados, media Compañía de artillería volante y el primer Batallón del 29 Regimiento de Infantería de Línea. El segundo Batallón de este Regimiento y algunas Compañías de Exploradores, acantonados en las afueras de la población, mantenían a

la sazón seis puestos destacados : Alp, Oseja y Err, en la orilla izquierda del Segre y Mas de Arbaud, el pueblo de Carol y el de Hospitalet, en la derecha. Como medida de previsión, los puestos vecinos a Puigcerdá habían recibido la orden de refugiarse en ella al primer ataque serio de nuestras tropas.

Conducta del General Charlet ante el avance español

Advertido el mando francés de los movimientos alarmantes de nuestras tropas en las pendientes de la gran cadena correspondiente a la vertiente opuesta, el Comandante francés de la plaza, Charlet, tanto para informarse de lo que sucedía, como para llevar a sus destacamentos órdenes de incorporación a su puesto, destacó a uno de sus Ayudantes de Campo y a un puñado de Miqueletes para llevar a cabo la oportuna descubierta, pero por desgracia suya, en vano esperó durante toda la noche a que retornara esta patrulla y los destacamentos que a ella debían incorporarse. Y en vista de que nadie entraba en la plaza ni recibía informe alguno, dedujo el General francés, que el enemigo, desde hacía tanto tiempo anunciado, se hallaba, efectivamente, a las puertas de la plaza, y, en efecto, como hemos indicado antes, nuestro General, el Mariscal de Campo don José de la Cuesta, acababa de descender de las montañas, llevando tras de sí las fuerzas que hubieron de reseñarse.

El ejército español ante Puigcerdá

Los 3.000 hombres del Regimiento de la Corona, los otros 3.000 del Regimiento de Milicias de Extremadura, los 2.500 Portugueses, los 500 Voluntarios de Girona, el centenar de los Emigrados, los 400 jinetes y los 8.000 a 9.000 Somatenes de los valles del Segre, del Ter y del Llobregat, sumaban unos 17 a 18.000 combatientes, en su inmensa mayoría tropa ya veterana animada de un alto espíritu de lucha y de revancha. Según lo dispuesto por el General español, nuestro Cuerpo de Ejército, que había quedado organizado la víspera anterior por la noche detrás de Viladomet, desembocó en la llanura y distribuido en tres columnas, como sabemos, la mandada por su Coronel O'Reylli, según su cometido, se encaminó por Oseja y Err, a cortar el camino de Perpignan a Mont Luis y a conquistar dichas dos pequeñas concentraciones de viviendas, en tanto que la del Brigadier don Antonio Ordóñez, marchaba al puente de Soler para ganar, por Boluir la desembocadura del valle de Carol. Hízolo la mandada por el Coronel don Luis de Aragón, en dirección a las Guinguettes, asiento hoy de Bour Madame. Las Guinguettes, distaban del campamento francés que defendía por el este la capital de la Cerdaña española, unas 200 toesas, que no tardaron en ser prontamente recorridas. Esta columna compuesta de 7.000 a 8.000

hombres, era la encargada de llevar a cabo, con la de Ordóñez, el ataque a la referida plaza.

De las acciones que vamos a describir, las Gacetas de Madrid del martes, 4 de agosto y las del viernes 7 del mismo mes, daban una ligera referencia, si bien en la segunda de ellas referentes a la conquista de Bellver se advertía por el General Urrutia, que remitiría a la superioridad, relación circunstanciada de las acciones ocurridas tan pronto pudiera hacerlo, asegurando, desde luego, que no había expresiones bastantes a elogiar dignamente el valor y bizarría de nuestras tropas y Oficiales. Pero sobrevenida la paz de Basilea, la Gaceta de Madrid no volvió a reseñar acción alguna de guerra, y en la actualidad hay que acudir al inapreciable tesoro del Archivo General de Simancas, para conocer al detalle la versión oficial de las referidas acciones.

Recuperación de Puigcerdá, según la versión del General Urrutia

Por lo que a la conquista de Puigcerdá se refería, el comunicado de Urrutia, en carta de 27 de julio, era el siguiente: «Habiendo enviado el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta con un corto destacamento de este ejército para que atacase a los enemigos establecidos en la Cerdaña y se posesionase del país, me avisa con fecha de ayer lo siguiente:

«Anoche baxamos por el Coll de Mayans a la Cerdaña; al amanecer atacamos los campamentos de Err, Ossege y Puigcerdá, que fueron tomados a pesar de la más tenaz resistencia; la tropa del último se refugió en la villa, a cuyo General intimé la rendición, y habiéndome contestado con altivez, dispuse seguidamente atacarla; nuestras tropas lo ejecutaron con la mayor bizarría, y al cabo de más de dos horas del fuego más vivo y obstinado, la acabamos de tomar por asalto y prisionera su guarnición dos Generales y unas siete piezas de artillería.»

«Esta gloriosa victoria nos ha costado alguna sangre y nos hace dueños de ambas Cerdañas, pues sólo queda el puesto de Bellver, que se rendirá forzosamente hoy o mañana.»

«Me sirve de mayor satisfacción esta gloria de las armas de S. M. y que las tropas de mi mando acrediten tan bizarramente el zelo que las inflama por su mejor servicio.»

Versión de Marçillac

No es más explícito Luis de Marçillac al dar cuenta de los episodios que nos ocupan, limitándose a exponer, por lo que a Puigcerdá se refiere, que el General Cuesta, pasando por el Coll de Mayans atacó los campos franceses ante Oseje, Err y Puigcerdá, los que fueron conquistados a pesar de la más obstinada resistencia, retirándose al abrigo de la población las tropas del campo de la misma. «La Cuesta—declara el

historiador francés—, intimó la rendición al Comandante y habiéndola éste rehusado hízola atacar. Después de dos horas de uno de los más vivos fuegos, los españoles llevaron a cabo el asalto, apoderáronse de la plaza y tuvieron la humanidad de hacer prisionera de guerra a la guarnición así como a los dos Generales que la mandaban.»

Descripción detallada de la acción

Pero el hecho requiere una mayor atención por nuestra parte y así, entrando en el detalle de su desarrollo, indicaremos que la columna de O'Reylli iniciando las hostilidades, cayó impetuosamente sobre el enemigo situado en Err, quien, ante el empuje español, hubo de retirarse en una verdadera fuga a la desmandada, según el informe de Chavy, refugiándose en Mont Luis, adonde acudieron igualmente los puestos franceses de Oseja y del Alp, en tanto que los de Carol, en la parte opuesta del Segre, realizaban su repliegue a Hospitalet; afirmando Fervel, que de este modo tan sólo entraron en la plaza sitiada 150 Cazadores exploradores acantonados en el Mas de Arbau. Perpignán no tardó en serlo efectivamente por las columnas de don Juan de Aragón y del Brigadier Ordóñez. De la defensa de la Puerta de Francia había sido encargado el General Despinoy, y del pequeño campo establecido del lado de las Guinguettes, estaba encargado el Ayudante General Gilly, quien había desplegado sus 400 hombres en línea, colocando su artillería en el puente. Al ser atacado por la columna de Granaderos y Dragones, aprestáronse los franceses a resistir con tesón, pero ante el empuje de las tropas españolas fué vano este intento. La artillería francesa rompió fuego la primera, pero sin saberse por qué, éste cesó pronto. Al suceder esto, la caballería española cayó sobre ambas alas del frente francés y después de repetidas cargas fueron deshechas.

Sobrevino, como era lógico, una derrota general de las fuerzas francesas encargadas de la defensa de la plaza y los fugitivos pudieron refugiarse en ésta, merced a la intervención de los generales franceses Charlet y Despinoy, que acudieron al momento a los lugares donde se desarrollaba la acción, pero que no pudieron evitar el que quedara el campo por los nuestros con algunos jinetes muertos y herido con la pierna destrozada el infortunado jefe que los mandaba, pues hemos de advertir que con los Generales que acabamos de citar, acudieron unos cuantos Dragones lanzados a un trote acelerado.

En la acción de que estamos tratando, la columna del Coronel don Luis de Aragón hubo de contar con el esfuerzo animoso de los soldados portugueses. Como se ha indicado, ante el ataque de los Granaderos y Dragones de la columna de que se trata, los franceses se aprestaron a una tenaz resistencia, pero al verse agredidos por los nuestros en la forma que se ha indicado; viéronse obligados a buscar el abrigo de un reducto en donde hubieron de defenderse desesperadamente, siendo de advertir que los habitantes de Oseje protegían a las tropas francesas

que combatían en el reducto haciendo fuego sobre los españoles y causándoles bastantes bajas.

Observando el General Cuesta la tenacidad de la lucha, ordenó al Coronel Miranda Enriques que con uno de los Batallones Portugueses marchase para el punto que se indica, en auxilio de los denodados Granaderos españoles empeñados en la porfiada pugna: «Con intrépida decisión encaminóse hacia el lugar del combate—declara el historiador portugués antes citado—el Coronel Miranda, con el Batallón al mando del Teniente Coronel graduado Florencio José Correia de Mello, y aunque no lograron los portugueses medir en esta ocasión sus armas con las del enemigo, observados por éste, que ya con dificultad resistía a la columna española de este modo presta a ser reforzada, mucho contribuyeron a la terminación de la lucha en aquel punto, en donde los franceses hubieron por fin de abandonar el reducto tratando de escaparse. Nuestros Dragones, que ocupaban convenientemente las avenidas a la posición, hubieron de perseguir a los fugitivos haciéndoles considerables bajas.»

Pero también la columna atacante hubo de perder algunos soldados que quedaron muertos en el campo de batalla, experimentando un número no pequeño de heridos, en los que se contaban el respectivo Comandante de la misma y cuatro Oficiales más. En cuanto al Coronel Miranda Enriques, al poco tiempo de ocupar el puesto, obedeciendo a la orden de Cuesta, dejóle confiado a la guarda de los Granaderos españoles, reuniéndose al Batallón portugués citado otro que tenía ya su puesto en el frente de Puigcerdá, al alcance de la artillería enemiga.

Porque, en efecto, es de señalar que el General Ordóñez, que había llegado a Puigcerdá por el lado de Francia, atacó también, con mucha intrepidez, el campamento inmediato, logrando prontamente, con la intervención de la vanguardia constituida de los voluntarios de la Corona y del primer Escuadrón de Húsares, que hubieron de arrosar impávidos un vivísimo fuego de fusilería y artillería, desalojar de su posición al enemigo, persiguiéndole hasta las puertas de la población, en donde encontraron abrigo los pocos que pudieron salvarse. Los Cazadores establecidos por Despinoy en los jardines situados ante la puerta de Francia, y la Compañía de Granaderos que ocupaban el hospital, con una pieza de 4 en la puerta de entrada, habían de rechazar el asalto español en condiciones, como se ve, bien poco favorables.

Se propone al General francés la entrega de la plaza.—Charlet convoca un consejo de defensa.—La intimación es rechazada

Era de rigor en estas circunstancias y lo reclamaba así un elemental sentido de humanidad, ofrecer al sitiado una entrega digna del honor militar. Y al efecto, a las nueve horas el Capitán del Regimiento de la

Corona don José O'Donnell, fué encargado de la noble misión de trasladarse a Puigcerdá, proponiendo al General Charlet que en el término de media hora se entregase prisionero con todas sus tropas: «El General Comandante de las Tropas victoriosas de España que se encuentra delante de Puigcerdá—exponía textualmente la intimación—me encarga proponer la rendición de esta plaza al General Comandante de las tropas francesas que la ocupan, advirtiéndole que si no lo ejecuta en el plazo de media hora, no debe esperar obtener cuartel.»

Recibida esta intimación Charlet, como era de rigor convocó en seguida un consejo de defensa, en el que pudo hacerse constar que la plaza contaba con víveres para cuatro días, por cuya razón todo el consejo fué del parecer y de la decisión de batirse hasta el último extremo bajo todos conceptos, respondiendo el General Comandante de las tropas de la República a la intimación del General Comandante de las tropas españolas, que disponía de brazos, de municiones de guerra y de boca y que el honor de las armas francesas le prohibía escuchar sus proposiciones. Si hemos de atenernos a la versión francesa, esta enérgica resolución fué acogida por los soldados republicanos con entusiastas juramentos de vencer o de morir y por gritos de entusiasmo que hubieron de llegar a oídos de los españoles y parece que llegaron a conmover a su Jefe. «La Cuesta—expone Fervel—en efecto, renovó inmediatamente su propuesta y envió a su jefe de estado mayor en persona para ofrecer al puñado de valientes que abrigaba Puigcerdá, todos los honores que pudieran suavizar la amargura del sacrificio voluntario de la propia libertad. Mas, el Mayor General español, no logró ni siquiera ser escuchado y hubo de retirarse en medio de una nueva explosión de gritos de guerra y de cantos patrióticos, pues era cantando cómo la guarnición francesa se preparaba a la lucha a muerte que iba a comenzar.»

El General Cuesta ordena el asalto a la plaza.—Valeroso empuje de los soldados hispano-portugueses

No le quedaba, por lo tanto, al General Cuesta, otro recurso, en vista de la terminante negativa a todas sus proposiciones, que ordenar inmediatamente el asalto. Los Batallones de Cazadores de Andalucía, los Voluntarios de la Corona, los de Valencia y los dos Batallones Portugueses, que antes se citaron, fueron las tropas destinadas para formar las columnas de ataque, a cuyo frente hubo de colocarse el valiente General español con su Estado Mayor. Con verdadero entusiasmo marchaban las brías columnas peninsulares con el mayor orden y ánimo sereno, imponiendo al enemigo con su aguerrida presencia, llegando a la distancia del tiro de fusil, en cuyo momento el General ordenó el asalto y dióse el caso de que todas aquellas tropas, olvidando la penosa fatiga de las marchas de noche y de los días anteriores, rivalizando en valor y buen espíritu, llegaron a disputarse briosamente el honor de

verse primeramente con el enemigo parapetado en sus trincheras. Dejaremos a Chavy la satisfacción de poder declarar que: «nuestros intrépidos portugueses, que cubrían la izquierda, fueron los que se antepusieron en su intento de ser los primeros en este honroso empeño» y recojamos, con no menor agrado, la declaración del mismo historiador según la cual, los Voluntarios de la Corona, que marchaban al flanco derecho, noblemente estimulados hubieron de redoblar su energía acelerando la marcha, rompiendo el fuego los Cazadores de Andalucía y los Voluntarios de Valencia a la cercana distancia del tiro de pistola.

En contacto ya con el recinto de la población y ante los atrincheros franceses, precipitáronse los soldados hispano-portugueses con admirable arrojo sobre las casas y muros que constituían la defensa del enemigo, tras las cuales éste hubo de romper un fuego activísimo y destructor, en parte recibido a pecho descubierto por los asaltantes, que si, en determinados puntos, trataban de responder al fuego del contrario, en otros realizaban atrevidos esfuerzos para vencer la resistencia de los defensores y penetrar dentro de la localidad.

Según consta en documento que obra en el Archivo General de Simancas, el General Cuesta, en su comunicación oficial de estos acontecimientos, hubo de manifestar que, «no había palabras que pudieran pintar el empeño y bizarría de nuestras tropas, no dirigidas ya por sus Oficiales desde el momento en que la irregularidad de los muros y de las casas tuvo forzosamente que alterar su formación, pero procediendo cada individuo con arreglo a su propio estímulo, a punto tal que, viéndose cada Oficial sin proporción de mando, obró como granadero mientras cada soldado se comportaba como un Oficial.»

El asalto a la puerta de Francia.—Es herido el General Charlet, que es reemplazado por Despinoy

Nuestro asalto comenzó un poco antes de las diez ante la puerta de Francia y algunos instantes después, ante el hospital contra el cual hubo de dirigirse el Sargento Mayor del Regimiento de la Corona, don Francisco Soler, con algunos Oficiales y soldados. Durante tres cuartos de hora, tanto la puerta de Francia como este último edificio, realizaron una firme resistencia, sobre todo la Puerta de Francia, a la que se había trasladado el General Charlet, pero en cambio la guarnición del hospital hubo de ceder al primer empuje, siendo los primeros en realizarlo los artilleros, al servicio de la pieza de 4 que se había colocado a la entrada del patio, pues habiendo uno de ellos sido herido, los restantes huyeron arrastrando a una parte de los Granaderos franceses allí establecidos.

Ante esta entrega del esfuerzo republicano, Charlet, se presenta en el lugar de la acción, reanima a los artilleros, avanza luego al frente de ellos hasta la pieza abandonada y mientras se esfuerza en disputar el

paso del foso del patio, recibe una bala en la cabeza y cae bañado en sangre. Los soldados que le rodean, creyéndole muerto, apenas le ven ser retirado del campo de batalla retroceden nuevamente.

Sucedía todo esto a las once de la mañana, ante la ausencia de Charlet, el General Despinoy corrió presto a reemplazarle en el mando. El cuadro que se ofrece ante sus ojos no puede ser más desfavorable: los artilleros en plena derrota, los Granaderos a la desbandada y el patio invadido. No se abandona, sin embargo a la desesperación y al infortunio e inmediatamente ordena a los Dragones que le siguen cargar, esperando de este modo reunir a los defensores del hospital, estableciéndolos en una segunda barrera o línea de defensa, que les permitiese más tarde refugiarse en la plaza. Y, en efecto, los españoles que acababan de apoderarse del hospital, colocados en las ventanas de todos los pisos, baten con sus fuegos todo el patio y los Dragones franceses vacilan. Despinoy, que no tenía alrededor suyo ni un solo infante, hubo de retirarse a la segunda barrera o línea, en la que unos 50 hombres en ella congregados, establecen el combate sosteniéndolo hasta la llegada del mediodía.

Conducta de las fuerzas de uno y otro bando

Desde el comienzo del combate los franceses, perfectamente a cubierto, habían en efecto, como se ha dicho, presentado la mayor resistencia al heroico esfuerzo de nuestros soldados, mas éstos, redoblando su intrepidez en proporción a las contrariedades, hubieron de llegar a abrirse paso para seguir atacando los puntos fortificados que se hallaban a su inmediación. La primera introducción en los dominios enemigos pudo realizarse desde las ventanas del hospital, pero muchos de los soldados peninsulares pudieron conseguirlo derrumbando varios trozos de tapia mezclándose con los soldados de la República, en una lucha desesperada cuerpo a cuerpo.

No es extraño que el Sargento Mayor del Regimiento de la Corona acompañado como se ha indicado de Oficiales y soldados fuera el primero en dar el ejemplo en la forma que antes se expuso. Otro tanto quiso hacer el valiente Brigadier Ordóñez, pero anticipáronse algunos de sus Oficiales subalternos «que no tenían necesidad de ejemplo alguno de valor», según declaración del historiador portugués. Y no fué ciertamente muy fácil penetrar en la pequeña plaza del hospital y atacar, por la retaguardia, la pieza allí situada inutilizándola y persiguiendo a los franceses que pretendían huir del hospital, ni mucho menos la lucha de aquellas tropas nuestras que dispuestas a llenar su cometido hasta el último extremo, llegaron a luchar a pecho descubierto con el mayor denuedo. Y si la conducta de nuestros soldados no dejaba nada que desear; «no procedían de modo menos brillante los soldados portugueses en su respectivo frente, en medio de la general y desenfrenada pug-

na, puede afirmar el testimonio portugués : mostrando en grado superior todos los méritos del valor portugués atacan, desbaratan y vencen con mucha gallardía cuanto se opone a sus pasos decididos, distingúense en los primeros momentos los Tiradores que bizarramente mandados por el Teniente del Regimiento de Freire-Francisco Claudio Blanc, y por el Alférez del 2.º de Porto, João da Gama, realizan verdaderos prodigios de valor.»

«Una granada arrojada contra Puigcerdá por un obús, mandado por el Teniente graduado de Capitán, don Joaquín Navarro, incendiando algunos cartuchos de pólvora que había abandonado el enemigo, causó una explosión que alcanzó al Coronel lusitano don Antonio José de Miranda Enriques, dejándole maltrecho. Pero esta circunstancia no impidió a este animoso Jefe, abrasado por la pólvora, *e incendiado o coração pelo amor da gloria, e honra da patria e bandeiras*, poder dar por su más benemérito proceder apreciables ejemplos de gentil denuedo a los soldados que mandaba y al ejército de que era eficaz auxiliar. También fué herido en lo más rudo de la pelea, don Miguel Pereira Forjaz, a causa de una bala de espingarda y sin que afectase este incidente a su animoso espíritu, indicando con la espada a los soldados la dirección del enemigo, dándoles un ejemplo preciado de constancia y valentía, les exhortaba, al mismo tiempo con vibrantes voces gritándoles imperativo :

»Avante!

»Lembre-mo—nos do nome portuguez!

»A elles soldados!—e sem quartel!»

«El hospital había sido perdido por los franceses, la Puerta de Francia era sostenida por los esfuerzos desesperados de los Cazadores de la República y el alto mando francés, debía considerar que si se conseguía recuperar el hospital, no todo estaba perdido. Intento semejante es llevado a vías de realización por el General Despinoy. Le era necesaria la presencia de la pequeña reserva que hasta aquel momento había permanecido intacta, encomendando a su jefe de Estado Mayor Pelleuk, la realización de tal cometido. Llegada esta fuerza, el General francés la coloca a la cabeza del grupo de tropas con que puede contar. Hace abrir la barrera y manda tocar las notas que ordenan la carga. El intento resulta fallido, ante el fuego de las tropas hispano-portuguesas adueñadas del hospital y vomitado por todas las ventanas, los más decididos tienen que detenerse. Nadie avanza y la barrera, se vuelve a cerrar. A pesar de todo, los soldados franceses aún se baten detrás del tambor que antes se indicó.»

Dueños del hospital no quedaba a los españoles otro objetivo que llenar que el de la conquista de la plaza para ellos tan preciada. En efecto, a la una de la tarde, nuestras tropas salen del hospital y se encaminan, por uno y otro flanco de la barrera, envolviendo todo el frente de ataque y a golpes de piqueta y a bayonetazos logran abrirse en estas

miserables murallas, huecos y troneras que les permiten penetrar en el interior de la localidad. Los defensores viéndose dominados por su retaguardia y sin esperanza alguna de socorro, no pudieron por menos de abandonar la barrera o línea avanzada en que se sostenían, retirándose al interior de la capital de la Cerdaña. Por dos veces abandonaron los soldados franceses en masa, puesto tan fatal y por dos veces fueron conducidos de nuevo a él por Pelleuk y Despinoy; pero la suerte no acariaba en esta ocasión a las tropas francesas. Una fatal casualidad acelera un final que, desde luego, se presentaba con caracteres tan desfavorables. Habiendo dispuesto Despinoy que una pieza de dos con que contaba fuese trasladada al frente de combate, apenas había disparado el primer tiro cuando el armón estalló y abrasó a ocho de los sirvientes. Para mayor desgracia una nueva explosión que acaba por quebrantar el ánimo de los habitantes de la plaza y de la guarnición, concluye por dejarla a merced de los nuestros.

A causa de la explosión una gran casa que formaba parte del recinto y enfilaba una de sus principales calles, siendo por otra parte el albergue del Estado Mayor, es derrumbada por la mina y asentado bien pronto sobre sus escombros el cañón que los españoles habían recogido en el hospital, éste barre con su metralla la calle contigua y rompe la barrera que se derrumba totalmente. «Triunfa, por fin, el valor de los aliados siempre activo y crescente de la obstinación enemiga—informa Chavy—; la villa había sido ya penetrada por varios puntos y los soldados peninsulares arrastraban ante sí sin conmiseración el destrozo y la muerte, justamente indignados por la dureza de la resistencia y por la crueldad de los habitantes que contra ellos, desde sus propias habitaciones, lanzaban como proyectiles toda clase de trastos y utensilios, abrasándoles con agua hirviendo.»

«Parte de la artillería de las tropas republicanas en poder de los soldados de la Cuesta, era ya hostil a sus primitivos poseedores cuando un Oficial francés, en nombre de su General, se adelantó solicitando cuartel: La Cuesta, mandó cesar en la matanza y los franceses, habiendo abandonado sus armas, reunidos en la plaza principal, entregábanse sumisos a discreción de los vencedores.»

Intento de capitulación por parte del General Despinoy

La versión portuguesa no es tan detallada ni concuerda, en absoluto, con la francesa que conocemos. Según ésta, ante el empuje español y los hechos que acaban de citarse «era realmente tarde para capitular, pero apresuradamente Despinoy, decidió que un trompeta de Dragones, avanzara para parlamentar en medio del fuego. El Dragón, después de esfuerzos inusitados para hacerse oír, logra se le acerque un Oficial español; éste, entrevistado con Despinoy, retorna al cuartel general y no tarda en reaparecer, siendo convenido que el fuego cesara por am-

bas partes durante la conferencia entablada y a continuación Despinoy y el oficial español se trasladan a donde se encuentra Charlet, que por intervalos va recobrando el sentido. Pero durante el trayecto los dos Oficiales son combatidos por una descarga. El General francés ha sido atravesado en su brazo y su acompañante le abandona. No obstante Despinoy continúa su camino, llega en presencia de Charlet y dicta y hace partir con destino a la Cuesta una solicitud con condiciones dignas de la bella defensa realizada por los franceses. ¡ Pero cuál no sería el dolor de estos dos infortunados jefes, cuyas heridas constituían para ellos la menor de las preocupaciones, cuando, tras de algunos momentos de espera, ven entrar en la habitación un emisario del enemigo llevando la carta cerrada y, por toda respuesta, estas crueles palabras : *la plaza ha sido tomada por asalto, no hay por qué tratar de la capitulación !* » (1).

**La población es invadida por el ejército
asaltante**

«Efectivamente Puigcerdá era invadida por todas partes y los asaltantes, exasperados por una lucha de once horas, habían perdido más de 2.000 hombres, prolongándose la contienda en las calles, en las plazas, en cada casa, por así decirlo, pasando por las armas los invasores a todo aquel que caía bajo sus manos». Hasta aquí es de aceptar la versión francesa, aunque siempre, no sin reservas, pero lo que nos parece ya más dudoso es el que nuestros soldados ahogaran sin cuartel a los enfermos del hospital y a los oficiales médicos. Aceptando como buena esta versión, también el Comandante de la plaza y el Capitán de los artilleros experimentaron la misma suerte, ahora bien, no dejaremos de advertir que el mismo historiador francés, de quien son las declaraciones anteriores, no puede por menos de apresurarse a rendir siempre a los Oficiales españoles la justicia de reconocer que, ellos pusieron en juego todos los medios para contener la carnicería y lograron salvar, no solamente a Charlet, a Despinoy y a otros heridos notables como al Comisario ordenador en Jefe y al Comandante del 29 Regimiento, así como a la mitad de la guarnición y a 300 soldados cubiertos de sangre y de heridas que, a instancias de estos Oficiales y bajo la palabra de su Jefe, se rindieron a discreción. Los otros 300 habían cumplido rigurosamente la palabra empeñada y, como lo habían jurado por la mañana, se hallaban muertos en sus puestos de combate.

**Juicio crítico formulado por el informa-
dor Fervel**

Quedaría incompleta nuestra información si para un juicio crítico de la recuperación de Puigcerdá por los españoles, no transcribiéramos aquí

(1) «La place est prise d'assaut, il n'est plus question de capituler.»

textualmente lo que Fervel expone a este propósito: «Aparte de algunos rasgos de debilidad que no hemos hecho resaltar para no despojar a nuestro relato de ese carácter de sinceridad que empaña siempre los elogios exagerados, puede decirse—afirma el ilustre historiador—que nuestros soldados habían alcanzado en el curso de esta guerra más de una victoria que les honraba menos que este glorioso desastre de Puigcerdá». Y semejante declaración no es ciertamente aventurada, pues, que como él dice, «no olvidemos que ellos habían sido en esta ocasión entregados al enemigo por un abandono absoluto; abandono que les había hecho sufrir durante seis meses todos los tormentos imaginables, de los cuales habían previsto y en voz alta predicho las funestas consecuencias y contra el cual habían en vano agotado todas las formas posibles de protesta.»

«¡Añadamos—sigue exponiendo—que la paz era inminente: estaba firmada hacía cuatro días! Sin embargo, no se creían por ello dispensados de morir para retardar, por algunas horas, la caída de una plaza de poca importancia de la que la República se preocupaba tan poco y únicamente la *generosidad* del enemigo hubo de impedirles el cumplir hasta el final su heroico sacrificio. Jamás pues, es preciso convenir en ello, gobierno más ingrato había podido encontrar servidores más fieles, abnegación o entrega tanto más meritoria, espectáculo tanto más bello si se tiene en cuenta que el teatro de la lucha era más desconocido y estaba retirado.»

«Convengamos, igualmente, que cuando la guerra eleva a semejante altura la primera de nuestras virtudes sociales, el sentimiento del deber, si ella frecuentemente, como decía Dugommier, cometía excesos que hacen sufrir a la humanidad, la guerra, en efecto, y en compensación o revancha, ofrece algunas veces a esta humanidad doliente y debilitada por la paz, bien legítimos motivos de orgullo o bien grandes y saludables lecciones.»

Versión del hecho facilitada por el General Cuesta al General Urrutia

Pero si de esta manera puede expresarse el historiador francés y su alegato no puede ser por nadie mejor comprendido y estimado que por el ejército o por el lector español que sabe muy bien qué carácter y qué méritos han revestido muchas de nuestras derrotas y muchos de los fracasos de nuestras empresas, reconozcamos, igualmente, que en el hecho de que estamos tratando no fueron menos abnegados y menos dignos los ejemplos ofrecidos por las tropas hispano-portuguesas. Y por lo que tiene de expresivo para la verdadera significación de los lazos morales que unen a los dos pueblos de la Península Ibérica, no dejaremos de dar cuenta aquí de un suceso que comunicaba a don José Urrutia el General Cuesta y que Claudio de Chavy transcribe igualmente, porque este episodio, en alto grado lisonjero para los soldados de la península

la, nos dice cómo en aquellos empeños honoríficos sabían laudablemente identificarse portugueses y españoles; compenetrándose el proverbial y generoso valor de estos dos pueblos en solicitud de triunfo y de gloria.

Exponía la Cuesta que, durante las primeras tentativas para derrumbar o vencer las defensas republicanas, entre otros actos de decisión y arrojo: «Era común observar a los soldados prestándose recíproco apoyo subiendo unos sobre otros para, de este modo, poder mejor alcanzar el extremo de los muros o las ventanas por donde pretendían invadir el terreno de los contrarios. Y especifica cómo era de ver la disputa, en alto grado noble y heroica, que entre un soldado del Regimiento de la Corona y otro de las tropas portuguesas llamaba la atención. Quería cada uno de aquellos soldados ser el primero en asaltar la batería y para vencer o ganar la altura recíprocamente se proponían encorvarse uno para que sirviendo de apoyo al otro, pudiesen atacar primeramente al enemigo; cuestionando sobre este honroso propósito, cedió por fin el español que se curvó elevando sobre sus hombros al portugués hasta la altura del enemigo. Breve pero brillante fué la lucha mantenida por el portugués con los defensores de la batería; en pocos momentos, bajando él solo bañado en su propia sangre, perdió heroicamente la vida a los golpes repetidos y profundos con que los franceses, enfurecidos y espantados, llegaron a mutilarle horriblemente. No intimidó al español la suerte desgraciada de su compañero y dispuesto a seguir su noble ejemplo, insistentemente pedía que otro compañero le auxiliase a subir a la trinchera. Cuando abierto por otros puntos el camino de acceso a la plaza, arrojadamente se precipitó dentro de ella, logrando ver vengada la muerte de su generoso e intrépido aliado con la completa derrota de los republicanos.»

Nos queda tan sólo por reseñar la recuperación de Bellver por las tropas españolas.

Como la de la reconquista de Puigcerdá, la referencia dada por la Gaceta de Madrid de este episodio, el día 7 de agosto, se limitaba a decir que, el General en Jefe del Ejército de campaña en Cataluña don José de Urrutia, en carta del 30 de julio último, lo que a letra sigue: «Tengo la satisfacción de copiar a V. E. el parte que acaba de darme el Mariscal de Campo don Gregorio de la Cuesta, avisando la rendición de Bellver.»

«Ayer participé a V. E. haberse tomado la villa de Puigcerdá por asalto, después de un ataque de los más obstinados y sangrientos, quedando prisioneros todos los que no fueron muertos, el número de éstos fué grande y de aquéllos pasan de 1.500 entre ellos dos Generales, que por estar heridos no han podido aún marchar con los demás que voy remitiendo a Barcelona.»

«Luego que entré en Puigcerdá lo avisé al Mariscal de Campo don Joachin de Oquendo, que estaba sobre Bellver, encargándole que intimase inmediatamente su rendición; y habiendo enviado para esto su Ayudante con un trompeta, fué recibido con tres cañonazos, con cuyo

aviso dispuse esta mañana que marchasen a aquel puesto los Húsares y Voluntarios de la Corona con tres cañones de a 4 y un obús de a 6; pareciéndome que al mediodía tardaba ya la resulta, pasé allá y se empezaba la capitulación que se concluyó, quedando prisionera de guerra toda la guarnición, compuesta de un General y 1.000 hombres, que desfilaron inmediatamente para Urgel y Barcelona, con lo que quedamos en posesión de ambas Cerdañas.»

«Me es forzoso dexas mañana descansar mis tropas, y pasado mañana me acercaré a reconocer la plaza de Mont Luis.»

En esta ocasión, como en otras anteriores, el digno y veterano General español no se olvidaba de asegurar a la superioridad que no había expresiones bastantes a elogiar dignamente el valor y bizarría de nuestras tropas y Oficiales.

**Recuperación de la plaza de Bellver.—
Desfavorable situación de los defensores**

Como ya hubimos de apuntar anteriormente, era obligado que la reconquista de Bellver por nuestras tropas fuera un hecho inmediato, como consecuencia de la de Puigcerdá. A pesar de la circunstancia que acabamos de señalar, la recuperación de Bellver no dejó de ofrecer, por parte de los franceses, alguna resistencia digna de mención. De las características y valor militar de la pequeña plaza a orillas del Segre, hemos tratado suficientemente en páginas anteriores y recordemos que el Mariscal de Campo don Joachin de Oquendo, en la madrugada del propio día 26, había establecido sus tropas, procedentes de Seo de Urgel, en las proximidades de Bellver, para impedir la comunicación de los franceses con Puigcerdá, ordenando asimismo se recogiesen en esta plaza de que se trata, los puestos avanzados que la cubrían. Por su parte, el General Martín que se encontraba todavía al mando de la guarnición francesa, según los informes franceses, no tenía a sus órdenes más allá de 1.500 hombres. Acababa de replegar todos los destacamentos que se hallaban extendidos ante Bellver, y tan sólo continuaba manteniendo dos pequeños puestos destinados a asegurar la posesión del desfiladero de Isvol, conservando su comunicación, no sólo con la capital de la Cerdaña, sino con Torrellas y Olopta.

La guarnición de Torrellas se componía de 200 hombres, albergados en un reducto de doble recinto, en la cima de la montaña del mismo nombre, la cual se halla separada del valle del Segre por el barranco y la aldea de Valltarga, y está constituida por una sucesión de rocas, cuyo revés septentrional casi cortado a pico sobre el cauce del río, constituye la pared izquierda del desfiladero que se acaba de citar. En la orilla opuesta este estrechamiento del Segre estaba guardado por 178 fusileros acampados al abrigo de Olopta y encargados, al mismo tiempo, de vigilar la aldea de Maranges, desde la cual es fácil ganar, no sólo el valle del Carol, sino también el de la Arriege. Otro camino que iba

desde Maranges a las inmediaciones de Bellver, quedaba interceptado por el reducto atrincherado de Taillétendre, del que se recuerda la brava defensa en el combate que a su tiempo se citó. El camino de referencia verificaba, en la pequeña localidad de Anás una doble derivación, una de ellas en dirección directa a Bellver y otra a recobrar su enlace con el camino de Pluyans a Lemartinet de un lado y de otro al de Pluyans a la Llosa y a Ders.

Desarrollo del asalto

Oquendo, salió de la Seo de Urgel en la tarde del 25 de julio, combinando sus movimientos con los del General la Cuesta, y a la mañana siguiente desembocaba en la cuenca de Bellver, a la cabeza de 4.000 a 5.000 hombres, divididos en dos columnas que remontaban las dos orillas del Segre. La columna de la izquierda, que marchaba por la orilla derecha, se hallaba formada por 300 suizos del Regimiento de Saboya y de 12 Compañías de Miqueletes. Su objetivo era Taillétendre, que a las cuatro de la mañana fué alcanzado. La columna de la derecha, concentrada en Montellá, se componía de 16 pelotones de Miqueletes, 250 soldados del Regimiento de Gerona, designados con el mote popular de los rojos, seis piezas de artillería y cincuenta jinetes. Esta columna hubo de marchar a lo largo del valle y a media pendiente y tan pronto hubo sobrepasado Bellver, se dividió un poco más allá de Taillo, a lo largo de la cresta de separación de los dos barrancos perpendiculares al Segre y desplegándose en orden de batalla y montando sus tiendas, vino a instalar, de este modo, un verdadero campo que había de constituir la base de la operación proyectada y que fué bautizado con el nombre de San Agustín.

Este campo cerraba de este modo la comunicación directa de Bellver con la montaña de Torrellas, siendo mandado por el propio General Oquendo. Las fuerzas francesas que ocupaban la montaña que se cita, fueron inmediatamente atacadas por cinco compañías de Miqueletes; el combate comenzó a las cinco horas y a las ocho aún resistían los 200 defensores franceses, pero éstos, en vista de la inmovilidad del campo de Montarrós, juzgando que no tenían por qué esperar nada del apoyo de los suyos, resolvieron retirarse a Bellver, cosa que pudieron realizar, mas no sin dejar tras de sí un reguero de muertos y heridos graves. Hay que rendir culto al valor de estas tropas francesas que fueron perseguidas por nuestros entusiastas Miqueletes y que no pudieron disponer a su favor, más que con el fuego de una pieza que el campo de Montarrós destacó a su izquierda para sostener su retirada.

Entrega la plaza

Los 150 defensores de Taillétendre no pudieron librarse de nuestra persecución como estos de Torrellas, siendo la causa de ello el de ha-

berse visto por completo cercados en la roca aislada sobre la que estaba establecida la posición. Tras una resistencia obstinada de cinco horas, heridos la mayor parte de ellos, con una veintena de muertos y sin esperanza alguna de socorro, no tuvieron más remedio que rendirse. El campo de Matarrós era un hecho realizado. Nuestro mando decidió el retorno de los defensores de Taillétendre a la plaza de Bellver, y, para ello, las tropas españolas del campo de San Agustín, después de ocupar Taillo, comenzaron a alzar a ambos lados de esta aldea dos muros de piedra viva. A continuación, detrás de esta especie de paralela, fueron desplegados cuatro Pelotones de Miqueletes, que relevados de hora en hora, hicieron un fuego tan nutrido que, al llegar la tarde, los defensores de que se trata concluyeron por buscar un abrigo tras los muros de Bellver. Había llegado el momento de intimar a esta plaza proponiéndola la rendición, mas al saber que su parlamentario había sido recibido a tiros, hizo rápidamente descender a las márgenes del Segre, en dirección a la plaza, catorce Compañías de Miqueletes y 30 jinetes que acabaron de arrancar a los franceses toda esperanza de evasión. Por añadidura, a la mañana siguiente, 27 de julio, el Regimiento de la Corona con cuatro piezas de artillería, hubo de llegar ante Bellver, comenzando al momento el fuego de estas piezas. Los sitiados no podían desconocer, por lo tanto, la suerte que le había caído a Puigcerdá y la crítica situación en que ellos se encontraban. A pesar de todo, el General Martín, trató de obtener la libertad de su guarnición, pero careciendo totalmente de víveres, tuvo que ceder a todas las exigencias, o, mejor dicho, proposiciones de nuestro mando superior, firmando a las cinco de la tarde la capitulación por la cual quedaba, tanto él como los suyos, prisioneros de guerra de los españoles.

Comportamiento de los portugueses

Y para rendir culto a la verdad manifestaremos que el comportamiento de los portugueses fué tan admirable que mereció el que don José Urrutia, al conocer los hechos por los partes enviados por el General Cuesta, acudiese al día siguiente con su estado mayor al campamento portugués y formadas las tropas les dirigiera la siguiente alocución :

«¡ Señores ! : La nación portuguesa unida a la española, ha ganado una gloriosa acción, correspondiendo por completo el éxito a mis ideas y deseos. Eché mis redes, y ningún pez se me ha escapado. Las tropas por lo general, han demostrado un valor heroico, y me faltan voces para ensalzar la bravura de vuestros paisanos ! Es ella digna de una nación siempre y en todos tiempos respetada.»

«Señores : ¡ Yo me doy la enhorabuena, y vosotros, recibid las más cordiales gracias !»

Y no fué esto sólo. En carta dirigida por nuestro General en Jefe del Ejército de Cataluña al General portugués Forbes, se expresaba de la siguiente manera : «Excmo. señor : El destacamento de las tropas del

cargo de V. E., que unido a las del ejército de mi mando fué destinado a la reconquista de la Cerdaña, ha concurrido a esta empresa con el celo y buena disciplina que las caracteriza; las incomodidades de un camino penosísimo aumentadas por las lluvias que tuvieron en los últimos días de su marcha redoblaron su ardor, y no pudieron ser obstáculo para su reunión en el punto y día señalado; llegado el del ataque se presentaron con aquella alegría, presagio seguro de la victoria y arrollando cuanto les hizo frente, contribuyeron eficazmente al logro de una empresa que por todas sus circunstancias recomienda dignísimamente la bizarría de las tropas que la decidieron a favor de las armas del Rey y de nuestra causa común.»

«El General don Gregorio de la Cuesta, a quien confié el mando en jefe de las tropas auxiliares del destacamento y la bizarría y buen desempeño de todos los demás individuos; tendré la mayor satisfacción en trasladarlo a noticia de Su Majestad, y lo anticipo a V. E. para la suya, y como nuevo testimonio de la estimación personal que le profeso. Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de Serviá, 3 de agosto de 1795. Joseph Urrutia.»

Y he aquí por qué extraña, pero frecuente mudanza de los hechos en la vida de los pueblos y de las naciones, si, a fines del siglo anterior, los españoles, con mayor o menor razón, pudieron mostrarse quejosos del comportamiento de los portugueses y de los catalanes, un siglo más tarde, a fines del siglo XVIII, un General en Jefe del Ejército español de los Pirineos Orientales tenía que alabar el eficaz auxilio y leal comportamiento de las tropas portuguesas, como, por otra parte, España tenía que reconocer la patriótica y leal cooperación de su amada Cataluña a la causa general de la Nación.



CAPITULO XIII

Crítica situación del ejército francés en los Pirineos Orientales a raíz de la conquista de la Cerdaña por los españoles. Juicio crítico sobre la lucha desarrollada en Cataluña durante el año 1795

Schérer comunica a Urrutia el haberse firmado un tratado de paz.—Paz de Basilea



EL 30 de julio, Schérer comunicó a Urrutia que un correo francés, trasladándose de Madrid a Figueras, había remitido al Representante Clausel una letra de Barthélemy, fechada el día 4 Thermidor, o sea el 22 del mes que se cita, anunciándole que, en la tarde del mismo, se había firmado un tratado de paz y de amistad entre la República francesa y el Rey de España. Se trataba de la paz de Basilea.

Ambos Generales reciben el correspondiente aviso

Caballeroso y seguro de su determinación el General Urrutia aceptó lealmente la palabra de su adversario y le respondió manifestándole que, en espera de una orden de su Gobierno, la humanidad le imponía el hacer recaer sobre su responsabilidad la supresión de toda hostilidad. Y, en efecto, apenas habían transcurrido dos días, cuando los dos Generales hubieron de recibir un aviso directo de su Gobierno respectivo comunicándoles el hecho, si bien, España deseaba guardar el secreto hasta la formal rectificación del tratado. Por lo tanto, puede asegurarse que desde el 14 Thermidor, o sea desde el 1.º de agosto, la paz quedó acordada.

Consideraciones sobre la oportunidad de la misma en lo que hace referencia a la situación en Cataluña

No es pertinente a nuestro objeto entrar en el estudio y conocimiento de este acontecimiento histórico y sólo nos limitaremos, por ahora, a indicar que, si bien sea de reconocer sinceramente que dicha paz fué acogida favorablemente con beneplácito por ambas naciones beligerantes, es el mismo Fervel quien declara cómo «tan sólo, los Oficiales españoles dejaron mostrar sus quejas, que hacían más honor a su valentía

que a su sagacidad». Y como es lógico, el historiador francés funda esta última aseveración arguyendo que, «no obstante las apariencias del momento ¿el resultado final podía dudarse?» El criterio francés puede estimarlo así, mas no es cosa de que sea, igualmente, por nosotros reconocida tan fatal determinación. Porque hay una circunstancia que siempre tiene que ser admitida por la interpretación francesa: La amenaza española sobre la frontera francesa en los Pirineos Orientales era evidente: «La fortuna sonreía a los españoles—confiesa el historiador francés—Mont Luis, cuya triste guarnición no se hallaba aprovisionada más que por una década desde que había recogido los puestos escapados al desastre de Puigcerdá, Mont Luis, estaba ya a *medias cercado*, puesto que, en tanto que La Cuesta, desplegaba su ejército desde Fluviá a Santa Leocadia y enviaba a sus Miqueletes a ocupar el Puig Morell y el Hospitalet, la cabeza de una columna que aparecía más arriba de Mantet, marchaba a cerrar las gargantas del Conflans. Un poco más allá, la Brigada que estaba destinada a invadir el valle del Tech, se posesionaba de San Lorenzo de Cerdá y la escuadra, que llevaba a bordo una división de desembarco, se mostraba a la vista de las costas del Rosellón. Finalmente, para hacer frente a todas estas fuerzas, para guardar Mont Luis, Villefranche, Perpignán, Collioure, Bellegarde, Fort les Bains y Pratz de Molló, en una palabra, para defender nuestra frontera amenazada en cuatro puntos a la vez, tan sólo contábamos, a lo más, con 4.300 hombres.»

Y la consecuencia que de todo esto saca Fervel, no puede ser más terminante: «Las cosas habían llegado a un extremo tal que jamás, desde el 17 de abril de 1793, primer día de esta guerra, nuestra situación había parecido más alarmante que cuando se anunció la paz»... ¿Eran, pues, hijas de la falta de percepción del porvenir las esperanzas que pudieran abrigar los españoles de una honrosa revancha?

Si, la paz sobrevino, deseada por todos, menos por la oficialidad del ejército español. Pero volvemos a repetir que no es de nuestro caso ahora tratar de ella y así, en cambio, estimamos indispensable formular un juicio crítico general sobre la campaña que hemos descrito.

¿Y qué más oportuno al efecto que transcribir aquí los conceptos que Luis de Marçillac, expone al final de su obra, tan interesante para el conocimiento de la realidad histórica? Este historiador, o más bien, cronista de la guerra, después de indicar que, con la rendición de Puigcerdá y Bellver, el General español podía inquietar el territorio enemigo y combinar grandes movimientos que hubieran forzado al ejército francés del Ampurdán, a evacuar esta conquista y trasladarse al otro lado de los Pirineos para defender el Rosellón, sigue manifestando:

«Resumiendo esta campaña veremos, desde un principio, un ejército desgraciado, sin esperanza, sin jefe capaz, por así decirlo, sin oficiales dignos de mandarle, experimentar un grave desastre y retirarse al interior de la provincia frontera del Reino. Un nuevo General llega, el

ejército cambia de opinión y de conducta, está reorganizado y la disciplina renace : Los Oficiales recuerdan que descienden de los valientes ejércitos de Carlos V, y a las derrotas suceden los éxitos; éxitos parciales, es verdad, pero son tanto más honrosos, por cuanto que son casi siempre alcanzados en la actitud defensiva, la más desventajosa, sobre todo, para un ejército que acaba de experimentar los resultados de los fracasos. La defensa de Izquierdo a Rosas pasará a la posteridad como uno de los hechos más salientes de esta guerra.»

«Los franceses, dándose cuenta de que sus enemigos habían cambiado de Jefe, mostráronse menos confiados y tanteando el esfuerzo de los españoles, les atacaron siempre bajo el mismo plan y según las mismas combinaciones. No vemos de una parte ni de otra, como en la campaña anterior, alguna de esas vastas concesiones que ponen de manifiesto el genio de un general, incluso cuando fracasa en su empresa. Los franceses atacaron de frente. Los españoles no intentaron llevar a cabo ninguna gran diversión. La primera operación contra el Parque de Reserva francés, colocado entre Figueras y La Junquera, debió hacer ver la posibilidad de un gran movimiento combinado. Dueño de todo el curso del Ter, Urrutia, hubiese podido, fácilmente, inquietar los flancos y la retaguardia del ejército francés y pudo hasta maniobrar de modo que no hubiese quedado al ejército invasor más que el Coll de Bañols para repasar los Pirineos.

«Yo no hablo—sigue exponiendo Marçillac— de los medios con que contaba en el mar; Gravina era el dueño de todas las costas. La última operación de Urrutia en la Cerdaña prueba que quería llevar a cabo su diversión invadiendo el condado de Foix. La paz vino a detener la ejecución de sus combinaciones. Contaba en aquel momento con un ejército superior en tropas de línea al de los franceses, sobre todo, contaba con todos los paisanos (somatenes) de Cataluña bien aguerridos. Pudo haber hecho mucho. La Corte que discutía durante esta campaña los artículos de la paz, impidió, acaso, la ejecución de sus planes. El Rey quería, sin duda alguna, economizar la sangre de sus súbditos. Yo no juzgo—declara el historiador francés—más que aquello que concierne al ejército, sin entrar en las negociaciones de gabinete.»

Y sin formular un juicio que nos advierta cuál es la estimación que le merece la personalidad militar del General Urrutia, tras de exponer, a grandes rasgos, las vicisitudes de su carrera, se limita a manifestar, como «se asegura con carácter muy general que poseía talentos militares, —añadiendo— que todas las personas que habían servido a sus órdenes convenían en reconocer cómo había sido muy eficazmente secundado por su Mayor General O'Farril, Oficial de distinción de un mérito eminente y no discutido».

**Juicio crítico final sobre la Campaña de
1795 de que se trata**

Mas si este juicio acerca de la actuación del General Urrutia pudiera parecer poco propicio al reconocimiento del mérito que pudiera revestir su actuación, haremos observar, en cambio, que Fervel, resumiendo los hechos y el resultado de la batalla de Fluviá, manifiesta: «Que este encuentro, que fué el último en el teatro del Ampurdán, resumía muy bien la guerra en los Pirineos Orientales; pues, en lo que hacía referencia a su intervención, esta guerra había quedado reducida a: «Un comienzo tímido, una singular alternativa de reveses y de éxitos, una gran valentía por ambas partes y brillantes acciones diseminadas y, finalmente, por conclusión, el campo de batalla conquistado por los franceses.»

No es posible negar esto último, pero recordemos, a este respecto, cuanto hubimos de transcribir en páginas anteriores, reconociendo el testimonio francés que, sobre la frontera francesa se cernían graves amenazas y que la fortuna nos sonreía al terminar la reconquista de nuestra Cerdaña, siendo de advertir, asimismo, que Jomini, al final del Capítulo XLVIII del Libro VIII, Tomo VII, que trata de la campaña a que nos referimos, se cree en el caso de abandonar el relato de la guerra en este teatro, demasiado desdichadamente teñido de sangre francesa, con menosprecio de los intereses nacionales, frase que confirma cuán poco afortunada fué la actuación de las tropas de la República en esta ocasión y en esta campaña, y cómo, en resumir de cuentas, el esfuerzo español dejó sentirse activo y poderoso.

Ahora bien, por nuestra parte, creemos de rigor el hacer observar cómo, sin poder entrar en un detenido estudio sobre la exactitud de las consideraciones hechas por Luis de Marçillac, referentes a la conducta que pudo muy bien seguir el General Urrutia, con marcada ventaja para la acción de nuestro ejército, si acaso en esta ocasión como hubo de acontecer en la campaña sostenida por Ricardos en la comarca Rosellonesa, es de lamentar que la previsión de nuestro Alto Mando no se mostrase más activa o decidida, no olvidemos también que semejante defecto no cabe achacarlo tan sólo a nuestros Generales, sino que, igualmente alcanza, en no menos grado, a los franceses, pues éstos, a raíz de los éxitos alcanzados en la campaña de 1794, a punto de ser calificada por alguien, según sabemos, «como una campaña sin ejemplos en los anales del mundo», no se mostraron tampoco muy decididos, siguiendo una línea de conducta que permite declarar a Fervel que «mientras los españoles batidos, parecían haber tomado por ejemplo la actividad de sus adversarios al comienzo de 1794, los franceses, prestos a renovar la campaña de 1795, ni siquiera parecían acordarse de lo que había costado a los españoles su funesta apatía del año anterior».

Con cuanto acaba de exponerse damos por terminado el presente trabajo, dejando para otra ocasión el aludir al significado que desde el punto de vista del desarrollo de nuestra política, tanto internacional como interior, respecto de los ideales y sentimientos catalanes, tuvo y pudo revestir. Porque como hubimos de manifestarlo desde el comienzo de nuestra obra, esta lucha en su generalidad influyó de una manera decisiva en el porvenir de España como potencia mundial y en la actitud que posteriormente había de adoptar Cataluña en sus relaciones con las demás regiones españolas y el gobierno central de la Nación.

